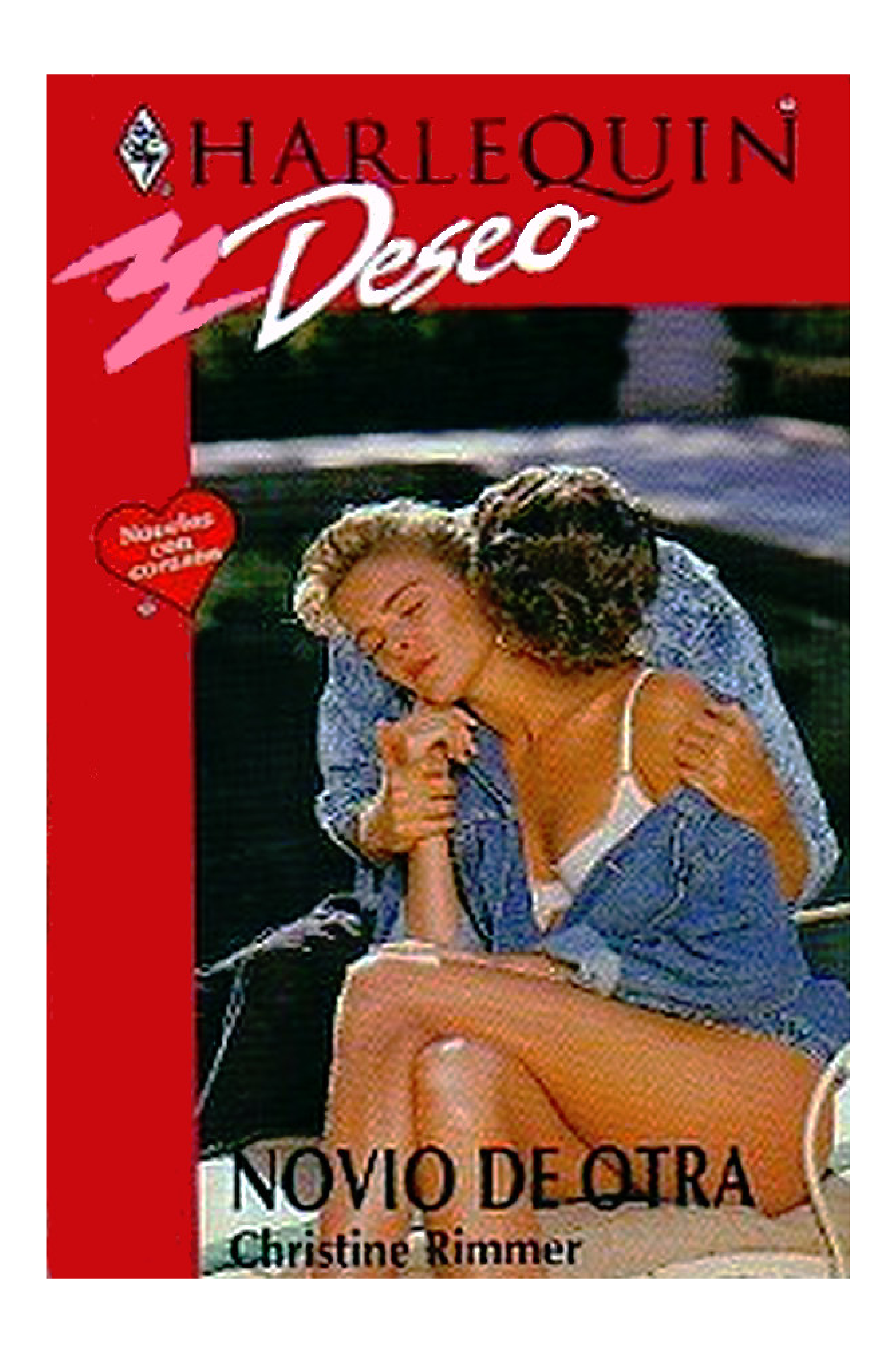

HARLEQUIN
Deseo
NOVIO DE OTRA
Christine Rimmer

Cat Beaudine era una mujer fuerte e independiente, que no echaba nada en falta en su vida solitaria. Pero cuando Dillon McKenna, un antiguo novio de Adora, la hermana de Cat, volvió a Red Dog City, su perspectiva fue cambiando poco a poco.

Aún así, ¿cómo iba a ser posible que un hombre famoso, rico y tan atractivo como él, se fijase en ella? Sin embargo, el destino le enseñó que en la vida todo puede ser posible…



Christine Rimmer

Novio de otra

Las hermanas Beaudine - 1

ePub r1.0
jala 29.10.16

Título original: *Cradle*
Cat's
Christine Rimmer, 1995
Traducción: Ana Isabel Robleda Ramos
Publicado original: Mills and Boon Desire (MD) - 940 y en: Silhouette Desire (SD) - 940

Editor digital:
LDS
ePub modelo
LDS,
basado en ePub base r1.2



Prólogo

El cielo de la noche, sin una sola nube, estallaba con los fuegos artificiales: cometas con brillantes colas, cohetes, estrellas que reventaban… La fiesta del Cuatro de julio en Las Vegas, y Dillon McKenna estaba a punto de saltar con su moto por encima del volcán artificial que entraba en erupción cada quince minutos frente al casino Mirage.

La multitud parecía no tener fin amontonada en el paseo y Dillon se agachó en medio de la calle para caldear el ambiente como solo él sabía hacer y después saltó sobre la moto para hacer unos cuantos caballitos. Con un salto rápido y ágil se puso de pie sobre el asiento y tras equilibrar la moto como si fuese el palo de un artista del alambre, se irguió y soltó lentamente el embrague.

La muchedumbre lo aclamó con estrépito, vitoreándolo con sus pequeñas banderas americanas y sus sombreros de barras y estrellas al viento.

Dillon volvió a sentarse en el sillín y murmuró algo entre dientes. Hacía un calor de mil demonios dentro de aquel casco y el traje de cuero adornado con estrellas brillantes que L. W. le había encargado para aquel salto. Una gota de sudor se le coló en los ojos y parpadeó varias veces para disipar el escozor.

«Éste es mi último salto», pensó. «Después, habré terminado».

El pensamiento le hizo preocuparse un poco más por hacerlo bien delante de aquella gente por última vez.

A lo largo de los años, la gente se había portado bien con él, y se merecían un buen *show*. Todavía nadie sabía que estaba decidido a

dejarlo.

Entonces la voz que le llegaba por un micrófono al interior del casco le dijo que faltaban dos minutos para que el volcán entrase en erupción y Dillon aceleró la moto, soltando lo justo el embrague para que los neumáticos chirriasen sobre el asfalto al dar la vuelta para ponerse en la dirección correcta y después volvió a acelerar. La moto, que él mismo había modificado para aquel salto, sonaba bien, muy bien.

—Di-llon,
Di-llon,
Di-llon…

Mil voces sonaban al unísono animándolo a lo largo del paseo.

—Un minuto —le advirtió la voz por el micrófono, y empezó la cuenta atrás—. Cincuenta y nueve segundos, cincuenta y ocho…

Dillon volvió a soltar el embrague y el grito de la muchedumbre quedó reducido a nada, oculto tras el rugir de la moto al coger velocidad para llevarlo a la rampa de despegue que se elevaba sobre el lago al pie del volcán. Delante de él, la erupción comenzó con un chorro de fuego.

Despegó de la rampa y se vio lanzado a la nada a ciento veinte kilómetros por hora, con el volcán escupiendo fuego hacia el cielo, y siguió subiendo y subiendo, aferrándose al manillar de la moto e inclinado hacia delante, con los ojos puestos en la rampa de aterrizaje, calculando mentalmente su trayectoria, el arco que debía describir con su cuerpo y la máquina. Y entonces empezó a descender, directo hacia el aterrizaje.

Sintió una fuerte sacudida cuando la rueda trasera tocó el borde de la rampa, y por una fracción de segundo, creyó estar ya en casa, a salvo.

«¡Demasiado rápido!», se dijo de pronto. «¡Voy demasiado rápido!».

El pensamiento ocurrió al mismo tiempo que la moto cobró vida debajo de él, resistiéndose a seguir sus órdenes, hasta que el manillar se soltó de sus manos.

Sintió cómo se despegaba de la moto y era catapultado hacia el aire. Después empezó a caer, consciente de alguna manera de que la lava se había desbordado y comenzaba a caer por las paredes del volcán para poner el lago en llamas. Cayó en la rampa al lado de la

moto, y la máquina y él empezaron a rodar enredados, dando vueltas y más vueltas hasta llegar al final.

La última cosa que oyó antes de quedar inconsciente fue la voz burlona de su padre muerto:

—Es tu último salto, sí, tú última proeza de mierda, porque eres ahora un hombre muerto…

* * *

Estaba en su pueblo natal, Red Dog City, California, delante del porche de los Beaudine. Estaba anocheciendo y hacía frío. Tenía diecisiete años y Cat Beaudine estaba diciéndole que se marchara.

—Lo único que te pedí es que trajeras a mi hermana a las nueve a casa, Dillon McKenna. Una minucia, que ni siquiera has sido capaz de cumplir.

Adora, la hermana de Cat y su novia del instituto, estaba cogida de su brazo, y él quería impresionarla a ella y demostrarle a su hermana Cat que no era tan dura como pretendía ser.

Abrió los labios para decirle a Cat Beaudine lo que pensaba de ella, pero ni un solo sonido salió de su boca.

El porche se perdió en una especie de bruma y oyó que alguien decía no se qué de constantes vitales. Unos rostros con mascarillas verdes de quirófano lo miraban con ojos preocupados, y de detrás de esas máscaras le decían palabras de ánimo, diciéndole que todo iba a salir bien.

Y entonces volvió a estar frente al porche de los Beaudine y Cat Beaudine estaba apuntándole con el rifle de doble cañón de su padre.

Entonces fue cuando supo que aquello no era real. En la realidad, Cat no había llegado a apuntarle con un arma; se había limitado a amenazarlo con hacerlo.

En el sueño, o en la alucinación, o lo que quiera que fuese, podía hablar.

—¿Por qué te preocupas de lo que haga tu hermana? —preguntó él—. ¿Por qué te preocupa que vuelva a casa de noche?

—Alguien tiene que preocuparse por ella —contestó Cat—. Alguien tiene que mantener unida a esta familia. No es un trabajo

para el que me haya ofrecido voluntaria, Dillon McKenna, pero es el trabajo que me ha tocado hacer. Mañana hay clase, y dijiste que la traerías a las nueve.

Él seguía mirando la salida de aquellos dos cañones y vio cómo Cat quitaba el seguro y ponía dos dedos en los gatillos.

—¡Eh! —gritó él con los brazos en alto—. ¡No irás a dispararme solo porque he traído a Adora una hora tarde!

Pero Cat apretó el gatillo, y el dolor le atravesó de parte a parte, blanco y abrasador. Y alguien dijo:

—¿Dónde está el anestesista? Sólo nos falta que llegue el anestesista…

Mucho más tarde volvió a recuperar la consciencia. El dolor ahora era distinto. Seguía estando ahí, seguía comiéndolo vivo, pero debían haberle dado algún calmante fuerte para mitigarlo, porque ahora parecía estar consumiéndolo a distancia. Sabía que era intenso, el peor que había experimentado jamás, pero estaba por ahora bajo control en alguna parte, esperando que la medicación empezase a dejar de hacer efecto para volver a saltar sobre él y devorarlo.

Giró la cabeza y abrió los ojos lentamente. Había una botella de suero conectada a su brazos y sujeta a un palo metálico adosado a su cama. Había también una máquina que hacía ruiditos continuos como burbujas cantando bajo el agua. El aire olía a desinfectante mezclado con el aroma de algunas flores. Había flores por todas partes, destinadas, sin duda, a animar al inválido: a él.

Y unas voces venían desde el otro lado de la habitación. Hablaban en susurros.

—Dios mío, L. W. Simplemente no puedo.

—Sí que puedes, y lo vas a hacer. McKenna te necesita ahora.

—Los médicos dicen que es probable que no vuelva a caminar nunca; que es posible que tenga que quedarse en una silla de ruedas para el resto de su vida. Es demasiado horroroso, y yo no puedo…

—Por amor de Dios, Natalie. Contrólate. Se está despertando.

Miró en dirección a las voces y dos rostros familiares aparecieron ante sus ojos: Natalie, la mujer con quien iba a casarse, y L. W., el hombre que había hecho que su nombre fuese conocido en todo el mundo. Los dos estaban mirándolo, sonriendo para animarlo.

De alguna forma, sintió lástima por ellos. Ahora no iba a serles de mucha utilidad, igual que ninguno de ellos iban a servirle de mucho a él, porque no quería engañarse. Había tenido accidentes en bastantes ocasiones para tener una vaga idea de lo que lo esperaba. Había sobrevivido a su último salto, pero el infierno seguía esperándolo, un infierno en vida.

Una nostalgia acuciarte pareció partirlo en dos, peor en cierto sentido que el dolor que esperaba para devorarlo. Era una nostalgia de su casa, y una nostalgia de contar con la clase de mujer que pudiera enfrentarse a los malos tiempos, una mujer lo bastante fuerte para permanecer a su lado mientras durasen los meses de tormento y esfuerzo sobrehumano que le quedaban por delante.

Capítulo 1

Dieciocho meses más tarde…

Cat Beaudine llegó a la puerta del dormitorio de su hermana y miró a su alrededor. Sobre la cómoda, la pequeña televisión en color proyectaba las noticias de las once pero sin voz. Por todas partes había pañuelos de papel como flores de papel tristes y arrugadas, usados y tirados después en cualquier parte, formando dibujos sobre las sábanas rosas de satén. En el centro de la cama, rodeada por todos esos pañuelos, estaba Adora, tumbada boca abajo y sollozando inconsolablemente.

Su último novio, Farley Underwood, la había dejado y, como siempre, había llamado a Cat.

Lentamente, como si le doliese levantar la cabeza, Adora la miró y con un grito ahogado se puso de rodillas, con su preciosa mata de rizos castaños enmarcándole el rostro y su camisón de seda resbalándole de un hombro.

—Cat… —gimió, secándose con un pañuelo ya usado. Cat se acercó con precaución—. Gracias por venir, por estar siempre ahí. Por ser la mejor hermana mayor del mundo. No sé qué haría sin ti —dijo, y con un gemido desconsolado, estiró los brazos hacia ella.

Cat se sentó en el borde de la cama y se dejó abrazar por la tristeza de su hermana y el aroma intenso de su perfume.

—Lo siento —volvió a hablar Adora después de un instante—. Siento ser una molestia, pero tenía que hablar con alguien; con alguien de la familia, ¿comprendes?

Cat asintió; era todo lo que debía hacer por el momento.

—¿Por qué yo? —gimió Adora—. ¿Qué es lo que me pasa? ¿Por qué todos los hombres con los que salgo terminan por dejarme? Lo único que quiero es lo que tienen mis dos hermanas pequeñas: un buen hombre. Una familia. Alguien que se ocupe de mí y de quién yo pueda ocuparme a cambio. ¿Es que es demasiado pedir? ¿Es irracional esperar una cosa así? ¿Lo es?

—No, claro que no.

—¡Claro que no! —Adora gimió con las últimas palabras de Cat—. Pero ese hombre no llega nunca. Tengo treinta y cuatro años. ¿Cuánto más tengo que esperar? Yo no soy como tú, Cat, feliz con pasear por el bosque con tus botas de trabajo y unos vaqueros viejos sin ningún hombre a la vista, viviendo en medio de ninguna parte, sola en un caserón hecho una ruina. Sólo soy una mujer. Una mujer normal y corriente. Quiero un hogar, con unas bonitas cortinas en las ventanas y un niño en camino.

Adora se rindió a un nuevo ataque de lágrimas, y Cat volvió a abrazarla, susurrándole palabras de consuelo; al final, Adora se calmó un poco y Cat le dijo las mismas cosas que le decía siempre:

—Eres demasiado buena para él… Estás mejor sin ese merluzo… Alguien muy especial aparecerá pronto…

Adora la escuchó apoyada en el hombro de su hermana.

—¿De verdad crees que aún puede llegar el hombre adecuado, Cat?

—Por supuesto que sí. Te lo prometo. Es sólo cuestión de que…

Pero Cat no terminó la frase porque Adora no la estaba escuchando. Estaba mirando boquiabierta la televisión.

—¡Dios santo! —exclamó en un susurro.

Cat miró la pantalla. Había uno de esos programas de entrevistas que ponen a altas horas de la noche y un periodista al que Cat no conocía estaba entrevistando a un tipo moreno y bastante atractivo vestido con vaqueros de diseño y botas de cocodrilo.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Adora se llevó la mano al pecho con uno de los pañuelos de papel viejos en la mano.

—Es Dillon. Dillon McKenna. Sube el volumen. ¡Cat, súbelo!

Como Cat no se moviera, Adora buscó frenética a su alrededor entre el montón de cojines hasta que encontró el mando a distancia con el que restableció el volumen.

—Y bien, Dillon —estaba diciendo el entrevistador, que tenía un libro cuya portada era una estremecedora fotografía de una moto destrozada sobre una chaqueta de cuero. Al pie de la fotografía podía leerse la palabra Daredevil, impresa en letras que parecían estar ardiendo—. Háblanos del libro que has escrito.

—¡Venga ya! —exclamó Cat—. Dillon McKenna no ha escrito un libro en toda su vida. No sé a quién pretende engañar.

—¡Sh! —La hizo callar su hermana, acercándose más a la pantalla—. Madre mía, está increíble… Ni siquiera se le ven huellas de ese horrible accidente de Las Vegas. Está como antes.

En la pantalla, Dillon empezó a hablar.

—Bueno, si miras en la esquina inferior de la portada, verás que no lo he escrito yo —dijo, y le dio un ligero codazo al hombre delgado y silencioso que estaba sentado a su lado—. Ha sido Oliver. Él es el escritor.

Entonces intervino Oliver.

—Pero la historia es verídica. La he escrito tal y como Dillon me la contó a mí, desde sus inicios en el rodeo, pasando por los años de su trabajo como doble en el cine hasta los últimos años. No falta nada. Están todos y cada uno de sus saltos, incluyendo lo de esa docena de camiones en la autopista de Anaheim, y por supuesto, la historia llega a su clímax con la experiencia espectacular y que casi le costó la vida en Las Vegas, hace sólo un año y medio.

Cat se volvió a mirar a su hermana. La expresión de Adora era soñadora mientras contemplaba boquiabierta a Dillon McKenna. Farley Underwood parecía no haber existido.

—Dillon ha resultado ser un hombre muy atractivo, ¿verdad, Cat?

Cat ni siquiera se molestó en mirar hacia la pantalla.

—Claro —dijo, tal y como se esperaba que dijera.

—¿Y qué le espera ahora a Dillon McKenna? —preguntó el entrevistador del programa.

—La verdad es que no estoy seguro.

—¿En serio?

—Sí. Lo único que sé con seguridad es que las cosas van a ser distintas para mí a partir de ahora. Creo que lo que necesito es un cambio de escenario, pasar un tiempo alejado de todo esto para decidir qué voy a hacer a partir de ahora.

Cat escuchó sólo a medias lo que siguió diciendo mientras se ocupaba de recoger los pañuelos usados y echarlos en la papelera.

Por fin Adora volvió a quitarle el sonido a la televisión y suspiró.

—Desde luego le ha ido de maravilla, ¿verdad Cat?

—Desde luego.

—¿Has oído lo que ha dicho de que no sabe qué va a hacer a partir de ahora y que necesita alejarse de todo durante un tiempo?

—Sí, lo he oído.

Los ojos color esmeralda de Adora brillaban de emoción.

—¿Te imaginas que volviera?

Cat no podía imaginarse tal cosa. Tal y como ella lo veía, una celebridad mundial como Dillon McKenna no tendría razón ninguna por la que desear volver al pueblecito montañoso donde había nacido.

—Bueno, ¿te lo imaginas o no?

—Pues no, la verdad.

Adora frunció el ceño. La respuesta de Cat no había sido la que ella esperaba, pero enseguida volvió a ilusionarse.

—Si lo hiciera, tú serías la primera en saberlo, ¿verdad? Al fin y al cabo, eres tú quien se ocupa de su casa.

Cat cogió otros pocos pañuelos y los tiró uno a uno a la papelera, consiguiendo una serie de encestes perfectos.

—Adora, Dillon no ha vuelto a venir por aquí ni una sola vez desde que yo me ocupo de su casa. Se limita a alquilarla a través de la agencia que me contrató a mí para su mantenimiento. Para él no es más que una inversión.

—Ya lo sé, pero aun así… Es una casa muy bonita, y si quiere tomarse algún tiempo para pensar, sería el sitio ideal donde hacerlo.

Cat cogió la mano de su hermana con firmeza.

—Oye —dijo, apoyando su frente contra la de Adora—, ¿me harás el favor de olvidarte de Dillon McKenna y pensar en ti misma? ¿Te encuentras mejor?

Adora se soltó para manosear el pañuelo que tenía en la mano.

—Supongo que quieres volver a casa y meterte en la cama, ¿verdad?

—Estaría mintiendo si dijera que no, pero si lo necesitas me

quedo contigo.

—No. De verdad. Ver a Dillon me ha levantado el ánimo.

—Bien —contestó Cat, y la besó en la mejilla. Adora hizo un esfuerzo por sonreír—. Gracias otra vez.

Cat se puso de pie.

—Si me necesitas, estaré en casa.

—Lo sé.

Capítulo 2

Dillon McKenna se bajó de su Land Cruiser y la nieve crujió bajo sus botas. El movimiento le había causado un dolor sordo en su cadera artificial, pero el lo ignoró.

La casa tenía buen aspecto. El lateral que tenía ante sus ojos era de madera con los ángulos de piedra. El otro lado, que quedaba frente al cortado, tenía unas ventanas que llegaban desde el suelo hasta el techo para que aun en los días más oscuros el interior de la casa estuviese lleno de luz.

Dillon inspiró aire profundamente, saboreando la frescura del aire de la montaña. Desde un abeto cercano trinó un herrerillo, y su canto se mezcló con el sonido de un hacha cortando leña. En el camino que daba acceso a la casa, bajo una picea, había aparcada una furgoneta azul; debía ser la de la persona que se ocupaba del mantenimiento de la casa. Cerró la puerta de su coche, se subió la cremallera de la cazadora y caminó hacia el lugar del que provenía el sonido del hacha.

No tuvo que ir demasiado lejos. Al otro lado de la casa, en la breve terraza de terreno que se extendía bajo el mirador del primer piso hasta el cortado, encontró al encargado de mantenimiento. Estaba de espaldas a él y Dillon se quedó mirándolo un instante sin hablar.

Rítmica y eficientemente el hombre clavaba su hacha en un tronco, lo levantaba por encima de su cabeza y volvía a golpearlo contra la tajadera. Embobado, Dillon admiró la gracia de sus movimientos, la economía con que efectuaba cada golpe y sonrió.

Diecinueve meses atrás no habría gastado ni un solo segundo en contemplar aquella escena, pero haber tenido la mitad de los huesos de su cuerpo rotos, haber tenido que pasar por las manos de un buen cirujano que volviese a juntar sus miembros valiéndose de plástico y metal le hacía apreciar cosas muy sencillas, como por ejemplo ver cómo aquel hombre partía cada tronco en dos.

En aquel instante el hombre pareció presentir que alguien lo observaba y tras clavar el hacha en la tajadera se incorporó y dio media vuelta.

Dillon se dio cuenta inmediatamente de que aquel tipo tenía unas facciones delicadas y una piel lisa y dorada, pero tardó unos segundos en darse cuenta de que aquel hombre tenía pechos, que llenaban a la perfección la pechera de su vieja camisa roja de franela.

Ante la mirada sorprendida de Dillon, el hombre que había resultado ser una mujer se quitó los guantes de trabajo y se pasó una mano por su pelo corto y del color del trigo antes de acercarse con paso decidido hacia él.

Mientras se acercaba, Dillon se dio cuenta de que sus ojos eran del mismo gris azulado que las alas de un arrendajo y casi al mismo tiempo se dio cuenta de quién era: la hermana mayor de Adora, Cat Beaudine.

«Por fin estoy en casa». Entonces recordó haber soñado con ella aunque no supiera decir cuándo ni sobre qué.

—¿Dillon? ¿Dillon McKenna?

Su incredulidad era palpable en el tono de su voz.

—El mismo que viste y calza —contestó con una sonrisa—. Hola, Cat.

Entonces le tocó a ella mirar sorprendida, lo que resultaba bastante comprensible. Hacia más o menos dieciséis años que no se habían visto, a no ser que hubiese leído sobre él en alguna revista o hubiera visto alguna de las entrevistas que había concedido a la televisión. Hasta era posible que hubiese asistido al funeral de su padre siete años atrás, pero no recordaba haberlo visto entonces. En cualquier caso, había pasado mucho tiempo.

Dillon extendió una mano que ella estrechó. La palma de Cat era dura y callosa de trabajar duro, pero sus huesos eran finos y largos y Dillon se tomó su tiempo para observarla. Tenía pequeñas gotas

de sudor sobre el labio superior y el pelo se le rizaba húmedo a la altura de las sienes. El calor de su cuerpo tras el ejercicio físico le llegaba en olas y su olor en aquel aire frío del invierno era a la vez dulce y ligeramente almizclado.

Cuando sintió que la mano de Cat se movía con cierto nerviosismo, se dio cuenta de que seguramente había estado estrechándola más tiempo del apropiado y la soltó.

—¿Qué tal éstas? —continuó ella con la pregunta de rigor.

—Más crecido que la última vez que nos vimos.

—Sí —contestó ella, frunciendo el ceño—. Sí, ya lo veo.

Parecía preocupada y no demasiado contenta de que ya no fuese un crío, pero Dillon estaba pasando un buen rato. Cat era tal y como él la recordaba, pero cuando se marchó de Red Dog City la había dejado siendo una mujer que para nada llamaba su atención.

—Ejem… Bueno… —Se estaba poniendo de nuevo los guantes de trabajo, seguramente para hacerle saber que pensaba seguir cortando leña—. Esto sí que es una sorpresa. Cuando los de la agencia me llamaron para decirme que debía abrir la casa, me imaginé que…

—Que el nuevo ocupante era sólo uno más en la interminable cadena de inquilinos, ¿no?

Ella asintió.

—Pero ahora que lo pienso, debería haberme imaginado que ibas a ser tú. Sabía que pretendías pasar una temporada alejado de todo.

—¿Dónde has oído eso?

Cat miró hacia otro lado momentáneamente, como si no estuviera segura de si debía contestarle y después se encogió de hombros.

—Lo dijiste tú mismo hace unas semanas en uno de esos programas de por la noche.

—Me sorprende que estuvieras viéndolo. Nunca fuiste una de mis grandes admiradoras.

—A los que vivimos en este desierto también nos gusta saber de los que consiguen llegar alto —le contestó, mirándolo a los ojos—. Has elegido el lugar adecuado si quieres estar solo a diez kilómetros de Red Dog City, en pleno invierno; vas a estar todo lo solo que quieras y un poco más.

Dillon se echó a reír.

—Estoy a menos de setenta kilómetros de Reno para el caso de que me sienta demasiado solo.

—Setenta kilómetros que pueden ser muy difíciles cuando lleguen las nieves del invierno.

—Lo sé. Yo también me crié aquí —contestó y después se atrevió a gastarle una broma—. ¿Ya éstas intentando deshacerte de mí, Cat?

Ella no sonrió.

—No, claro que no.

—Bien, porque estoy aquí para quedarme al menos durante una temporada.

—Eso es únicamente asunto tuyo.

—En eso tienes toda la razón.

Se quedaron mirándose el uno al otro hasta que ella fingió tener tos.

—Estoy segura de que tienes ganas de ponerte cómodo. La casa está limpia de arriba a abajo.

—¿La has limpiado tú?

—Yo no me dedico a eso. La agencia envía personal específico para esa tarea. El cuarto de baño funciona perfectamente y hace unas horas que encendí la calefacción, así que la casa está ya caliente.

Quería dejarte un poco de leña preparada por si quieres encenderte la chimenea. No se quién se encargó de traerte la leña, pero la mayoría de los troncos son demasiado grandes.

Dillon sintió entonces un deseo ridículo. Hubiera querido acercarse a donde el hacha estaba clavada y cortar él mismo unos cuantos troncos para que supiera que él era tan hombre como ella. Aquel deseo lo dejó completamente aturdido. Últimamente parecía estar cogiéndole gusto a presumir de su masculinidad. Además seguro que terminaría por hacerse daño cogiendo esa hacha así, en frío. Aún no se había acostumbrado a controlar los clavos y las articulaciones artificiales que tenía donde antes habían estado las suyas.

—Así que voy a seguir trabajando —estaba diciendo ella. —Cuando termine aquí fuera te llevaré la leña dentro y dejaré encendida la chimenea.

Dillon tuvo una idea mejor.

—Mira, prefiere que te olvides de partir más leña por el momento.

—Pero yo…

—Pasa un poco de leña dentro y enciende el fuego, por favor.

—De acuerdo, y luego…

—Y luego nos tomaremos una cerveza.

Cat tardó un instante en asimilar la sugerencia. Después vinieron sus protestas.

—No, tengo…

—Vamos, Cat. Por los viejos tiempos.

—De verdad, no puedo…

—Sí.

Cat lo miró a los ojos e intentó decir que no con la cabeza, pero no lo consiguió.

—De acuerdo —accedió, e inmediatamente las mejillas se le sonrojaron.

—Estupendo. —Dillon pasó junto a ella y le dio instrucciones antes de que pudiese cambiar de opinión—. La cerveza está en mi camioneta. Voy a cogerla y me reúno contigo.

Se alejó tan rápido como su cadera artificial y su rodilla reconstituida se lo permitieron.

Cuando hubo aparcado el Land Cruiser en el garaje y entró en la cocina, ella estaba de pie al otro lado de la puerta de cristal del mirador, cargada con la leña.

Dillon dejó sobre la mesa la bolsa con la comida y las seis cervezas y se apresuró a entrar en el salón para abrirle la puerta.

Una vez dentro, dejó la leña en la caja que había lomo a la chimenea, se quitó los guantes y se los guardó en el bolsillo de atrás. Dillon entró de nuevo en la cocina para coger dos cervezas mientras ella se arrodillaba para encender el fuego. Tardó unos minutos en vaciar la bolsa de la comida y cuando volvió, Cat estaba ya añadiendo dos troncos de tamaño medio. Dillon le dio una de las cervezas y los dos bebieron. A través del cristal de la chimenea se veía cómo el fuego lamía la madera, una imagen muy agradable.

Dillon hizo un gesto hacia el sofá y las dos sillas que estaban agrupados en el salón.

—Vamos a sentarnos.

Cat contestó que no con la cabeza mientras se miraba los pantalones caquis y la vieja camisa.

—Ese sofá es beige y he estado metida en el sótano revisando las cañerías.

La primera intención de Dillon fue decirle que el sofá le importaba un comino, pero enseguida se dio cuenta de que lo de la ropa era sólo una excusa. Cat no quería ni sentarse ni ponerse cómoda.

Dillon lo dejó pasar y miró a través de la pared de cristal. Más allá del mirador, el mundo parecía desaparecer en un mar de verdor semicubierto por la nieve. En la distancia, las montañas se solapaban entre sí, desapareciendo casi tras el velo gris de la niebla de la tarde.

—Casi no puedo creer que esté aquí —murmuró un instante después—. Qué bonito es todo esto —añadió, mirando a su alrededor y de nuevo a través de los cristales.

—Sí.

—Hace siete años que compré esta casa —comentó sin saber por qué, después de haber tomado un trago de cerveza.

Ella emitió un sonido de educado interés, pero no dijo nada.

—La compré después de que muriera mi padre. Vi un anuncio mientras estaba aquí y me acerqué a verla.

Me enamoré inmediatamente y decidí comprarla. Creo que lo hice casi como un signo de que había triunfado; me refiero al hecho de que pudiera comprarme una casa de vacaciones simplemente porque me apeteciera.

Entonces habló ella, pero en tono neutro.

—Lo has hecho bien, Dillon. Tienes derecho a sentirte orgulloso.

Dillon se la quedó mirando, estudiando los cambios, midiendo los efectos del paso del tiempo y llegó a la conclusión de que la forma que un hombre tiene de ver el mundo a veces cambia más que el mismo mundo. Igual que aquella mujer.

Dieciséis años atrás, no había sabido ver la calma interior que emanaba de ella, o la fuerza y la dignidad que desprendía su mirada. La verdad es que dieciséis años atrás, la fuerza y la dignidad en una mujer le habían importado un comino. Cat le parecía dura y perversa… y así había sido, e incluso se atrevería a decir que lo seguía siendo cuando las circunstancias la obligaban.

—Nos hemos enterado de que tuviste un accidente grave hace un tiempo —dijo ella.

—Sí. Estaba saltando sobre un volcán artificial en Mirage, el Las Vegas. El salto fue bien, pero desgraciadamente el aterrizaje dejó mucho que desear.

Su mirada se suavizó.

—Lo siento.

—Gajes del oficio.

—Por lo menos parece que te estás recuperando bastante bien.

—Más o menos. Todo me funciona, algo más despacio y con más trabajo, eso sí —tomó otro trago de cerveza—. Cuéntame cosas de por aquí.

—¿Qué cosas?

—Pues por ejemplo sobre tu familia para empezar. ¿Qué tal están tu madre y tus hermanas?

Cat pellizcó la etiqueta de la cerveza como si sospechase que la pregunta tenía truco.

—Mi madre ha vuelto a casarse.

—¿En serio?

—Sí, hace unos cuantos años, con un pintor jubilado. Lo conoció jugando al bingo en la asociación. Podría decirse que fue amor a primera vista. Se casaron pocos meses después de conocerse y ahora viven en Tucson.

—¿Y las pequeñas?

—¿Phoebe y Deirdre?

—Sí.

—Pues ya no son pequeñas. Las dos están casadas; Deirdre vive en Loyalton y Phoebe en Portola.

—No demasiado lejos, ¿no? —No.

—¿Y tú? ¿Te has casado?

—¿Yo? —Parecía sorprendida por la pregunta—. No, yo no.

Era la respuesta que esperaba, pero aun así quiso estar seguro. Hubiera querido ahondar un poco más en el asunto, preguntarle «¿y por qué no?», pero decidió no hacerlo. Estaba demasiado arisca y con una pregunta así lo único que conseguiría sería que saliera huyendo.

—¿Y tienes ya sobrinos?

—Cinco —contestó, y volvió a pellizcar la etiqueta del botellín

—. Deirdre tienes tres niñas y Phoebe dos chicos.

—Vaya. Eso sí que me cuesta trabajo imaginarlo. No sólo casadas sino que además, con niños. Eran aún unas niñas cuando me marché.

Cat tomó otro sorbo de su cerveza, y un instante después, él siguió con las preguntas: —¿Y Adora?

Dillon se dio cuenta de que lo había estropeado todo en cuanto pronunció el nombre de Adora. Cat apretó con fuerza el cuello del botellín, y si antes había estado arisca, ahora parecía decidida a darse media vuelta y marcharse. Casi podía leerle el pensamiento: ¿qué hago yo aquí tomándome una cerveza con un antiguo novio de mi hermana?

—Adora está bien —dijo con una sonrisa forzada—. Sigue soltera y tiene su propio salón de belleza en Bridge Street. Vive en un apartamento encima del salón.

Dillon maldijo su metedura de pata, pero se vio obligado a continuar con el tema.

—Entonces le va bien.

—Sí, muy bien. —Cat dejó el botellín sobre una mesa auxiliar—. Mira, se está haciendo muy tarde y tengo que marcharme —dijo, y se volvió hacia la puerta.

Lo único que se le pasó por el pensamiento a Dillon fue que se estaba alejando de él, y sin pensarlo, la sujetó por un brazo.

—Espera.

Ella se quedó paralizada y se volvió para mirarlo con una expresión que parecía decirlo todo: los hombres no se atrevían a tocarla. Y ahora que un hombre lo estaba haciendo, no sabía cómo reaccionar.

—¿Qué? —le preguntó en voz baja.

Dillon no dijo nada, No tenía nada que decir, excepto «no te vayas», pero sabía que no conseguiría nada diciéndolo. El silencio creció y pareció llenar la habitación.

—¿Qué quieres?

Su voz aún seguía pareciendo sorprendida, pero había en ella algo más de fuerza. Aun así, Dillon siguió sin contestar.

Bajo el tejido grueso de su camisa, su piel parecía cálida y suave, y sus músculos como de acero flexible. Era una mujer fuerte.

—Suéltame —le ordenó.

Dillon dejó caer el brazo. De todas formas, no tenía sentido seguir sujetándola y como si fuese alguien que acababa de despertarse después de un sueño, Cat parpadeó varias veces.

Dillon se preguntó si se enfadaría por haberla sujetado por un brazo, pero no, si él sabía manejar la situación, era poco probable que se enfadase. Si él sabía darle una salida plausible… como por ejemplo, pretender que no había ocurrido nada. Y era cierto que no había ocurrido nada. Nada palpable. Todavía nada.

—Gracias por preparármelo todo —dijo él.

Ella se lo quedó mirando fijamente un instante y después se encogió de hombros.

—No hay de qué.

Al mirarla, Dillon pensó en el mundo invernal del otro lado del cristal de su ventana. Para el ojo inexperto, podía parecer sólo una extensa llanura cubierta de nieve, pero había vida de sangre caliente por todas partes si se sabía dónde mirar.

—¿Hay algo más de lo que quieras que me ocupe antes de marcharme?

Se le ocurrió un comentario provocativo, pero prefirió no hacerlo.

—No. Todo parece funcionar perfectamente.

—Bueno, entonces…

—Gracias otra vez.

Ella inclinó la cabeza casi con sequedad y salió de la casa, dejándolo solo.

Dillon se quedó mirando por la ventana un buen rato. Se sentía bien, tan bien como no se había sentido en mucho mucho tiempo.

Tras el accidente y las desilusiones, tras los largos meses de dolor, sudor y miedo mientras forzaba a sus piernas a funcionar otra vez en las interminables horas de terapia física, le sentaba bien estar de pie delante de la ventana de una casa que le encantaba y mirando las montañas cubiertas de nieve. Se sentía bien allí. Se sentía bien en casa.

Y también le gustaba la idea de que Cat Beaudine fuese tan endiabladamente competente, porque había decidido que iba a necesitar un montón de ayuda de la encargada de mantenimiento para instalarse allí.

Capítulo 3

—Bueno… ¿lo has visto?

Sorprendida, Cat se dio media vuelta. Adora estaba en medio de su salón, sonriendo.

—Como si estuvieras en tu casa —murmuró Cat.

—La puerta de la cocina estaba abierta —contestó Adora, que no parecía lamentar demasiado el comentario de su hermana.

—Cierto.

—Y bien, ¿lo has visto? —¿A quién?

—Venga ya, Cat. Sabes muy bien a quién me refiero.

—Dillon McKenna —replicó Cat con resignación.

—Sí. Dillon —suspiró Adora—. Todo el mundo habla de él. Se pasó por la tienda de comestibles al pasar por la ciudad. Lizzie Spooner le metió la compra en la bolsa, y sé muy bien que esa agencia para la que trabajas debe haberte llamado para que preparases la casa.

Porque has estado allí, ¿verdad?

—Sí, he estado un rato —concedió Cat a regañadientes—. Y también tenía que ir a la casa de Turner Road, y a la de Jackson Pike.

—Te he llamado tres veces —le reprochó Adora—. ¿Por qué no me has devuelto la llamada?

Cat echó un vistazo al contestador; la luz estaba parpadeando.

—Acabo de entrar —dijo, y se agachó para echar unos troncos a la chimenea. El fuego había quedado reducido a ascuas en su ausencia. Después, cerró la puerta de cristal—. ¿Quieres un café? —

Preferiría té.

—Entonces, té. —Cat entró en la cocina y sacó dos tazas y la lata dónde guardaba las bolsas de té. Adora entró detrás de ella—. ¿Cómo lo haces? Es algo que no puedo comprender.

—¿Cómo hago qué?

Cat se acercó a la cocina, que era mitad eléctrica, mitad horno de leña; sobre la mitad de leña había una tetera enorme con agua y echó unos cuantos troncos menudos.

—Ya lo sabes. ¿Cómo puedes vivir aquí, en mitad de ninguna parte, sin un alma con quien hablar la mayoría del tiempo?

—Me gusta mi intimidad. —Cat hizo un gesto hacia el salón, donde varias estanterías que llegaban hasta el techo cubrían todos los lugares disponibles—. Y leo mucho.

—Qué in-te-lec-tu-al —bromeó Adora—. ¿Y no echas de menos la época en la que estábamos todos juntos?

Cat pensó en la casa en la que había crecido. No era demasiado grande para haber criado en ella a cuatro hijas. Sólo había un cuarto de baño, que siempre estaba ocupado con una o con otra mujer maquillándose o arreglándose el pelo.

—Bueno, ¿lo echas de menos o no? —insistió Adora.

—No tanto como me gusta ahora mi intimidad.

Cat echó agua de la tetera sobre las bolsitas de té.

—Pues yo sí —los ojos de Adora eran tan melancólicos como su tono de voz—. Yo soy una persona muy familiar.

—Lo sé.

Cat sonrió. Adora lo había pasado bastante mal cuando su madre se había vuelto a casar. Charlotte Beaudine Shanahan siempre había sido una mujer que necesitaba un hombre a su lado, y desde el mismo día en que había conocido a su segundo marido, sus hijas habían pasado a un segundo plano. Eso a Cat no le había importado, y Phoebe y Deirdre tenían familias de las que ocuparse, pero Adora se sintió abandonada. —Vamos— dijo Cat, señalando la mesa. —Quítate el abrigo y siéntate.

Adora se sentó y se quitó después el abrigo, que dejó sobre el respaldo de la silla. Luego sonrió a Cat, que se había sentado en un extremo de la mesa.

—Venga, cuéntamelo —le pidió, frotándose las manos—. Lo has visto, ¿no?

Cat contuvo un suspiro. No quería pensar en su inquietante encuentro con Dillon McKenna, y mucho menos hablar de él.

—Cat, ¿lo has visto?

Cat enrolló la bolsa del té alrededor de la cuchara y la escurrió.

—¡Venga, mujer! ¿Qué te pasa? ¿Es que quieres torturarme?

—No, no quiero torturarte —dijo, y tomó un sorbo de su té—. Y sí, sí que lo he visto.

—¡Lo sabía! —Adora saltó en su silla—. Yo tenía razón. Necesita un tiempo para… para volver a poner orden en su vida, para decidir a dónde ir a partir de este momento.

—No es que él lo haya dicho con tantas palabras, pero creo que tienes razón.

—¿Qué te parece? ¿Lo conozco bien, o no?

—Adora… —comenzó Cat, pero no supo cómo continuar.

—¿Qué?

Cat recordó entonces al Dillon McKenna inquieto y lleno de problemas que se había marchado de la ciudad dieciséis años atrás, y al hombre sereno e inquietante mente atractivo con el que se había encontrado aquella tarde.

—¿Qué? —preguntó Adora—. Dime.

—Bueno, la gente cambia, eso es todo. Erais unos críos cuando él se marchó de aquí; apenas habíais cumplido los dieciocho. Los dos habéis… vivido mucho desde entonces.

—Lo conozco —insistió su hermana con firmeza—. Fue mi primer amor. ¿De qué más habéis hablado? Cuéntamelo todo, hasta el último detalle.

Cat la miró y se preguntó si habría alguna forma de desviar aquella conversación tan incómoda.

—Habla —insistió Adora.

—No hay mucho que contar —contestó, sintiéndose culpable aunque en realidad sin motivo. No había ocurrido nada. Dillon McKenna la había invitado a tomar una cerveza, ella había aceptado y los dos habían hablado de cosas sin importancia.

—Cuéntamelo de todas formas —insistió, sin darse cuenta de la incomodidad de Cat—. Quiero saber todas y cada una de sus palabras.

No había forma de escapar, así que le describió su encuentro con Dillon, excepto los momentos en que él la había sujetado por el

brazo. Cuando terminó, Adora se recostó en su silla y tomó un sorbo de su té. —Bueno, eso está bien. Muy bien.

—Adora, no ha sido más que un intercambio de información, eso es todo.

—Para ti, puede que sí.

—Adora…

—La clave está en cuando te preguntó si a mí me iba bien, ¿no te das cuenta?

—Pues no.

—Tú le hablaste de mí, y él volvió a preguntarte. Está deseando que nos encontremos, igual que yo, y se está preguntando cómo será cuando por fin volvamos a encontrarnos —la silla de Adora chirrió sobre el suelo de linóleo al levantarse—. Voy a ir ahora mismo a su casa a darle la bienvenida.

—Adora, quizás deberías…

—Voy a ir.

Adora tenía esa misma expresión de cuando era pequeña y su madre le decía que no podía hacer algo que ella quería hacer, y Cat se recordó que era ya una mujer adulta. Si quería hacerle una visita a un antiguo novio, era asunto suyo y de nadie más.

—Tú misma —dijo Cat, forzando la sonrisa.

—Voy a hacerlo. Tenlo por seguro.

Adora cogió el abrigo del respaldo de la silla y se lo puso, y con las mejillas arreboladas y los ojos brillantes, se marchó.

* * *

El día siguiente era sábado. El teléfono de Cat sonó a las nueve de la mañana. Seguro que era Adora para darle todos los detalles de su encuentro con Dillon. Cat lo dejó sonar tres veces antes de rendirse a cogerlo.

—Hola, Cat.

Aquella voz profunda y cálida no era la de su hermana, y un escalofrío le recorrió la espalda.

—Hola, Dillon.

—Mira, Cat: desde ayer, he tenido tiempo de revisar mi situación aquí.

¿Su situación? ¿Qué querría decir?

—Y me parece que voy a necesitar que alguien se ocupe de unas cuantas cosas.

—¿Qué cosas?

Dos palabras que eran la sospecha personificada.

Cat creyó oír una risa, pero debía ser un ruido de la línea.

—Necesito más leña para la chimenea, para empezar. Y he comprado un equipo de música decente, un vídeo y una televisión. Tengo entendido que se te da bien lo de montar equipos electrónicos, y he pensado que quizás quisieras poner en marcha lo que he comprado. También he pedido una antena parabólica que hay que colocar en el tejado y un equipo de gimnasia para instalar en el gimnasio de la planta de abajo. Me han dicho que los hombres que vengan a traerlo lo montarán, pero nunca se sabe. Y también tengo un montón de libros y querría que me hiciesen unas estanterías. He oído que haces trabajos de carpintería.

Cat no contestó. Estaba pensando que había aprendido mucho sobre sus habilidades en las últimas veinticuatro horas.

Pero también estaba pensando que lo que le ofrecía era un trabajo remunerado, y a ella siempre le venía bien trabajar, especialmente durante los meses de invierno, cuando todos los trabajos de construcción estaban paralizados. Estaba pagando la hipoteca de su casa y de los cinco acres de terreno sobre los que estaba construida, y era una inversión muy fuerte para una persona de recursos limitados como ella.

Pero Dillon McKenna era peligroso… aunque sólo para su tranquilidad de espíritu. El día anterior la había cogido por un brazo y no la había soltado hasta que le había ordenado que lo hiciera. Quería creer que eso era todo lo que había pasado, pero en el fondo, no lo creía así.

Y además estaba Adora, flotando el día anterior por la habitación con los ojos llenos de estrellas… —¿Cat? —insistió Dillon.

—Sí, sí; estoy pensando. Mira, te agradezco la oferta, pero me temo que tendrás que hablar con la agencia de la propiedad. No puedo coger simplemente…

—Ya me he ocupado de eso.

—¿Perdón?

—Ya he llamado a la agencia y me han dicho que por ellos no hay problema. Que si queremos tener nuestra propia relación ahora que voy a estar aquí todo el tiempo…

«Nuestra propia relación». No le gustaba nada cómo sonaba eso.

—Te pagaré bien —añadió, y le dio una cifra por hora. Era el doble de lo que le habría pedido por la mayor parte del trabajo que le había descrito.

Cat pensó en su hipoteca y en las mejoras que quería acometer en la casa el próximo verano: quería poner un aislamiento nuevo y ventanas de cristales térmicos que reducirían significativamente el consumo de leña. Su casa no era como la de Dillon. No tenía calefacción central de propano que mantuviese la casa caliente. Toda su calefacción era la chimenea.

—¿Quieres pensártelo durante un par de días y me llamas después?

Cat se convenció de que estaba siendo ridícula. No había pasado nada entre ellos, y nada iba a pasar. El estaba aún recuperándose de sus heridas y necesitaba que alguien le ayudase a instalarse. Y ella necesitaba el dinero.

—No, no necesito pensármelo —dijo—. Me parece bien. ¿Cuándo quieres que empiece?

Hubo un segundo de pausa, y Cat creyó estar segura de que iba a decir «Ahora mismo», pero no fue así.

—El lunes por la mañana vendrá gran parte del equipo. ¿Podrías estar aquí hacia las diez?

Cat accedió.

Una hora más tarde, Adora la llamó.

—Lo he visto —le dijo, alborozada—. Parecía realmente contento de que me hubiera pasado a verlo. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Que necesita ayuda con algunos proyectos que tiene para la casa, y yo sé que tú necesitas todo el trabajo que puedas conseguir, así que le he hablado de todas las cosas que sabes hacer. Me ha dicho que iba a llamarte hoy por la mañana. ¿Lo ha hecho?

—Sí.

—Lo sabía. ¿Es que no vas a darme las gracias?

—Gracias —murmuró Cat con ironía.

Como siempre, la ironía con Adora cayó en saco roto.

—Cualquier cosa por mi hermana mayor.

Cat colgó el teléfono con la idea precisa de lo que Adora pretendía: crear lazos de unión. Si ella trabajaba para Dillon, entonces Adora tendría otra razón para pasarse por casa de él de vez en cuando.

Lo que nunca se le habría ocurrido a Adora era que juntar a Dillon y a Cat pudiese causarle algún problema. Adora era diez veces más guapa que ella, y además, sabía muy bien que a su hermana no le interesaban los hombres.

* * *

La furgoneta con la televisión, el vídeo y el equipo de música llegó a casa de Dillon a las nueve y cuarto del lunes por la mañana. Dillon les dijo que lo metieran todo en la casa. Les indicó el lugar donde quería la enorme televisión, pero les dijo que dejasen el resto de las cosas en medio de la habitación. Cuando se marcharon, abrió las cajas y procuró extender el embalaje por toda la habitación. Quería dar la impresión de que había intentado hacer algún progreso en montarlo todo, pero que no había sabido hacerlo.

Confiaba en que Cat no se parase mucho a pensar en todo aquello, porque si lo hacía, empezaría a preguntarse cómo un hombre capaz de diseñar un moto es incapaz de conectar su vídeo a la televisión.

* * *

Cuando Cat llegó, se encontró a Dillon sentado en el suelo del salón, rodeado de cajas a medio abrir y trozos de poliestireno y embalajes de plástico, leyendo lo que debía ser un manual de instrucciones. Detrás de él asomaba una televisión de pantalla gigante.

—Gracias a Dios que estás aquí —dijo al verla.

Cat sintió que el estómago le daba vueltas mientras se quitaba el chaquetón y lo colgaba detrás de la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó, intentando que su voz pareciese fría y profesional.

Dillon cerró el libro de instrucciones y se lo tendió.

—Socorro.

Era el manual de instrucciones del vídeo.

—Podrías empezar por leerlo —sugirió con sequedad.

Él frunció el ceño.

—No te hagas la lista —bromeó—. ¿Estás aquí para trabajar, o para reírte de mí?

Una vocecita interior le pinchó para que le contestase al hilo de lo que él le había dicho, pero decidió seguir manteniendo el tono profesional y distante tal y como se había prometido hacer.

—¿Qué quieres que haga?

—Siéntate —dijo, dando unas palmadas en el suelo junto a él.

Cat dudó un instante. No sabía si debía sentarse tan cerca de él pero si no lo hacía, pensaría que la ponía nerviosa, y ella no se ponía nerviosa con él. De ninguna manera.

—Toma —dijo, mostrándole el manual—. Ten y haz algo con él.

Cat tomó el manual y se sentó junto a él.

—Dios mío —murmuró él.

—¿Qué?

—Nada, nada. Sólo era un deseo.

Cat sabía que no debía preguntar, pero lo hizo de todas formas.

—¿Y qué deseabas?

—Poder levantarme de aquí con la décima parte de la facilidad con la que tú te has sentado.

—¿Quieres que te ayude a levantarte?

—Todavía no. Me está costando trabajo, pero ya voy acostumbrándome.

Estando tan cerca, Cat se dio cuenta de que tenía puntitos dorados en el centro de sus iris color del terciopelo marrón. También tenía un hoyuelo en la barbilla, y tenía la impresión de que antes su tabique nasal había estado más recto. Debía habérselo roto saltando de un edificio para alguna película o a lomos de un toro salvaje en un rodeo.

—¿Y por qué te has sentado si sabías que luego ibas a tener problemas para levantarte?

—Tengo que hacer cosas difíciles si quiero que vuelvan a ser

fáciles después.

—¿Volverá a resultarte fácil con el tiempo?

—Es relativo. Nunca podré correr la maratón, si es eso a lo que te refieres.

Los dos estaban sonriendo, y Cat tuvo que recordarse una vez más que estaba allí para trabajar y no para hablar de los cambios que aquel accidente había provocado en su vida. Entonces volvió a mirar el folleto. En aquella página había un diagrama con las conexiones del vídeo, un diagrama que, por cierto, era bastante fácil. Miró a Dillon para decirle que esa tarea era pan comido, pero algo completamente distinto le salió de entre los labios.

—¿Ha sido muy duro para ti?

Él le contestó con sinceridad.

—Sí, y en muchos aspectos distintos. Pero de todas formas, había llegado el momento de cambiar, ¿sabes? —¿Y eso?

—Bueno, a veces, durante lo últimos años, me he preguntado qué demonios quería demostrar. Poner mi vida en peligro para saltar una pirámide de sesenta coches con una Harley rediseñada empezó a parecerme más estúpido que heroico. Y el accidente en Mirage fue muy fuerte. Muchas veces me había roto huesos, pero no de aquella forma. Me pasé seis meses y medio tumbado boca arriba o en una silla de ruedas.

Cat pensó en su propio cuerpo, capaz y fuerte. Dependía de él por completo. ¿Cómo se sentiría si tuviese que estar inmóvil durante seis meses? Pues no muy bien. Nada bien.

—Supongo que te volviste medio loco.

—Sí. Podría decirse que sí —contestó, sonriendo de medio lado.

Cat se lo quedó mirando. Tenía una boca grande y de labios bien dibujados, y tenía una pequeña cicatriz en el labio superior, casi con la forma de un relámpago.

—¿Qué es eso? —le preguntó, señalando la cicatriz. Estuvo incluso a punto de rozarlo, pero se detuvo a tiempo.

Dillon se rozó la cicatriz con los dedos y arqueó las cejas.

Ella asintió.

—Un novillo me enganchó. Fue cuando todavía participaba en los rodeos.

—¿Con un cuerno, quieres decir?

—Sí. Me lo partió en dos. Pero de eso hace ya quince años. Casi

no se ve ya —dijo, y se acercó para que pudiera verlo mejor.

Cat se acercó, aunque podía verlo perfectamente bien desde donde estaba. Los puntitos dorados parecían bailarle en los ojos y le gustaba su olor, un olor a limpio y a algo más, parecido al olor del cedro, fuerte y seco.

Justo en ese momento, alguien llamó al timbre.

Cat retrocedió inmediatamente y enrojeció hasta la raíz del pelo.

—Yo… eh…

Pero a Dillon no parecía preocuparlo en absoluto.

—Estupendo. Debe ser el equipo para el gimnasio.

Cat decidió hacer lo mismo. Al fin y al cabo, si él pensaba que no había ocurrido nada, entonces es que en realidad, nada había ocurrido, ¿no? Se había acercado a él para ver mejor la cicatriz, eso era todo.

–O me ayudas a levantarme de aquí —dijo él—, o abres tú la puerta. ¿Te importa?

—Claro que no. Yo abro.

Se puso de pie y voló a abrir la puerta.

Efectivamente era el equipo para el gimnasio. Como Dillon tenía que firmar la nota de entrega y decirles dónde quería que lo dejasen, lo ayudó a levantarse en cuanto hubieron entrado los hombres del reparto.

La zona de estar de la casa estaba en el piso de arriba, incluyendo el enorme dormitorio principal. En la planta baja había una habitación central de la cual salían otras tres habitaciones bastante grandes y dos baños. Una de esas habitaciones estaba destinada a ser el gimnasio, ya que tenía las paredes cubiertas de espejos. El equipo tenía que ir allí.

Una vez hubieron descargado todo, resultó que los hombres que los traían estaban perfectamente preparados para dejarlo todo montado, así que Cat dejó a Dillon supervisándolos y ella subió a la otra planta para conectar todos los aparatos electrónicos que la esperaban allí.

A las una del mediodía, los hombres se marcharon y Cat tenía ya el caos de la primera planta bajo control. Le mostró a Dillon cómo manejar todos sus juguetes electrónicos, aunque le advirtió que sólo podría conectar con unas cuantas cadenas públicas hasta que instalase la antena parabólica de la que le había hablado. Él le

contestó que la antena iban a traérsela aquella misma semana.

—Y vamos a comer. Me muero de hambre.

—Yo tengo un *sandwich* en el camión —contestó ella—. ¿Pero es que no hemos terminado por hoy?

—Falta la leña. Me gusta encender el fuego, sobre todo por la noche. Y me parece que he usado casi toda la que me cortaste el viernes.

Por parte de Cat, no había ningún problema. Cuantas más horas, más dinero.

—Voy a comer y después…

—¿Qué quieres decir con que te vas a comer? —Ya te lo he dicho. Tengo un *sandwich* en…

—¿A que es de mantequilla de cacahuete y jalea? Ella se puso a la defensiva.

—¿Y qué pasa con la mantequilla y la jalea?

—Así que es mantequilla de cacahuete y jalea —parecía ridículamente orgulloso de haberlo adivinado—. Lo sabía. Y olvídate de eso. No vas a sentarte ahí fuera a comer en tu furgoneta y a helarte de frío.

—Qué tontería. No hace tanto frío, y además, me gusta la mantequilla de cacahuete y la jalea.

—Muy bien. Guárdatelo para más tarde. Ahora haré yo la comida.

—Pero es que…

—Deja de discutir. El jefe soy yo, y no hagas una montaña de un grano de arena, ¿de acuerdo?

Cat se lo quedó mirando un instante. Albergaba algunas sospechas, pero ¿por qué? Durante toda la mañana, simplemente había sido agradable con ella, ¿no?

¿Pero qué demonios le estaba pasando? No había ocurrido nada allí. Dillon McKenna se había convertido en un hombre muy agradable que le estaba pagando un buen dinero por un trabajo honesto… y que estaba dispuesto a añadir una comida a su salario.

Tenía que dejar de imaginar tonterías. Tantos recelos no tenían fundamento. Al fin y al cabo, era Cat Beaudine. Sabía muy bien lo que decía la gente de ella cuando creían que no estaba escuchando: que era fuerte y trabajadora y alguien con quien se podía contar, pero tan femenina como Paul Bunyan. Los hombres eran sus

amigos, sus iguales, pero nunca la miraban a ella de la forma en que miraban a Phoebe, a Adora, a Deirdre… e incluso a su propia madre.

Y no había razón en el mundo por la que Dillon McKenna, quien podía conseguir a cualquier mujer disponible del hemisferio occidental, fuese a verla de forma diferente que el resto de los hombres.

—Bueno, gracias —dijo, y sonrió.

Una vez se hubo lavado las manos en el aseo junto a la cocina, entró y se sentó a la mesa. Dillon estaba sacando un pavo asado de la nevera.

—¿Dónde has comprado eso?

—En la tienda.

—¿Asado y trinchado ya?

Él le confesó que lo había hecho él mismo.

—Me gusta cocinar. Sobre todo últimamente. Es una de las pocas cosas que puedo hacer yo solo y que puedo hacer casi sin dolor —cogió una tabla de cortar y un cuchillo grande y brillante y comenzó a cortar unas lonchas de la pechuga. El estómago de Cat empezó a hacer ruidos y él la miró sonriendo—. Deberías haberme visto con mi silla de ruedas, volando por la cocina. Impresionaba.

—Seguro que sí.

Cuando hubo cortado unas cuantas lonchas de pavo, sacó pan, mayonesa y lechuga, y preparó dos gordos y apetitosos *sandwiches*. Después sacó escabeche y salsa de arándanos y dos vasos de leche.

—Tenías razón —dijo Cat después del primer mordisco—. Esto supera con mucho a la mantequilla de cacahuete.

Cuando terminaron de comer, Cat salió fuera y estuvo cortando leña durante dos horas y cuando terminó, cubrió cuidadosamente la pila de troncos. Después, llevó lo que había cortado al garaje y lo almacenó contra una pared de modo que estuviera protegido de los elementos y razonablemente accesible para Dillon.

Cuando terminó, estaba ya oscureciendo, y asomó la cabeza a la cocina para darle una voz a Dillon y decirle que se marchaba, pero no lo vio por ninguna parte y cuando lo llamó, no le contestó nadie, así que no tuvo más remedio que entrar.

—¡Dillon! —gritó desde la cocina y salió al salón. Entonces fue cuándo oyó la música que venía de abajo.

Siguiendo el sonido, lo encontró en el gimnasio. Llevaba unos pantalones de chándal y una camiseta y estaba de pie frente a uno de los espejos de la pared ejercitando los bíceps con unas pesas. A sus pies tenía un cassette portátil que escupía música de los Talking Heads.

En cuanto vio a Cat, dejó las pesas y paró el cassette.

—Tengo que poner aquí también un equipo de música —dijo, y se acercó a ella.

Estaba sudando. La camiseta tenía manchas húmedas en el pecho, en el vientre y bajo los brazos, y pequeñas gotas de sudor le escurrían del pelo por el cuello y la cara.

Cat se sintió de pronto sobrecogida por toda aquella masculinidad, y volvió a preguntarse qué le estaba pasando últimamente. Desde que había sido lo bastante mayor para utilizar un martillo, se había pasado los veranos trabajando en cuadrillas de construcción o en cualquier proyecto de esa clase que se le cruzara en el camino. Se pasaba días con un puñado de tíos sudorosos y sin camisa sin ni siquiera pararse a pensarlo.

—¿Has terminado? —preguntó él.

—¿Qué? Ah, sí. Ya he terminado.

—¿Mañana a la misma hora?

—¿Mañana?

Su expresión era casi neutra, pero los puntitos dorados parecían bailar.

—Si, ya sabes; el día que viene después de hoy.

—¿Me necesitas mañana?

—Por supuesto.

—¿Para qué?

—Hay un montón de cosas que hacer.

—¿Cómo qué?

—Puede que mañana llegue la antena parabólica.

—¿Y qué más?

—Ya hablaremos de ello mañana. A las diez, como siempre.

Cat se sentía provocada, aunque no hubiera podido decir por qué.

—¿Qué significa «como siempre»? Si sólo he trabajado para ti un día.

—¿Es eso algo importante?

—Claro que no. Sólo quiero tener las cosas claras, eso es todo.

—De acuerdo. ¿Qué es lo que no está claro?

Una única y cristalina gota de sudor resbaló por su nariz, y él se la secó con el dorso de la mano. Cat vio la parte interior de su brazo, brillante con la humedad, dura como una piedra y con los tendones y las venas a punto de saltar.

—¿Y bien?

Estaba aturdida. No podía pensar con claridad.

—Yo… nada.

El volvió a sonreír.

—De acuerdo. Te agradezco lo que estás haciendo. Ahora sí que se sentía como una idiota. —No es necesario.

—Entonces, ¿mañana a las diez?

—Sí, mañana a las diez.

Capítulo 4

La antena parabólica no llegó al día siguiente, pero los libros de Dillon, sí.

Le encargó a Cat el trabajo de medir y estimar el coste de estanterías nuevas en el salón de la primera planta y también en la planta baja, en la gran zona central. Después, decidió que aquel mismo día tenían que ir a Reno para comprar la madera. Además, insistió en que tenían que ir los dos, ya que ella era la que iba a construir las estanterías y él quién iba a comprarlas.

Cat le dijo que no era necesario que fuese con ella, pero él sonrió de una forma que incluso pareció tímida.

—Sí que la hay. Quiero elegir yo mismo la madera… ¿no te importa?

No cabía duda de que estaba utilizando todo su encanto, y lo peor del caso era que funcionaba, aunque ella no quisiera admitirlo.

—No lo entiendo —replicó ella, mirando a su alrededor al montón de cajas abiertas llenas de libros—. ¿De dónde viene este nuevo interés por los libros?

—Hombre, Cat… ¿tú te crees que queda bonito que me digas una cosa así?

Ella lo miró sorprendida.

—¿Por qué lo dices?

El pretendía parecer herido.

—Lo dices porque casi me echaron del instituto el último curso, ¿verdad? No puedes entender cómo un zoquete como yo puede haber llegado a necesitar una casa llena de estanterías para libros.

—Yo no he dicho que fueses un zoquete.

—No, pero lo has pensado, y bueno, no me importa. Fui un niño conflictivo, y no es un secreto, pero ya no soy un niño. Y me gusta leer. Cuando empecé a hacer de doble en el cine, fueron los libros los que me ayudaron a no perder la cabeza.

—¿Por qué los libros? —le preguntó Cat, aunque se había prometido a sí misma la noche anterior que cuando volviese a trabajar para él hablaría únicamente del trabajo que estuviesen realizando.

Dillon parecía precisamente encantado de no hablar del trabajo que estaban realizando.

—En las películas se pasa uno el tiempo o corriendo o esperando. A veces tienes que esperar horas, días incluso, a que el tiempo mejore, o a que preparen lo necesario para una determinada toma. Aprendí a llevar siempre conmigo un libro y así, cuando tenía que esperar, tenía algo en lo que ocuparme.

Cat formuló otra pregunta que no tenía nada que ver con el trabajo y sin darse cuenta.

—¿Seguiste estudiando después?

Él se agachó, algo rígido, a coger un libro de una de las cajas. Miró el título del lomo y lo abrió con cuidado por la primera página.

—Qué va. Nunca me puse a ello… y supongo que ninguna universidad de renombre hubiera querido aceptarme. ¿Y tú? —preguntó él, mirándola—. ¿Llegaste a ir a la universidad?

—No —replicó ella, preguntándose por qué demonios se le habría ocurrido preguntarle nada.

—¿Por qué no? Creo recordar que eras un auténtico cerebro. Hasta incluso ganaste una beca, ¿no?

Cat se metió las manos en los bolsillos y miró por la ventana.

—Sí.

—¿A qué universidad ibas a ir? No recuerdo el nombre.

Hubiera querido decirle que no quería hablar de ese tema con él, pero eso habría supuesto darle importancia, y si le daba importancia, él se daría cuenta de las veces que había lamentado no haber tenido la oportunidad de ir a la universidad. No quería que él lo supiera. Era algo demasiado personal.

—Cat, ¿qué universidad era? —le preguntó por segunda vez.

—Stanford. Una beca para ingeniería.

—Eso es, Stanford. ¿Y por qué no fuiste?

—Tuve que cambiar de planes cuando murió mi padre… lo que estoy segura que recordarás.

—Sí, ahora que lo mencionas, lo recuerdo —contestó él con una sonrisa angelical.

El metro de Cat estaba sobre la mesa y lo cogió, atravesó la habitación y lo dejó caer en su caja de herramientas.

—¿Y después?

Cat se arrodilló a cerrar la tapa.

—¿Qué?

—¿Por qué no fuiste a la universidad más tarde?

No estaba dispuesta a que él notase que aquella conversación estaba agotando su paciencia.

—¿Qué importa?

—Siento curiosidad, eso es todo.

—Pues simplemente por que no hubo oportunidad. Phoebe y Deirdre eran muy jóvenes y mi madre… bueno, pasó bastante tiempo hasta que se recuperó. Se había casado con mi padre cuando tenía dieciocho años y no sabía vivir sin un hombre a su alrededor.

—Así que tú tuviste que convertirte en el hombre de la casa, ¿no?

Cat se incorporó.

—¿Es alguna indirecta?

—No. Es sólo una pregunta. Una pregunta directa.

—De acuerdo. Entonces la respuesta es sí. En muchos sentidos, cuando mi padre murió, fui yo quien ocupó su lugar. Tuve que tomar decisiones que mi madre no estaba en condiciones de tomar, y cuidé de mis hermanas. Además aportaba dinero a casa para que pudiéramos llegar a fin de mes.

Dillon asintió, como si estuviese reconociendo un trabajo bien hecho y después cerró el libro que tenía en la mano.

—¿Y ahora?

—¿Ahora, qué?

—Podrías ir ahora a la universidad.

—Ya es demasiado tarde.

—No necesariamente —replicó, al tiempo que volvía a meter el libro en la caja.

—Sí que lo es —su voz había sonado tranquila y razonable, de lo cual se alegraba bastante. Hubiera querido decirle que dejase de meter las narices en sus cosas, pero no lo hizo. Tenía demasiado orgullo, y no quería hacerle ver que estaba tocándole un punto débil—. Me gusta mi vida tal y como es. Tengo mi libertad y mi intimidad.

—Podrías seguir teniendo libertad e intimidad y al mismo tiempo, ir a la universidad.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. No estaba dispuesta a escuchar ni una sola palabra más.

—Sí que podría, pero eso es asunto mío, ¿no te parece?

El volvió a sonreír y Cat estuvo tentada de tirarle sus preciosos libros a la cabeza.

—Sí, tienes razón. Es asunto tuyo —dijo, y después miró su Rolex—. Se nos está pasando el tiempo charlando. Deberíamos irnos ya.

—¿A dónde?

—A Reno. Las estanterías… ¿recuerdas?

* * *

Cogieron la camioneta de Cat para poder traerse las maderas a la vuelta.

Llegaron a Reno alrededor de las doce, pero Dillon dijo que estaba muerto de hambre así que hizo que Cat condujese una media hora más hasta que encontraron un restaurante que le gustó, un asador que parecía informal y agradable desde fuera.

Por dentro resultó ser igual… excepto en los precios. Cat echó un vistazo a la carta y decidió pasar con una ensalada.

—No pongas esa cara —dijo Dillon mirándola por encima de su menú—. Soy el jefe y pago yo.

Cat comenzó a discutir. Ella siempre se pagaba su propia comida, aunque, al fin y al cabo, él tenía razón. Era el jefe, y había sido él quien había insistido en que comiesen allí. Ella se habría contentado con comerse un perrito caliente en su camioneta.

Por fin decidió pedir una ensalada tal y como había pensado, pero dejó que él pagase la cuenta.

Sin embargo, cuando el camarero llegó y ella le dijo que quería una ensalada, Dillon la interrumpió y pidió carne para ella. Cat esperó a que el camarero se hubiera marchado para decirle que ella se bastaba solita para pedir su propia comida.

—Tienes razón —contestó él, con aire arrepentido—. ¿Quién demonios me he creído que soy? Lo siento. ¿Quieres que vuelva a llamar al camarero?

Cat se lo quedó mirando sin contestar. ¿Qué demonios tendría aquel hombre para cogerla siempre a contrapié? Cada vez que tenía intención de ponerle las cosas en su sitio, él la desarmaba dando marcha atrás, de manera que ella tenía la impresión de estar haciendo una montaña de un granito de arena…

—No. No importa.

Dillon sonrió y las líneas de alrededor de sus ojos lo hicieron parecer más atractivo que nunca.

—Estupendo.

Cuando estaban en mitad de la comida, dos mujeres muy atractivas y vestidas con trajes de chaqueta, se acercaron a su mesa. Una de ella, la más alta, carraspeó ligeramente.

—Mm… perdone, pero ¿no es usted Dillon McKenna?

Dillon sonrió.

—El mismo.

La más alta le dio con el codo a la otra.

—Yo tenía razón. ¿Puedes creértelo, Elaine?

Elaine le tendió a Dillon una servilleta del restaurante.

—Sé que debe estar harto de estas cosas, pero ¿le importaría…?

—Estaré encantado, señorita.

Elaine le entregó un bolígrafo y Dillon le firmó un autógrafo en la servilleta, que después le devolvió con otra de sus devastadoras sonrisas.

La otra mujer, que había estado mirándolo como un muerto de hambre miraría un filete, intervino después.

—¡No se olvide de mí! —exclamó, y le puso sobre la mesa otra servilleta, que Dillon firmó inmediatamente.

—Gracias. Muchas gracias.

Con las mejillas coloradas y casi balbuceando, las dos mujeres se alejaron.

Cat se quedó mirándolas, pensando en que nunca había visto a

dos mujeres hechas y derechas actuando como crías enamoradas y en que cómo sería para Dillon que la gente lo reconociese donde quiera que fuese. Desde luego a ella no le gustaría estar siempre en el punto de mira. Tenía en demasiada estima su intimidad.

* * *

Cuando volvieron a casa de Dillon, se encontraron con una furgoneta verde aparcada delante de la casa. En uno de sus costados podía leerse Servicio de Mantenimiento Tamberlaine. Tan pronto pararon, Adora salió de la furgoneta y se acercó a la ventanilla de Cat.

—¿Dónde habéis ido los dos? He estado a punto de marcharme.

Cat hizo un gesto hacia la parte trasera de su camioneta dónde venían las maderas para las estanterías.

—A Reno a comprar madera. Dillon quiere que le Daga unas estanterías para sus libros.

Evitó mencionar que también habían disfrutado de una carísima comida.

Dillon se bajó de la furgoneta y de acercó.

—Eh, Dory, ¿qué hay?

Adora se volvió hacia él con una sonrisa tan brillante que casi hacía daño mirarla.

—El otro día me dijiste que necesitabas un ama de llaves.

—Y la sigo necesitando. Si no encuentro una pronto, voy a tener que vérmelas con esa aspiradora que alguien ha dejado en el armario de la entrada. Se lo hubiera pedido a Cat, pero…

—Cat no es la persona indicada para eso. No es su trabajo.

—Lo sé. Me lo dijo el primer día que vino a casa.

—Pues ya no importa. Puedes dejar de preocuparte. Te he solucionado el problema —dijo y se volvió para llamar al conductor de la furgoneta—. ¡Bobby, ven, por favor!

El metro noventa y siete de Bob Tamberlaine salió de la furgoneta y sonriendo, se acercó al lado de Adora.

Tras las presentaciones, Dillon los invitó a todos a entrar en la casa. Cat intentó despistarse diciendo que tenía que volver a casa para preparar las maderas en el banco de trabajo, pero Dillon

insistió en que entrara, así que no tuvo más remedio que seguirlos.

Dillon le pidió que encendiese la chimenea mientras él y Bob llegaban a un acuerdo y después se empeñó en que tenían que tomar algo para celebrar que no iba a tener que aprender a usar la aspiradora.

Cat volvió a decir que ella tenía que marcharse, pero Dillon le puso un botellín abierto de cerveza en la mano, así que no tuvo más remedio que quedarse.

Después, mientras la charla se iba animando con temas como los deportes o el cine, entraron todos en la cocina y Dillon empezó a sacar cosas de la nevera. Cuando hubo sacado todo lo que necesitaba, fue cortando la carne y troceando los vegetales, que luego mezcló en una fuente junto con unas cuantas especias y aceite de cacahuete.

—Cat, los platos están en ese armario de allí —le dijo—. ¿Te importaría ponerlos en la mesa?

—Claro que no.

Pero Adora se levantó como un rayo.

—No te preocupes, Cat. Ya lo hago yo.

Cat volvió a sentarse en su taburete mientras Adora sacaba los platos y los llevaba a la mesa.

—No cuentes conmigo —dijo Cat—. Tengo que marcharme.

—No, no tienes que marcharte —intervino Dillon—. Dory, pon plato también para ella —dijo, y continuó con lo que estaba haciendo.

Adora miró primero a Cat y después a Dillon con expresión de sorpresa y luego se forzó a sonreír.

—Por supuesto —dijo, y puso un plato más.

Media hora más tarde, Cat se encontró sentada a la mesa con los otros. La comida que Dillon había preparado aparentemente con tan poco esfuerzo estaba deliciosa, y la conversación era fluida y agradable, pero más de una vez Cat se dio cuenta de que su hermana los miraba a los dos, a Dillon y a ella, con aire intrigado, y eso la incomodaba aunque al mismo tiempo se decía que no significaba nada. Nada en absoluto.

Eran ya cerca de las nueve cuando Cat consiguió al fin salir de allí. Adora y Bob se quedaron allí, sentados en el salón alrededor del equipo de música con Dillon, que juraba y perjuraba tener un

álbum de Jerry Jeff Walker en su colección por algún lado.

* * *

Durante las dos semanas siguientes, Cat estuvo trabajando para Dillon casi todos los días. Aun cuando estuvo colocada la antena parabólica y los libros en sus estanterías nuevas, siempre parecía encontrar algún nuevo proyecto, bien algo que necesitaba que le construyese o algo que se había roto y que necesitaba arreglo.

Una mañana, se encontró con dos de los espejos del gimnasio rotos, y cuando Cat le preguntó cómo podía haber ocurrido una cosa así, él le dijo que se le había soltado una de las pesas. Por supuesto, Cat y él tuvieron que ir inmediatamente a Reno para traer los espejos nuevos, y como no, dejarlos instalados ese mismo día.

Después, decidió que quería convertir uno de los dormitorios de la planta de abajo en su estudio, y para eso iba a necesitar estanterías y una gran mesa de pino también.

—¿Y para qué necesitas un estudio?

Él la miró como si estuviese teniendo mucha paciencia con ella.

—No lo necesito Cat; lo quiero.

¿Pero por qué?

—¿Quién sabe? Puede que decida escribir otro libro.

—Querrás decir que puedes querer que ese pobre Oliver al que explotas escriba otro libro para ti.

Cat había leído el libro y la verdad es que le había parecido muy bueno, pero no quería que Dillon lo supiera porque sería admitir que, después de estar trabajando todo el día para él, se pasaba las tardes leyendo la historia de su vida.

—Eso de que exploto a Oliver Aimes no es cierto —protestó Dillon con el ceño fruncido—. Su agente es un chupasangres, el mejor. Me ha sacado el cincuenta por ciento de todo.

—Pero si ha sido Oliver quien lo ha escrito, ¿no debería obtener más?

—Mira Cat, quiero un estudio y voy a tenerlo. ¿Vas a hacerme unas estanterías y una mesa o no?

—Oye, es tu dinero. Si quieres tirarlo…

—Muy bien. Ven conmigo abajo. Voy a enseñarte lo que he

pensado.

Otro día, Dillon dejó caer un pelador de patatas en la trituradora de basura, y se quedó tan atascado que Cat lo pasó fatal para quitarlo. Una vez lo hubo sacado, se dio cuenta de que las cuchillas se habían estropeado tanto que habían quedado inutilizadas, así que tuvo que comprar un triturador nuevo e instalarlo.

Alrededor del mediodía, cuando Cat estaba medio metida en el armario de debajo del fregadero, intentando instalar el triturador nuevo, oyó sonar el timbre.

Unos minutos después, Dillon se acercó a ella.

—Cat, te presento a L. W. Creedy.

Cat sacó la cabeza del armario y se encontró con un tipo fuerte y medio calvo vestido con un traje muy elegante y un anillo con un brillante del tamaño del lago Tahoe.

—L. W. es el mejor productor del mundo —explicó Dillon.

—Encantado de conocerlo —dijo Cat, moviendo su mano enguantada.

L. W. la saludó de la misma manera.

—Ah. Tú eres la encargada de mantenimiento. Siempre es bueno teneros cerca.

Cat le sonrió, intentando recordar dónde había oído ese nombre hasta que de pronto lo recordó: en la biografía de Dillon. L.
W. Creedy
era quien había organizado y dado publicidad a los mejores saltos de Dillon.

—Acomódate, L. W. —dijo Dillon, haciendo un gesto con el brazo hacia la cocina.

Mientras L. W. se acomodaba en una silla, Dillon abrió la nevera y Cat suspiró. En los días que llevaba ya trabajando para él, se había dado cuenta de que lo de preparar comida para la gente era un rasgo peculiar de Dillon. Si alguien aparecía en su casa, se sentía obligado, casi como por honor, a prepararle algo de comer. Debía ser un efecto de lo dura que había sido para el la niñez; sabía que muchas veces no había tenido ni siquiera para comer. Era un rasgo encantador, pero no precisamente en aquel momento; había cortado la corriente y tenía las tuberías del fregadero desmontadas.

—Por favor, ¿querrías dejar que termine esto? ¿Te importaría comer fuera de la cocina?

Dillon, que estaba frente al frigorífico decidiendo qué obra del arte culinario iba a preparar aquel día, se volvió hacia ella y le sonrió.

—Sólo voy a hacer unos *sandwiches*. Te prometo no estorbar.

Cat frunció el ceño y volvió a meter la cabeza bajo el fregadero.

L. W. siguió con la conversación que debía haber comenzado en la habitación de al lado.

—Te digo, McKenna, que éste podría ser el mejor de todos los que has hecho.

Cat oyó cerrarse la puerta del frigorífico.

—Pero a mí no me interesa, L. W. —contestó Dillon, y se acercó al mostrador que separaba la cocina del salón.

—Rattlesnake Ravine —anunció L. W.—. ¿Has oído hablar del sitio?

—No —suspiró Dillon.

—Cerca de Mount Shasta. Y he estado hablando con la gente de Harley-Davidson. Tienes que ver lo que están preparando. Es la máquina más increíble que he visto nunca.

—¿Quieres mayonesa en el *sandwich*, L. W.?

—Sólo un poco de mostaza. A estas alturas, ya deberías saberlo. ¿Qué te estaba diciendo yo? Ah, sí. El cuatro de julio sería una fecha perfecta; un tiempo lo bastante bueno para animar a salir a la gente, y exactamente dos años después de lo de Las Vegas. Podemos sacarle todo el partido. Ya sabes… todo el mundo pensó que no ibas a volver a andar, y aquí estás, intentando el salto más arriesgado de toda tu increíble carrera. Va a ser magnífico. Ya tengo pensado el vestuario. Vas a vestirte como una bandera humana con…

—L. W., ¿es que no has oído lo que te he dicho? Voy a repetírtelo: no. Una palabra de dos letras y muy fácil de comprender: no; gracias pero no. Por enésima vez te repito que ya he terminado.

Sus palabras silenciaron a L. W. por un par de minutos.

—Aún no lo has olvidado, ¿verdad? Aún estás furioso por…

Dillon volvió a interrumpirlo.

—No estoy furioso. No es porque tenga algo en contra tuya. Simplemente las cosas salieron así. No te preocupes más.

Cat intentó no preguntarse a qué demonios estaban refiriéndose y seguir concentrada en conectar los cables de la trituradora.

—¿Lo dices de verdad? ¿No me guardas rencor?

—Por supuesto que no. Ya se había terminado todo antes de que tú tuvieses algo que ver. Olvídalo.

—De acuerdo —replicó, y hubo un corto silencio—. ¿Tienes leche? —preguntó después.

Dillon volvió a acercarse al frigorífico y Cat, aún peleándose con las conexiones, oyó el sonido de un líquido al llenar un vaso.

—Gracias —dijo L. W. un minuto después. Hubo otro instante de silencio, sin duda porque L. W. estaba bebiéndose la leche para tragar el último bocado de su *sandwich*. Después Cat le oyó preguntar—: Pero si vas a dejar de saltar, ¿qué demonios vas a hacer con el resto de tu vida, McKenna?

Dillon llevó algo a la basura y lo tiró.

—¿Quién sabe? Puede que me case y tenga una docena de hijos. Educar hijos es un trabajo tremendo, ¿sabes? Si lo haces bien, quiero decir.

—¿Casarte con quién?

Cat se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración en espera de la respuesta de Dillon.

—¿Y a ti qué te importa con quién me case yo?

—Bueno, es sólo curiosidad.

—Ya.

—Dios mío, ¿qué te ha pasado? —preguntó, entristecido—. Una vez me dijiste que te marchitarías y te morirías si no ponías tu vida en peligro de vez en cuando.

—¿Alguna vez has educado a un niño, L. W.?

—Por Dios, no. Odio a esos pequeños monstruos.

—Pues yo tengo entendido que da bastante trabajo, mucho más duro que saltar edificios o conducir motos por precipicios.

—Sí, ya, pero ahora escúchame: cuándo cambies de opinión…

—No voy a cambiar.

A Cat estaba empezando a dolerle el cuello de estar tan inmóvil, así que se concentró en terminar su trabajo.

L. W. insistió un poco más, pero Dillon siguió firme. Había terminado con todo eso para siempre.

Al día siguiente, un periodista apareció frente a la puerta. Había oído hablar de que Dillon estaba preparando un nuevo salto, y quería obtener alguna información sobre ello.

—¿Quién le ha dicho que estoy planeando un salto?

—Lo siento; no puedo revelar mis fuentes.

—Su nombre, ¿no empezará por casualidad con L. W. y terminará con Creedy?

—Como ya le he dicho, mis fuentes son confidenciales.

—Pues dígale a su fuente que deje de intentarlo, que ya he dicho que no, y no voy a cambiar de opinión. He terminado con los saltos.

—Pero señor McKenna, yo…

—Buenos días —lo interrumpió y cerró la puerta. Dos días más tarde, el viernes, Dillon tuvo otra visita.

Cat estaba reparando el flotador de la cisterna cuando oyó sonar el timbre. Sabía que Dillon estaba en el gimnasio haciendo sus ejercicios con la música a todo volumen, y no iba a oír sonar el timbre, así que, tras tirar de la cadena para comprobar que todo iba bien, se secó las manos y salió a ver quién era.

Cuando abrió la puerta, el aire se le quedó atrapado en la garganta. Una preciosa mujer con un pelo largo y negro que brillaba como ébano bajo el sol del invierno esperaba en el porche.

—Hola —dijo sonriendo, pero con cierto nerviosismo—. Soy Natalie Evans. Estoy buscando a Dillon McKenna. ¿Está él aquí?

Cat sonrió en respuesta, haciendo caso omiso de la opresión que sentía en el pecho al preguntarse qué sería para Dillon aquella mujer.

Nathalie se apresuró a darle explicaciones.

—Soy… una amiga personal de Dillon. Si pudiera decirle que estoy aquí.

Cat retrocedió para dejarla entrar.

—Por supuesto. Siéntese —dijo, haciendo un gesto hacia el sillón. Voy a avisarlo.

Abajo en el gimnasio, Tina Turner gritaba como una posesa por los altavoces del nuevo equipo de Dillon, quien cuando la vio entrar, bajó el volumen y cogió la toalla que colgaba de los pies del banco de abdominales.

—¿Qué pasa?

—Tienes una visita. Natalie Evans.

Dillon masculló algo entre dientes antes de secarse la cara y el cuello con la toalla.

—De acuerdo —dijo, y se forzó a sonreír—. Gracias.

—Esto… Ya he terminado con la avería del aseo —añadió Cat. Quería salir de allí—. He puesto un flotador nuevo, y ya se llena y se vacía sin problemas, así que creo que voy… —¿A salir corriendo como alma que lleva el diablo? —La broma debía haber sonado demasiado áspera, porque al ver su expresión, Dillon se sonrió—. No te ha gustado, ¿eh?

—No particularmente.

Dillon suspiró.

—De acuerdo. Entonces, te marchas.

—Sí.

—Nos vemos mañana. ¿A las doce?

—¿Para qué? Estoy trabajando en tu mesa en casa y no necesito que…

—A las doce —le ordenó.

Cat se lo quedó mirando, confundida. Una mujer extraña y hermosa aparecía ante su puerta, y Dillon se convertía en un áspero desconocido. Por un lado quería mandarlo a freír espárragos y por otro quería tranquilizarlo, decirle que fuera lo que fuese, todo iba a salir bien. Lo primero no la inquietaba demasiado, pero lo segundo, sí.

—Quiero que vengas a las doce —insistió él en tono imperativo.

—De acuerdo. A las doce —contestó ella entre dientes, y salió de la casa por las puertas de cristal del piso de abajo para no encontrarse con Natalie Evans.

Cuando dio la vuelta a la casa y se subió en su furgoneta, vio un Mercedes plateado aparcado en la entrada. Natalie Evans no era sólo guapa, sino que tenía un gusto bastante caro en coches.

Aquella noche, Cat se planteó muy seriamente la posibilidad de no volver a casa de Dillon al día siguiente. Aún le fastidiaba la forma en que le había hablado, y es más, quería creer que esa actitud era el único motivo por el que quería mantenerse alejada, pero en el fondo sabía que había más. Y eso era lo que verdaderamente le molestaba.

Mejor sería no indagar y limitarse a acudir tal y como había convenido.

Cuando volvió al día siguiente, el Mercedes no estaba por ninguna parte. Dillon estaba en la cocina, dándole vueltas a lo que parecía una sopa de almejas y al verla entrar, se volvió para

mirarla.

—Justo a tiempo. Siéntate.

Tanta insistencia en que estuviera allí a las doce, y resulta que no tenía nada que hacer. Podría estar ocupándose de otras cosas. Podría estar terminando la mesa que él tenía que tener.

—He venido para trabajar, no para comer.

Dillon se encogió de hombros, pero Cat sintió la tensión que irradiaba de él.

—Ya te encontraré algo que hacer más tarde. Primero vamos a comer.

Te encontraré algo que hacer… Si tenía que encontrar el trabajo, era porque en realidad no necesitaba que estuviera allí.

No debería haber ido. Ahora estaba segura.

Nada de aquello le gustaba un pelo. Ni Natalie Evans, que había aparecido de pronto y parecía haber desaparecido de la misma manera, ni la insistencia de Dillon para que estuviese allí a las doce, al parecer, sólo para comer, Y tampoco sus propios sentimientos, que estaban tan confusos como aquella situación.

—¿Qué está pasando?

Dillon vertió la sopa en una gran sopera.

—Siéntate. Hablaremos mientras comemos.

—No quiero comer.

—Hazme el honor.

—No.

Dillon se volvió y la miró con una de esas miradas suyas que parecían decir «esto es trabajo». Los dos se quedaron así, mirándose el uno al otro, durante un larguísimo momento, hasta que fue Cat quien se rindió y se dejó caer en una silla frente a un plato y una cuchara.

Dillon se acercó a la mesa, colocó la sopera sobre un salvamanteles y se sentó también. Llenó primero el plato de Cat y luego el suyo.

Cat seguía con las manos en el regazo y miró primero el plato de sopa humeante y luego a Dillon, quien parecía muy concentrado en desdoblar su servilleta y extenderla sobre las piernas.

—Ya sé lo que significa para ti la comida, Dillon, pero en este caso, no vas a poder arreglar nada así —le dijo con toda la paciencia que pudo recopilar, dadas las circunstancias.

Como si no hubiese hablado, Dillon levantó la cuchara y empezó a comer.

—Te lo preguntaré una vez más —insistió ella—. ¿Qué pasa?

Dillon tenía la cuchara a medio camino entre el plato y la boca y la dejó caer. Aterrizó sobre su plato y la sopa salió disparada a su jersey negro. Cuidadosa mente cogió la servilleta y se limpió. —¿Quieres hablar ahora? Su voz era muy suave—. Sí.

—Está bien. Hablaremos ahora. ¿Por dónde quieres que empecemos?

Cat sintió que el corazón le daba un salto en el pecho. Ahora que él estaba dispuesto a hablar, no estaba segura de que fuese una idea tan buena.

—Bueno, yo…

—¿Qué te parece si empezamos por Natalie? Te estás volviendo loca pensando en Natalie… en quién es y en qué significa para mí, ¿verdad?

Cat tragó saliva.

—Yo…

Él se recostó en su silla y apoyó las palmas de las manos sobre la mesa.

—Eres tan cobarde para algunas cosas… Contéstame: ¿no es verdad?

Cat se lo quedó mirando, y se dio cuenta de que hablar era lo último que quería hacer. Lentamente, se puso de pie.

—Mira, no sé qué está pasando aquí.

—Y una mierda que no lo sabes.

Cat se sintió como si hubiese dado el último paso al borde de un precipicio; se sentía caer y caer, haciendo espirales hacia el suelo, y ni siquiera había visto dónde se le había terminado la tierra.

Durante dos semanas, había llegado a conocer y a gustarle el Dillon McKenna que había vuelto a Red Dog City después de dieciséis años por el mundo. Había dado por sentado que el Dillon joven y salvaje que ella había conocido una vez, había desaparecido ya, y que de ser un chico peligroso y lleno de rabia, había madurado para convertirse en un hombre extrovertido y de buen humor.

Qué tonta. El peligro seguía estando ahí. ¿Cómo habría estado tan ciega como para no darse cuenta? Un leopardo podía ser

amaestrado para caminar sobre una cuerda, pero no por eso dejaba de ser un leopardo. Y cualquiera que tuviese que vérselas con él, sería un imbécil si lo olvidaba.

Se lo quedó mirando fijamente. La cicatriz del labio resaltaba blanquecina contra el color tostado de su piel. Sus ojos oscuros parecían cercenarla con su intensidad, y su respiración era cuidadosa, deliberada y medida.

—Vuelve a sentarte —dijo—. Vamos a arreglar esto.

Era un leopardo, un leopardo dispuesto a saltar.

Supo sin ningún género de dudas que tenía que salir de allí, e inspiró aire profundamente.

—Esto no tiene sentido —dijo—. Me marcho.

No había dado más que un paso hacia la puerta cuando Dillon se levantó de su asiento con una rapidez que desafiaba todas sus articulaciones artificiales. La cogió por los hombros y lo hizo darse la vuelta. Cat fue a dar contra su pecho.

—Dillon… —dijo, sujetándose en sus brazos.

—Cat… —contestó él, y la besó en los labios.

Capítulo 5

Cat se estaba deshaciendo. Todo su cuerpo parecía haberse transformado en líquido. Era espantoso. Maravilloso. Los labios de Dillon la seducían, la mordisqueaban, la empujaban, y se oyó gemir. No podía creer que algo así le estuviera ocurriendo. Se sentía como si sus piernas, siempre fuertes y capaces, hubiesen dejado de sujetarla. De pronto eran tan débiles como las de un bebé, y no tuvo más remedio que sujetarse en los hombros de Dillon para seguir de pie.

Dillon la sujetó con fuerza, apretándola contra su cuerpo mientras su lengua exploraba sin pudor su boca.

Cat se separó un instante, lo bastante para mirarlo, perderse en sus ojos.

—Dillon, yo no…

Pero él emitió un sonido ronco, profundo y volvió a besarla. Y su cuerpo siguió derritiéndose, aún con más intensidad que antes.

Dillon fue descendiendo por su espalda hasta llegar a sus nalgas, y la apretó contra él. Cat contuvo la respiración al sentirlo. En toda su vida había tenido una sensación así…

El pensamiento se quedó a medio formular. No era capaz de pensar. Estaba siendo lo que se había jurado que no iba a ser nunca: una mujer necesitada, derritiéndose en brazos de un hombre.

Muy lentamente, mientras continuaba con el asalto de su boca, se frotó contra ella, abrazándola con fuerza para que pudiera sentir su deseo.

Dillon la deseaba…

La idea atravesó el caos de su cabeza. Amenazante. Increíble. Imposible, pero cierta.

Aún manteniendo su boca cautiva, soltó sus caderas para recorrer lentamente sus costados y alcanzar la curva de sus senos y seguir después hasta coger su cara entre las manos.

—Cat —susurró.

Y volvió a besarla. Poco a poco, fue haciéndola retroceder hasta uno de los enormes sofás del salón, dónde la guió por los hombros hasta dejarla tumbada.

Una vez sentados, siguió besándola y Cat sintió su mano en el primer botón de su blusa, y luego lo sintió desabrocharse, rendirse. Después, Dillon deslizó su mano dentro de la blusa y bajo la copa de su sujetador.

Sentir su mano sobre su pecho desnudo la sorprendió. Parecía áspera sobre la piel suave de su pecho, áspera y grande, y cuando cogió su pezón con dos dedos, la espalda se le arqueó casi por voluntad propia.

—Sí —gimió él—. Muévete para mí, Cat. Muéstrame lo que deseas.

Cat gimió, y él siguió hablándole mientras terminaba de desabrocharle la blusa primero y guiaba su mano después hasta el interior de sus muslos.

Su caricia era una promesa sensual, aun por encima de la ropa.

—Me he estado volviendo loco —susurró él, mordisqueándole el lóbulo de la oreja—. Preguntándome cuando, cómo. Desde el primer día que te encontré detrás de la casa —musitó, y volvió a acariciarle un seno, Cat dio un respingo, al mismo tiempo que empezaba a asimilar lo que acababa de decirle. Que la había deseado desde el primer día. Que lo que ella se había jurado que era imposible había ocurrido de verdad.

Dillon McKenna había estado detrás de ella, desde el primer momento había deseado hacerle el amor.

Y eso era precisamente lo que iba a ocurrir. Allí mismo, en aquel instante, sobre aquel sofá… si es que ella no era capaz de recuperar la cordura y detener todo aquello.

—Di que me deseas —dijo él, cogiéndola por la barbilla—. Quiero oírtelo decir. Quiero terminar con la farsa de que vienes aquí a trabajar para mí. Estoy cansado de esa mentira. Los dos

sabemos por qué vienes aquí. Dilo.

Cat se lo quedó mirándolo, deseándolo con todo su cuerpo pero con la mente confundida.

—Dilo, Cat. Volveremos a empezar desde este momento.

Todo le daba vueltas en la cabeza. Ella misma, tal y como había vivido hasta entonces, tal y como quería vivir: libre y sin ataduras, sin estar ligada a ningún hombre. Adora. Natalie Evans. Y quizás otras mujeres. ¿Quién sabe cuántas más?

—Basta —dijo él con voz ronca—. Deja de pensar —su mano era tierna y cálida sobre su pecho—. Piensa sólo en esto —dijo, y la acarició con más fuerza—. Sólo en esto.

—No…

El sonido fue tan débil que pareció más un suspiro que una palabra.

—Dilo. Admite que me deseas.

—No puedo…

—Sí puedes.

—No.

—Sí —insistió, y volvió a besarla.

Cat deseaba aquel beso, se moría de ganas por volver a sentirlo, pero no podía dejar que ocurriese, y un segundo antes de que sus labios volviesen a juntarse, miró hacia otro lado.

—¿Cat?

Ella no contestó.

—No te vuelvas.

Cat siguió sin hablar. Dillon masculló un juramento entre dientes, y se separó de ella, poniendo todo el sofá entre los dos. Durante unos segundos eternos y terribles, Cat si guió petrificada, con los ojos clavados en la escalera, esperando que el corazón dejase de latirle con aquella fuerza. Entonces, tan pronto como sus dedos volvieron a funcionar, se abrochó la camisa y se la metió por dentro de los pantalones. Cuando estuvo vestida otra vez, se volvió hacia él. Dillon había recuperado la compostura igual que ella, y estaba recostado en el respaldo, observándola. Cat se puso de pie con las piernas temblándole. —Cobarde— dijo él.

—Di lo que quieras. No voy a hacer jamás el amor contigo.

—Jamás es una de esas palabras que empujan a un hombre a demostrar que es un farol.

—No es un farol —contestó, irguiéndose—. Lo habías planeado todo, ¿verdad? —¿El qué?

—Hacer que viniera a trabajar para ti, inventándote cosas para que tuviera trabajo. Él se encogió de hombros.

—Sí, es cierto. Al menos en parte. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que de verdad quería las estanterías y la mesa, pero rompí a propósito los espejos y me costó más de una hora echando cosas por ese condenado triturador de basura hasta que conseguí que las cuchillas se dañasen lo bastante para que tuvieras que venir a cambiarlo.

—¿Y por qué?

—Venga, Cat. Tú no eres estúpida. ¿Qué otra opción tenía? Nunca hubiera conseguido llegar a conocerte mejor pidiéndote que salieras conmigo. Creo que ni siquiera has salido con alguien en toda tu vida. —Dillon esperó que insistiera en lo contrario, pero no fue así, porque era verdad—. Así que necesitaba una excusa para poder tenerte a mi alrededor, antes de poder sugerir algo tan radical como una cena, unas copas o una película.

Cat seguía sin poder creérselo.

—¿Pero por qué? Podrías tener cualquier mujer que quisieras.

Dillon sonrió.

—No quiero cualquier mujer.

Cat no supo qué decir.

—Bueno, pues tendrás que buscarte a otra.

—¿Por qué?

—Por mil razones.

—Me conformo con una si es sincera.

Cat se pasó la mano por el pelo y se tiró de él tan fuerte que sintió estirarse hasta la piel de la cara.

—Una.

—Sí, una.

—Porque…

—No has dicho nada.

—Estoy pensando.

—Y yo estoy esperando.

Lo que de verdad quería era darse media vuelta y salir de allí, pero ella también lo había besado y se había movido al ritmo de sus caricias, y tenía la impresión de que le debía una explicación.

—A ser posible, hoy mismo.

—Vale, vale —inspiró profundamente y se lanzó a explicarle—. Porque… porque yo soy la que dirige mi vida, y no quiero renunciar a mi libertad. Me he pasado diez años sacando adelante a la familia de mi padre en su lugar después de su muerte, así que ya he tenido mi ración de cuidar gente. Ahora tengo que cuidar de mí misma y de nadie más, y así es como quiero que sigan siendo las cosas.

Él la miró de arriba a abajo con una de esas miradas lentas que había visto dirigidas a otras mujeres… la clase de mirada que ningún hombre se había atrevido a intentar con ella y se irguió, molesta consigo misma por la forma en que su cuerpo parecía derretirse bajo el calor de sus ojos.

Entonces él se rió de una forma casi insultante.

—He dicho que te deseaba, Cat, no que quería un compromiso para toda la vida.

—No, claro que no. Lo único que quieres es hacer el amor.

—Eso tengo que admitirlo. Quiero hacer el amor contigo.

—Bueno, pues yo no quiero hacerlo contigo.

—Mentirosa.

—Y tampoco quiero llegar a donde nos conduciría hacerlo.

—¿Y a dónde nos conduciría exactamente? Cat buscó la palabra exacta.

—A enredarnos. Y no quiero.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Pues exactamente lo que significa: enredos. Compromisos. Sentimientos. Y yo no necesito nada de todo eso.

Dillon se levantó, y Cat retrocedió un paso, pero él se acercó de nuevo y ella decidió defender su postura mirándolo desafiante, amenazándolo incluso si se atrevía a tocarla.

No lo hizo con las manos, pero sí con la voz.

—Cat, dale una oportunidad a todos esos sentimientos. Puede que digas que no los necesitas, pero puedes estar segura de que gustarte sí que te gustarían.

Cat volvió a retroceder.

—No.

—Cat…

—Déjame en paz —lo interrumpió, levantando una mano—. Lo digo en serio.

—Si me lo dices lo suficiente, hasta puede que llegue a creérmelo.

—Créeme: lo digo de verdad. De pronto él pareció triste.

—Uno no basta, Cat. Para que ocurra, tienen que quererlo dos.

—Eso es precisamente lo que te estoy diciendo: que no va a ocurrir. A partir de ahora, ya puedes llamar a otra persona cuando necesites ayuda en la casa —hubo un silencio y él siguió mirándola con aquella misma tristeza extraña en la mirada—. ¿Lo entiendes?

—Sí. Alto y claro.

—Entonces, adiós.

Él no dijo nada y Cat le ordenó a su cuerpo que diese media vuelta y a sus piernas de chicle que la llevasen a la puerta.

—Cat…

Se detuvo cuando tenía ya la mano en el pomo de la puerta.

—Antes de que te vayas, quiero que seas tú la que entienda una cosa.

—¿Qué? —le preguntó sin volverse.

—Sé que no ibas a dejar que te hablase de Natalie, pero hay una cosa que quiero que sepas. No hay nada entre Adora y yo. Eso ocurrió hace años y no éramos más que unos críos. Todo terminó el día que me marché de la ciudad.

Cat se aferró al pomo de la puerta con más fuerza, pero el brazo parecía no obedecerle y la puerta siguió cerrada.

—Cat…

Se sentía tan débil, casi frágil, de una forma en que nunca se había sentido antes, y apoyó la frente contra la puerta.

—No necesito saber nada de todo eso.

—Sí, sí que lo necesitas, porque sé que quieres a tu hermana, y que eres leal hasta las últimas consecuencias. Harías cualquier cosa por alguien a quien quisieras, y me da la impresión de que crees que si no te puedo tener a ti, recurriré a Adora.

Cat tiró del pomo y la puerta se abrió. Un golpe de viento frío de invierno le dio en la cara.

—Cat, ¿me has oído?

—Te he oído. Y no me importa. Eso es algo entre Adora y tú.

* * *

Cat se pasó el resto del día revisando las casas de las que se ocupaba para la inmobiliaria y cuando volvió a casa, estaba ya anocheciendo y había empezado a caer una nieve de copos muy finos. Con lo primero que encontró se hizo un *sandwich* que se comió de pie delante del fregadero.

Después, se fue al taller y siguió trabajando en la mesa de Dillon hasta bastante tarde. Quería terminarla y entregársela lo antes posible. No quería tener nada que los uniera de alguna forma.

Al día siguiente era domingo, y asistió a la iglesia de la comunidad, pero encontró en ella poco consuelo, y cuando volvió a casa, pasó toda la tarde trabajando en la mesa. La terminó a las dos de la mañana del lunes y después, se las arregló para dormir unas horas.

Cuando se despertó, el sol brillaba sobre la nueva capa banca que cubría el exterior. Llamó por teléfono a Bob Tamberlaine porque sabía que aquélla era una de las dos mañanas a la semana que Bob trabajaba para Dillon, y acordaron que se pasaría por casa de Cat. Entre los dos, sacaron la mesa y la subieron a la furgoneta de Cat.

Bob la siguió hasta casa de Dillon y allí la ayudó a descargarla y a llevarla al estudio. Cuando Dillon la vio puesta allí, dijo que era exactamente lo que quería, grande, rústica y con un color cálido y dorado y Cat, aunque no quería reaccionar ante él de ninguna forma, no pudo evitar que su alabanza la complaciera.

Después, Dillon se sentó en su mesa nueva y rellenó un cheque con una cifra bastante abultada por la mesa y la segunda semana de trabajo de Cat. Mientras escribía, Cat le dejó sobre la mesa las llaves de la casa y del garaje.

—Supongo que ahora estamos en paz —dijo él, y cogió las llaves y le entregó el cheque.

—Sí —contestó ella con una sonrisa distante e intentando no rozarse con su mano.

Bob, que estaba pasando un enorme plumero en la habitación de al lado, se asomó al despacho.

—Eh, Cat, ¿te has fijado cómo huele en la cocina? La comida de hoy va a ser memorable. Deberías quedarte. Por alguna absurda razón, Cat hubiera querido echarse a llorar. Y ella nunca lloraba.

—No. Tengo que irme —dijo, y se volvió hacia Dillon, que la

observaba con expresión impenetrable.

Fue entonces cuando se le ocurrió la idea más absurda de todas: iba a echarlo de menos.

No se había dado cuenta de que habían llegado a hacerse amigos hasta el momento de separarse de él, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Él quería algo más que amistad, y esa clase de cosas no iban con ella.

—Yo… eh…

—Creo que adiós es la palabra. Su voz no tenía tono.

—Sí. Adiós.

* * *

A partir de aquel momento, Cat descubrió algo nuevo en su vida: soledad. Ya no encontraba paz en su soledad, ni la tranquilidad de su pequeña y apartada casa le satisfacía ya, sino que la volvía loca.

Optó por ver la televisión por las noches porque los libros que siempre habían sido su refugio, requerían demasiada concentración. Sus noches empezaban con «La rueda de la Fortuna», pasando por «Traición» y terminaban con las películas de la semana.

Más de una vez se quedaba dormida frente a la televisión y después se despertaba frente a la pantalla parpadearte preguntándose dónde estaba. Llegó a enfadarse tanto consigo misma, que no vio otro remedio más que salir de allí alguna que otra noche.

Al día siguiente se encontró con Lizzie Spooner en el supermercado Mart.

—Adora y yo vamos a salir esta noche —dijo Lizzie—. Hemos quedado a las ocho en el Spotted Owl —el Spotted Owl era el único bar nocturno de la ciudad—. Deberías dejarte caer por allí. Es posible que resulte ser toda una fiesta. Adora ha invitado a Dillon y Bobby Tamberlaine ha dicho que también vendría.

En cuanto supo que Dillon iba a estar, decidió no ir, pero a medida que fue pasando la tarde, empezó a pensar que cualquier cosa, incluyendo enfrentarse de nuevo a Dillon, era preferible a quedarse dormida frente a otra reposición de «Vigilantes de la playa».

Llegó al bar a las nueve menos veinte. Dillon no estaba a la vista, pero echar un vistazo a su alrededor, la convenció de que otra noche de televisión no habría estado tan mal.

Aunque el restaurante de al lado era bastante acogedor, el bar sólo podía calificarse de triste. Estaba mal iluminado y lleno de humo, y la mayoría de los clientes eran hombres de por allí que no tenían mujeres que los esperasen en casa así que se sentaban a la barra del bar a beber cerveza y a contemplar su propia imagen en el espejo de la pared.

Lizzie y Adora estaban allí, sentadas en una mesa del centro de la habitación. Un par de moteros tatuados pululaban a su alrededor fingiendo jugar al billar, pero en realidad estaban preparándose para hacer su entrada a las dos únicas mujeres del lugar.

La verdad era que aquél era el último sitio en el que quería estar, así que dio media vuelta dispuesta a marcharse, pero Lizzie la vio en el último momento.

—¡Eh, Cat! ¡Aquí!

Ahora que la habían visto no podía marcharse, así que decidió tomarse una cerveza antes de volver para casa. Saludando a varios de los hombres que conocía, se acercó a la barra y le pidió a Bernice que le sirviera una caña. Después se sentó a la mesa con las otras dos mujeres.

—Hola, extraña —dijo Adora en un tono falsamente alegre—. ¿Dónde te has metido últimamente?

Cat no estaba segura de cómo contestar. Era cierto que había estado evitando a Adora, pero su hermana tampoco la había llamado desde hacía tiempo. Y ya habían pasado semanas desde la última vez que Adora había aparecido en su cocina sin molestarse en llamar.

—He estado muy ocupada —contestó y tomó un trago de cerveza para pasar mejor la mentira.

—¿Haciendo qué? —preguntó Adora, aún en el mismo tono.

Cat no tuvo que urdir otra mentira porque, justo en aquel momento, uno de los dos tipos que habían estado pululando alrededor de la mesa de billar metió la cabeza entre ella y Adora.

—¿Qué les parecería a estas tres monadas que pusiera un poquito de música?

Sonriendo de oreja a oreja, miró primero a Lizzie, luego a Adora

y por último a Cat. Tenía unos bíceps tremendos, y en el brazo que Cat podía ver llevaba el tatuaje de una boa constrictor sacándole la sangre a un corazón.

—No estaría mal —contestó Adora, con una sonrisa forzada.

—Vaya, vaya… pero si eres toda una monada —dijo pasándole un brazo por los hombros y soplándole en un oído.

Adora retrocedió.

—Gracias. ¿Por qué no vas a poner esa música?

—¿Por qué no vienes tú conmigo y eliges lo que quieres oír?

—No… no puedo. Estoy con esta amiga y mi hermana.

Adora hizo un gesto en dirección a Cat y ella se preguntó por qué le resultaría tan difícil a su hermana decirle a un cretino como aquel que se fuera a tomar el aire.

—Estoy seguro de que a tu hermana no le importará, ¿verdad?

Cat no era tan reticente como Adora a la hora de ofender a alguien, y sobre todo aquella noche, que ya tenía los nervios de punta. Antes de hablar, miró de arriba a abajo al gigantón con lentitud deliberada.

—¿Y puede saberse cómo te llamas? —le preguntó intentando poner en su tono todo el desprecio que aquel tipo le inspiraba.

Pero el motero no apareció darse cuenta y se limitó a sonreír aún más. Llevaba las muelas con fundas de plata.

—Me llamo Spike. ¿Y tú?

Dejó que pasara un momento de silencio antes de contestar.

—Cat.

El motero siguió sonriendo.

—Bueno, Cat, ¿te importa que me lleve a tu hermanita hasta el tocadiscos automático para que elija lo que más le guste?

Cat volvió a tomarse un trago de cerveza y dejó el botellín sobre la mesa.

—Verás, Spike. Lo que ocurre es que mi hermana es demasiado educada para decírtelo, pero preferiría que le sacaran una muela antes de ir a ninguna parte contigo.

Spike no parecía capaz de asimilar lo que acababa de oír y se echó a reír.

—Venga ya…

—Quítale las manos de encima.

Spike masculló algo entre dientes y abrazó con más fuerza a

Adora. Parecía estar empezando a darse cuenta de que Cat no estaba de broma.

—¿Y quién va a obligarme?

—Mirad, ¿no podríamos…?

—Cállate, monada —ordenó Spike—. Estoy hablando con tu hermana, o al menos eso me ha parecido, aunque puede que sea tu hermano. —Spike miró a su colega por encima del hombro en busca de un poco de apoyo moral—. ¿No te parece, Dooley?

—Sí que puede que sea su hermano, Spike, pero tiene un culito muy mono para ser un tío, quiero decir…

Aquello fue la gota que colmó el vaso de Adora.

—Ya está bien —dijo y empujó a Spike, que la soltó porque no había esperado que se atreviera a oponerle resistencia.

—¡Eh! ¿Dónde has creído que vas?

Spike fue a cogerla otra vez pero Adora se echó hacia tras y su silla cayó al suelo.

—¡Déjame en paz!

—Eh, tíos —intervino Lizzie, a salvo al otro lado de la mesa—, quizás deberíais…

—Ven aquí, monada —insistió Spike en tono amenazador—. Podría volverme loco si te alejas de mí, y si yo me vuelvo loco no va a ser bueno para nadie.

Dio un paso hacia Adora y Cat puso en medio una pierna. Spike cayó al suelo con estrépito.

—¡Eh! ¡No quiero peleas aquí! ¡Salid afuera! —gritó Bernice desde detrás de la barra.

Cat se puso de pie y uno de sus conocidos del bar le gritó:

—¿Necesitas ayuda, Cat?

Cat contestó que no con un gesto de la mano y se acercó a Spike, que ya se estaba incorporando.

—Como ya te he dicho antes, mi hermana preferiría que le arrancasen todas las muelas antes que ir con un deshecho como tú.

—Muy bien… tú te lo has buscado. Quieres irte pavoneando como un hombre, así que vas a recibir como un hombre.

—¡No, por favor! —gimió Adora—. Cat, dile que lo sientes.

Cat no tenía intención de hacer tal cosa. Toda la confusión y la frustración de lo que había ocurrido con Dillon parecía estar empujándola a cometer una locura. Andaba buscando problemas y

aquélla era la oportunidad perfecta para descargar un poco de frustración.

—Muy bien, Spike, haz el favor de…

—Tener una charla conmigo.

Aquella voz profunda y cálida venía justo de detrás de Cat.

Spike se quedó boquiabierto. —Que me maten si no es… —¡Dillon! —Palmoteó Adora aliviada—. Gracias a Dios que estás aquí.

Cat se dio la vuelta y allí estaba él mirándola de arriba a abajo con aquella endiablada sonrisa suya. Y Cat volvió a sentirlo: esa despreciable y femenina debilidad que le producía escalofríos en la espalda.

—Es Dillon McKenna —murmuró Spike—. Dime que no estoy soñando, Dooley.

—No éstas soñando, Spike —contestó Dooley en tono reverencial—. Claro que es Dillon McKenna.

Dillon pasó por delante de Cat y estrechó la mano de Spike. Acto seguido hizo lo mismo con el otro tipo.

—Es un honor, un honor… —murmuró Spike estrechando la mano de Dillon con todas sus fuerza—. He visto todos tus saltos o al menos los que han puesto en Universo Deportivo y Gladiadores del siglo veintiuno.

—Gracias. —Dillon era la modestia personificada—. Te lo agradezco de verdad. Han sido los fans los que me han convertido en lo que soy —y dirigiéndose a Bernice, gritó—: ¡Barra libre para todo el mundo! ¡Pago yo!

—¡Marchando!

—Dooley. Me llamo Dooley —dijo el amigo de Spike tendiéndole una mano regordeta.

—Encantado de conocerte, Dooley —contestó Dillon estrechando su mano. Entonces pasó un brazo por encima de Dooley y otro por encima de Spike y los llevó hasta la barra del bar para contarles una larga historia sobre cómo una vez condujo un camión por encima del tejado de un granero.

Adora suspiró.

—¿No os parece algo increíble?

Su mirada soñadora estaba pegada a la espalda de Dillon.

Cat apretó los dientes.

—Sí, una verdadera perita en dulce.

—Cat —intervino Adora—, ¿cómo puedes usar ese tono para hablar de Dillon? Se ha portado de maravilla contigo desde su vuelta, dándote todo ese trabajo. Y mira lo que acaba de hacer ahora, interponiéndose y salvándote de…

—Me las estaba arreglando perfectamente bien sola.

—¿Ah, sí? Pues a mí me ha dado la impresión de que estabas a punto de recibir una buena paliza de ese tal Spike.

—No estés tan segura de eso. Se cuidar de mí misma.

—Desde luego, Cat… ¿puede saberse qué demonios te está pasando últimamente?

«La culpa es de tu precioso Dillon McKenna», hubiera querido decir, pero no lo hizo.

Se sentía como un balón de helio, desinflado y arrastrado por el suelo.

—Mira, ya están aquí nuestras bebidas —dijo Adora y saludó con la mano a Dillon—. ¡Gracias, Dillon!

Él le contestó con una sonrisa.

Cat puso de pie la silla de Adora, cogió el botellín fresco que Bernice acababa de ponerle en la mesa y se lo bebió de un trago.

—Tengo que irme —dijo.

—Pero Cat… —empezó a protestar Lizzie.

—No, Lizzie. No la detengas. Si dice que tiene que irse, tiene que irse. De todas formas últimamente no es que sea una compañía muy agradable.

Cat se quedó mirando a su hermana. Se sentía herida, triste y dolorida, pero no dejó entrever ninguno de esos sentimientos, sino que se limitó a decir:

—Ya nos veremos.

Y dio media vuelta y se marchó.

* * *

Eran más de la una y media de la madrugada cuando por fin Cat admitió que no iba a ser capaz de pegar ojo aquella noche. Cada vez que el sueño parecía hacer mella en ella, revivía el momento en el que se había vuelto para encontrarse cara a cara con Dillon.

Estaba viviendo una y otra vez ese sentimiento tan temido de

debilidad, de rendición. Y en sueños aún era peor porque terminaba echándose en brazos de Dillon.

Cat se incorporó en la cama, apartó las sábanas y tembló, aun vestida con su mono de pantalón largo. El fuego se había apagado ya y su casa no estaba lo bastante aislada para evitar el frío de la madrugada. Se vistió con unos vaqueros y dos jerseys y se puso las botas. Después salió por la puerta lateral, cogiendo el abrigo y las llaves al tiempo que pasaba.

Hacia tanto frío que dejó que su camioneta se calentase durante un momento antes de arrancarla. La camioneta parecía saber a dónde quería ir aunque hubiera jurado que no tenía la más mínima intención de dirigirse allí.

Estaba tan sólo a dos millas de casa de Dillon y no tardó más de cinco minutos en llegar frente a la casa.

Capítulo 6

Las luces de la calle estaban encendidas y proyectaban su luz en abanicos hacia las estrellas, pero las pocas ventanas que daban hacia aquel lado estaban oscuras, lo que no era precisamente una sorpresa dada la hora de la noche que era.

Cat se quedó sentada en su camioneta durante varios minutos preguntándose qué estaba haciendo allí.

Había oído decir que había mujeres enamoradas capaces de hacer cosas como aquélla. Adora le había hablado de todos esos síntomas, ya que su hermana tenía experiencia en ello.

—Es lo peor —le había dicho—. Es tocar fondo. Cuando coges el coche y te encuentras a media noche frente a su casa, víctima de tu propio corazón, para ver si las luces están encendidas, o si hay alguna sombra en la oscuridad, preguntándote si estará pensando en ti o si está con otra persona…

Cat descargó el puño contra el salpicadero con todas sus fuerzas y después se bajó de la camioneta y caminó hasta el porche.

Aunque no tenía idea de qué iba a hacer cuando Dillon abriese, llamó primero con los nudillos y después al timbre. Luego esperó. Pero no ocurrió nada. Volvió a llamar varias veces más.

Poco después, cuando los nudillos empezaban a dolerle de tanto llamar, no tuvo más remedio que admitir que o Dillon no estaba, o no iba a contestar.

Al salir de la casa, se le ocurrió una idea. Pisando la nieve, caminó hasta la puerta lateral del garaje para mirar por la ventana. El Land Cruiser rojo de Dillon no estaba.

Entonces volvió a su furgoneta, la puso en marcha y volvió a la carretera, pero al llegar a la salida para ir a su casa, la pasó de largo y cogió la autopista que conducía al centro de la ciudad.

Necesitaba un poco de compañía, pero ¿a quién podía acudir a aquellas horas? Eran más de las dos. El Spotted Owl estaría cerrado.

Ya está: iría a ver a Adora. Le daría la oportunidad de devolverle todas las noches que ella había pasado en vela cuando su hermana había necesitado hablar con alguien, y ese alguien había sido siempre Cat. Quizás aquella noche, estuviera lo bastante perturbada para poder hablar con su hermana de las cosas difíciles: de Dillon y aquellos sentimientos nuevos que estaba descubriendo; de a dónde podía conducir todo aquello si es que le daba la oportunidad.

Cat se estremeció al imaginarse cómo iba a reaccionar su hermana. Sabía que no iba a gustarle, pero quizás, con amor y sinceridad, podrían empezar a solucionarlo.

Nada más llegar a Bridge Street, empezó a buscar un sitio donde aparcar. Vio varios sitios libres, y también vio el Land Cruiser de Dillon aparcado justamente en frente del salón de Belleza de Adora.

Cat pisó el freno y se detuvo en medio de la calle para mirar las ventanas del apartamento de su hermana. Las luces estaban encendidas.

¿Estarían solos Adora y Dillon allá arriba?

Cat volvió a examinar la calle con el corazón golpeándole el pecho. Intentaba encontrar el coche de Lizzie Spooner, o la furgoneta de Bob Tamberlaine, pero no vio ninguna de las dos cosas.

Apoyó la frente sobre el volante y deseó maldecir, o gritar. Era como si alguien le hubiese hecho un nudo en el corazón.

Lo que quería hacer era aparcar su furgoneta, subir las escaleras de Adora y averiguar la verdad de lo que estaba pasando allá arriba, pero sabía perfectamente que no iba a hacerlo. Le había dicho a Dillon que jamás haría el amor con él, y aunque le había dicho que no pensaba buscar consuelo en Adora, también tenía derecho a cambiar de opinión. Adora era una mujer libre, y él también.

Dillon la había llamado cobarde, y con toda la razón del mundo. Podía haber montones de explicaciones para lo que Dillon estuviera haciendo aquella noche con su hermana, pero prefería no saberlas.

Era demasiado doloroso y confuso lo que podía pasar entre un

hombre y una mujer.

Levantó el pie del freno y puso dirección a su casa. Allí no había nada confuso para ella, y aunque tuviera que pasar un mes sin dormir, iba a superar a Dillon McKenna. Y su vida volvería a ser como lo era antes.

* * *

Cat ni siquiera se molestó en meterse en la cama cuando llegó a su casa, sino que puso la televisión y se sentó en el sofá tapada con una manta, esperando que amaneciese. Al final se quedó dormida, y cuando se despertó, muerta de frío, la luz del día ya era completa y el hombre del tiempo anunciaba que una tremenda tormenta venía en camino.

Volvió a encender el fuego y después, deseosa de tomarse una taza de café, cogió la jarra de cristal de su cafetera y la puso bajo el grifo para llenarla de agua, pero sin querer la golpeó con el borde del fregadero y se hizo añicos, llenándolo todo de cristales. Cat se quedó mirando el desastre con el asa en la mano.

—No es más que una cafetera —murmuró para sí misma.

Entonces ¿por qué sentía aquel tremendo deseo de echarse a llorar?

Pues fuera la razón que fuese, no estaba dispuesta a hacerlo. No iba a rendirse, de ninguna manera, así que apretó los dientes y recogió los cristales rotos.

A las diez, había hecho ya la ronda por las casas que cuidaba para asegurarse de que todas estaban bien cerradas para protegerse de la nieve que se avecinaba. Con el cielo cada vez más oscuro, se acercó al centro para comprar leche y huevos y un paquete de pan en el supermercado. Si la tormenta resultaba ser tan mala como había predicho el hombre del tiempo, podía quedarse incomunicada un día o dos.

Después, decidió pasarse por la tienda de Reggie Kart con la esperanza de que pudiese tener un repuesto para su cafetera, pero no tuvo tanta suerte.

—Deberías comprarte una cafetera nueva —le sugirió Reggie, señalando a la estantería donde tenía todos los pequeños

electrodomésticos.

—No, gracias. Compraré una jarra nueva la próxima vez que vaya a Reno.

Kart no era un hombre que renunciase fácilmente a una venta, así que le mostró una de las clásicas cafeteras de aluminio.

—¿Y para qué demonios necesitas tú una de esas cafeteras modernas, Cat? Cómprate una de estas que te duran toda la vida.

—No, gracias, Reggie. Ya tengo una de ésas.

—Pues entonces utilízala y olvídate de ese otro chisme inútil.

—Lo pensaré.

El hombre sonrió.

—Eso significa «Métete en tus propios asuntos, Reggie», ¿verdad?

Cat se estremeció cuando alguien abrió la puerta a sus espaldas y una bocanada de aire frío entró en la tienda.

—Hola, Dillon —lo saludó Reggie—. ¿Qué hay?

Cat volvió a sentirlo: la debilidad, la añoranza, y sus rodillas volvieron a hacerse de goma. Aunque no se había movido ni un centímetro, el corazón le palpitaba en el pecho como si estuviera corriendo el último kilómetro de la maratón.

Dillon se acercó al mostrador y se puso justo a su lado.

—Hola, Cat.

Su voz no era ni más ni menos que educada, y sus ojos, fríos.

—Hola, Dillon —le contestó, forzando la sonrisa.

Dillon se volvió a Reggie.

—Se me ha ocurrido que no me vendrían mal algunas de esas lámparas de queroseno con la tormenta que se avecina. Sólo por si se va la luz.

—De eso sí tengo —contestó Reggie, orgulloso—. En esa estantería del rincón. ¿Tienes queroseno?

—Sí, tengo un par de litros en casa.

—Estupendo. ¿Qué mas puedo hacer por ti?

—Eso es todo. Voy a acercarme a Reno a comprar algo de comida; quiero tener lo bastante para cuando…

—¿Estás loco, muchacho? ¿Es que no has visto cómo está el cielo? Si te vas a Reno, tendrás que quedarte allí hasta que pase la tormenta.

Dillon se echó a reír con esa risa suya tan profunda y rica, que a

Cat le hizo sentir un tremendo agujero en el estómago.

—No pasa nada, Reggie. Tengo neumáticos de nueve y tracción a las cuatro ruedas… Hasta llevo cadenas por si es necesario ponerla.

—Si te atreves a salir con esta tormenta, es que tienes la cabeza llena de serrín.

Cat estaba de acuerdo con Reggie, y abrió la boca para hablar antes de darse cuenta de que lo que en realidad debía hacer era salir de allí.

—Dillon, Reggie tiene razón. Quizás deberías esperar a que…

El la miró sin sonreír.

—Te agradezco la preocupación, Cat —dijo, haciendo hincapié en la palabra preocupación como si los dos supieran que no le preocupaba en absoluto—, pero sé cuidar de mí mismo.

Cat se lo quedó mirando. Sus palabras habían sido tan bruscas como una bofetada.

Dillon miró a Reggie.

—Bueno, ¿y dónde has dicho que tienes las lámparas?

Reggie señaló el lugar y Dillon fue a cogerlas. —Eh… ¿necesitas algo más, Cat?

Reggie la miraba incómodo. Era más agudo que una chincheta y se había dado tanta cuenta como ella de que Dillon McKenna le había dado un corte monumental.

—No, no; eso es todo. —Cat dio media vuelta y caminó hasta la puerta. —Cuídate Reggie—. Eso haré. Y lo mismo digo.

* * *

Una hora y media más tarde, Cat llegó a casa cuando el viento empezaba ya a soplar con fuerza y la nieve empezaba a caer.

Alrededor de las tres, sonó el teléfono. Era Adora, que quería saber si estaba bien y que le dijo que había cerrado la tienda y estaba ya en casa preparada para resistir la tormenta.

—¿Estás bien? —le preguntó Adora.

Cat sintió una oleada de cariño por su hermana.

Aunque la llegada de Dillon las hubiera distanciado, era bueno saber que alguien se preocupaba por ella.

—Sí, estoy bien. Tengo mucha leña, velas y queroseno. Podría pasar una semana sin salir de la casa.

—Espero que no sea necesario.

—Yo también.

Hubo un silencio, y la línea crepitó por la electricidad estática de la tormenta. De pronto, Adora empezó a hablar.

—Cat, yo…

Cat se dio cuenta de que estaba apretando con demasiada fuerza el auricular.

—¿Qué, Adora?

La línea volvió a crepitar y después Adora se echó a reír.

—Nada, nada. Ten cuidado, ¿vale? ¿Y no te enfríes? Cat le prometió que así lo haría.

Media hora más tarde, la electricidad se cortó. La nieve caía con tal densidad que parecía que de pronto se hubiera hecho de noche, y el viento silbaba y gemía en el alero.

Cat tenía ya preparadas las velas y las lámparas de queroseno, y las encendió en la cocina y en el salón, y todo quedó iluminado por el resplandor dorado que sólo crea una llama.

Intentó no preocuparse por Dillon. No tenía ni derecho ni razón para hacerlo. Tal y como él le había puntualizado, podía cuidar de sí mismo, y quizás, al empezar a caer la nieve, había reconsiderado su idea y se había quedado a pasar la noche en Reno.

Fuera como fuese, no iba a llamar a su casa para asegurarse de que hubiera llegado a casa sano y salvo. De ninguna manera.

Y sin embargo, cinco minutos después de jurar que no iba a hacerlo, se encontró marcando su número de teléfono.

El timbre sonó cuatro veces antes de que el contestador automático se conectase. La garganta se le quedó seca al imaginárselo al lado del teléfono, escuchando la llamada para evitar precisamente una eventualidad como aquélla.

Pero el orgullo perdió la partida frente a su preocupación.

—Dillon, soy Cat. La tormenta está siendo muy fuerte y estaba… preocupada por ti. Como has dicho que ibas a ir a Reno… Si estás ahí, ¿quieres coger el teléfono, por favor?

Esperó, pero no ocurrió nada, salvo el crepitar de la línea.

—Por favor, Dillon —volvió a decir—, dime que estás bien. Coge el teléfono y dime que meta las narices en mis cosas y luego

cuelgas, pero por favor, dime que estás bien.

Pero no contestó. Si es que estaba en casa, tenía un corazón de piedra.

Con las mejillas rojas como la grana, colgó el teléfono e intentó enfadarse con él por no contestar a su llamada, por quedarse escuchándola para hacerla sufrir, pero no lo consiguió. Sabía que enfadarse no sería mas que una forma de esconder su preocupación, porque, a pesar de la frialdad con la que le había hablado en la tienda, no podía creer ni por un minuto que Dillon tuviese el corazón de piedra.

Lo que quería decir que no estaba en casa. Debía andar por la carretera en medio de lo que parecía ser el peor temporal desde hacía años.

Cat entró del salón a la cocina y volvió después al salón, intentando convencerse de que no tenía por qué preocuparse, de que Dillon estaría bien, seguramente en Reno, en algún hotel. Simplemente tenía que dejar de pensar en ello, de preocuparse, porque no había nada que pudiera hacer.

Estaba mirando por la ventana del salón aquella cortina blanca, pensando que ni siquiera podía ver las dos píceas que crecían a escasos pasos del porche cuando por un instante creyó ver un fogonazo rojo.

Sin tan siquiera darse cuenta de que estaba conteniendo la respiración, pego la nariz al cristal. Sí. Allí estaba. Rojo. Metal rojo y brillante, semicubierto por la nieve, pero le había dado la impresión de que era un coche, un coche rojo que entraba por el camino de su casa.

Salió corriendo hacia la puerta de la cocina que daba paso a un pequeño porche y al camino, y la abrió de par en par, sin tener en cuenta ni el viento ni el remolino de nieve.

El Land Cruiser rojo estaba justo allí, aparcado junto a su porche. Era verdad. Dillon se cambió de asiento y bajó la ventanilla del pasajero.

—Tenía demasiado miedo para seguir —dijo, gritando para competir con el viento—. Tenía miedo de no poder recorrer los cuatro kilómetros que faltan para mi casa. Y no sólo eso; es que…

El corazón de Cat latía desenfrenado. Hacía un frío tremendo y había salido sin abrigo, y no había razón por la que seguir allí en

medio hablando del motivo por el que se había parado en su casa. La razón era obvia: era demasiado peligroso continuar.

—Has hecho lo mejor. Entra, date prisa.

Abrió la puerta y bajó del coche, y entonces, a pesar del viento y la nieve, los dos se quedaron inmóviles, mirándose el uno al otro, dándose cuenta de lo que acarrearía aquella parada: tendrían que pasar aquella noche juntos y solos en su cabaña, incluso era posible que más.

Cat estaba percibiendo su calor y su propio deseo por él, que había llegado a formar parte de ella de tal manera que casi no recordaba cómo había sido antes de sentirlo.

—Entra —dijo—, por favor.

Se sentía rara con él, e intentó esconderse tras la formalidad.

—Sí, pero primero yo…

Parecía no saber cómo continuar.

—¿Qué?

Miró primero hacia otro lado y después a sus ojos.

—Tengo algunas… cosas en la parte de atrás. Comida y eso. Se congelará si lo…

—Comprendo. Voy a coger la chaqueta y te ayudaré a meterlas.

Pero Dillon la sujetó por un brazo.

—No. Espera.

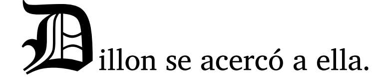
Ella lo miró sorprendida.

—¿Qué pasa, Dillon?

—Mierda… —masculló él entre dientes—. Espera aquí un momento —dijo, y se volvió hacia su coche. Al bajar del porche, desapareció de su vista tras la nieve, y al final volvió a aparecer con algo envuelto en una manta rosa.

Cat se dio cuenta de que era un bebé cuándo lo oyó llorar con todas sus fuerzas.

Capítulo 7



Dillon se acercó a ella.

—Creo que es una niña, ya que todo es rosa.

De dentro de la manta color rosa llegó otro grito airado.

Cat se rodeó con los brazos.

—¿Qué está pasando, Dillon?

—Bueno, yo… —La miró de tal forma que parecía no saber por dónde empezar. En sus brazos, el bebé inspiró aire y volvió a llorar a todo pulmón—. Eh, no hagas eso… —dijo, y la acunó con tanta fuerza que parecía sacudirla.

Cat extendió los brazos.

—Dámela.

Enormemente aliviado, Dillon se la entregó. De entre la manta cayó un biberón, que recogió antes de que se estrellase contra el suelo.

—Ten. Voy a por la comida.

Cat cogió el biberón.

—Bien —contestó, y entró en la casa.

Fue directa a su dormitorio y puso a la niña sobre la cama. El braceo y el llanto creció de intensidad; estaba claro que quería seguir estando en los brazos.

Cat encendió rápidamente las dos velas que había colocado allí y la lámpara de queroseno que había junto a la cama. Cuando se volvió de nuevo hacia el bebé, la niña se había quitado con el pataleo la manta. Braceaba y pataleaba frenéticamente, vestida con pijamita rosa. Cat volvió a cogerla en brazos y la tapó de nuevo con

la manta.

—Eh… tranquila, pequeñina —le susurró.

La niña se tranquilizó lo bastante como para abrir unos preciosos ojos azules y Cat le sonrió, recordando a sus dos hermanas pequeñas. Deirdre nació cuando ella tenía diez años y Phoebe un año después. Cat había ayudado muchas veces a prepararles los biberones y a cambiarles los pañales. A veces también se había quedado con ellas por la noche para que su madre pudiera descansar.

El bebé volvió a echarse a llorar.

—¿Qué te pasa, eh? ¿Necesitas un cambio de pañal, quizás?

Como si hubiese comprendido la pregunta, su carita se contorsionó una vez más y lanzó otro quejido ahogado.

—De acuerdo. Necesitamos pañales limpios —en la— habitación de al lado, Dillon acababa de entrar, seguramente cargado con las bolsas. —¡Necesito la bolsa de los pañales!— le gritó.

Oyó el crujido de las bolsas de papel al dejarlas sobre la mesa e inmediatamente lo vio aparecer en la puerta de su habitación. Lo vio mirar a su alrededor rápidamente antes de preguntar:

—¿El qué?

—La bolsa de los pañales. Hay que cambiar a la niña.

El bebé volvió a gritar como para dar énfasis al comentario de Cat.

—La bolsa de pañales —repitió Dillon como si no lo comprendiera bien—. Voy a mirar —dijo, y se volvió a la cocina.

Una vez estuviese limpia la niña, Dillon iba a tener mucho que explicar.

Como si no le gustase ser ignorado, el bebé volvió a patalear y a gimotear, y para calmarla hasta que Dillon volviese, Cat se sentó junto a la ventana en la vieja mecedora que había pertenecido a su abuela.

—¿Es esto?

Cat se volvió a mirar a Dillon, que de nuevo estaba en la puerta con una bolsa rosa con muchas cremalleras y una jirafa de tela en el centro.

—Ponla en la cama.

Dillon dejó la bolsa y Cat se acercó a dejar a la niña sobre la cama. Dentro de la bolsa, tal y como había imaginado, no sólo

había varios pañales de usar y tirar, sino también algunos juguetes, otro biberón con lo que parecía ser leche de bebés, un cambiador y un pijama limpio.

—Muy bien, pequeña. —Cat abrió el cambiador—. Vamos a ocuparnos ahora mismo de tu problema —puso a la niña en el cambiador y miró a Dillon, que seguía en la puerta contemplando la escena como si ella fuera una especie de prestidigitador—. ¿Qué estás mirando?

—Que se te dan bien los niños. No te imaginas la buena noticia que es eso.

—¿Por qué? —le preguntó suspicaz, pero antes de que pudiera contestar, levantó la mano en alto—. No importa. Ya hablaremos de eso más tarde. Tráete el resto de tus cosas del coche.

—Buena idea.

—Y no olvides esas lámparas que compraste donde Kratt, ¿vale? Pueden venirnos muy bien.

—De acuerdo —contestó él ya desde la puerta.

Cat desabrochó el pijama y despegó el pañal. No se encontró con ninguna sorpresa: era una niña, y desde luego, necesitaba un cambio de pañal.

Terminó el trabajo tarareando la musiquilla que solía cantarles a Deirdre y Phoebe. Cuando terminó, cogió a la niña ya más tranquila en brazos y el biberón de leche para calentarlo un poco en la cocina.

Dillon entró con las lámparas justo cuando estaba poniendo una cacerola con agua en la cocina de leña.

—Eso es todo —dijo él, y dejó tres bolsas sobre la mesa—. ¿Dónde tienes el teléfono?

Cat señaló la puerta del salón.

—Allí, en la mesa que hay debajo de las escaleras.

Cat lo vio descolgar el auricular, escuchar y colgar con la mano varias veces.

—No hay línea —le dijo.

* * *

Una hora más tarde, habían colocado la compra de Dillon en los

armarios, la niña dormía en un nido de almohadas sobre la cama y Dillon y Cat estaban sentadas en el salón con una taza de café y unos *sandwiches*. Seguían sin luz y sin línea de teléfono. En el exterior se acercaba la noche, aunque la nieve seguía cayendo con tal intensidad que era difícil averiguar qué hora del día era.

Dillon estaba sentado en el sofá mirando por la ventana como si hubiera en realidad algo que ver aparte de su propio reflejo a la luz de las lámparas.

—He vivido en Los Ángeles demasiado tiempo —comentó—. Había olvidado cómo son aquí las tormentas.

Podríamos quedarnos atascados en esta casa durante días si esto sigue así.

Cat se tomó el último bocado de su *sandwich*.

—Sí —se limitó a contestar.

Tenían otro tema mucho más importante del que hablar, y se quitó las zapatillas de andar por casa para cruzarse de piernas sobre el sillón.

Dillon la miró y suspiró.

—De acuerdo. Dispara.

—Eso voy a hacer. ¿De dónde ha salido esa niña?

Dillon se pasó una mano por la cara, y Cat empezó a ponerse nerviosa.

—¿Es de Natalie Evans? —le preguntó sin pensar.

El la miró con una expresión tan sumamente sorprendida, que Cat estuvo a punto de echarse a reír.

Pero fue él quien lo hizo.

—¿Por qué te parece tan divertido?

—Demonios…

—¿Demonios, qué? Dillon inspiró aire.

—Nada. Es que tendrías que conocer a Natalie, eso es todo. Es la última persona en el mundo que tendría un hijo… y mucho menos que fuese a perderlo.

Cat frunció el ceño, confundida. Por un lado quería saber más sobre Natalie, aunque no debería desearlo, pero averiguar de dónde había salido la niña era lo más importante.

—Bueno, pues si la niña no es de Natalie Evans, entonces ¿de quién es?

—No tengo ni la más remota idea.

—¿Cómo?

—He dicho que no tengo ni idea —repitió, y apoyó los codos sobre las piernas—. Fui a Reno para ir al supermercado, y cuando salí de comprar, había empezado a caer nieve, así que me dirigí a la autopista para volver cuanto antes. Pero entonces me di cuenta de que me quedaba poca gasolina, así que paré en una gasolinera de esas grandes. Ya sabes, una de esas que tienen tienda y todo.

—Sí, ya sé.

—Mientras me llenaban el depósito, fui al lavabo.

—¿Y eso qué tiene que ver con la niña?

—Tranquilízate, Cat. Ahí es donde quiero llegar. Entré al baño, y cuando salí, pagué la gasolina. Entonces seguí hacia aquí. Y eso es lo que me imagino.

—¿Qué te imaginas?

—Que mientras estaba en el lavabo, alguien debió poner a la niña en el asiento trasero de mi coche, porque no estaba ahí cuando salí del supermercado. Y la visita al lavabo ha sido el único momento en que he dejado el coche vacío, porque he venido directamente. He pasado un rato horrible. Era como conducir entre palomitas que estuvieran haciéndose. No veía nada. He tardado tres horas en llegar a Red Dog City, pero quería llegar a casa, así que continué. Fue después de coger la salida para Barlin Creek Road cuando el bebé empezó a llorar. Ha sido una de las cosas más extrañas que me ha pasado jamás; yo preguntándome si iba a quedarme atascado y, de pronto, empiezo a oír llorar a mi espalda. —Dillon volvió a recostarse contra el respaldo—. Me llevé un susto de muerte. Estuve a punto incluso de salirme de la carretera. Después empecé a pensar que iba a necesitar que alguien me ayudase, así que decidí intentar encontrar el camino de tu casa. Sólo Dios sabe cómo, pero lo conseguí.

Cogió la taza de café que había dejado sobre la mesita de al lado y tomó un sorbo.

—El resto ya lo sabes.

Cat se lo quedó mirando un instante en silencio.

—¿Por qué? ¿Por qué iba a hacer alguien una cosa así?

—Yo tampoco lo entiendo, y hasta que la línea de teléfono no funcione, me temo que no vamos a poder averiguarlo.

Cat no dijo nada. Estaba intentando decidir si creerlo o no, y su

expresión debió revelar sus dudas, porqué Dillon masculló un juramento en voz baja.

—Vamos, Cat, no irás a pensar que he sido yo quien ha secuestrado a la niña. Sé que no siempre he sido completamente sincero contigo, pero romper espejos y estropear un triturador de basura es mi límite, te lo prometo. ¿De verdad crees que soy de la clase de hombres que secuestrarían a un niño inocente?

—No —contestó ella tras pensarlo un instante—. No creo que hayas sido tú. Además, tu explicación tiene más sentido que cualquier otra cosa que pudiera ocurrírseme.

—Es un alivio oír eso.

Su voz estaba cargada de ironía.

—Pero la pregunta más importante sigue sin respuesta: ¿quién haría una cosa así a un niño indefenso?

—Ya te he dicho antes que no vamos a saber la respuesta hasta que no recuperemos la luz, la línea de teléfono y las carreteras.

Los dos se quedaron en silencio. Fuera el viento seguía rugiendo, hasta que al final él preguntó:

—Bueno, ¿y ahora qué?

Cat lo miró a los ojos. Tenía mil preguntas más que hacerle, preguntas mucho más personales, pero tuvo miedo de hacerlas, así que se limitó a descruzar las piernas y volver a ponerse los mocasines.

—Creo que mi cuna está en alguna parte del maletero. Vamos a ver si soy capaz de encontrarla.

La cuna estaba metida al fondo de un pequeño maletero que Cat llevaba dos años usando como lugar para guardar cosas. Agachada y armada con una linterna, maniobró para hacerse sitio.

La cuna estaba allí, al fondo, sobre una enorme caja que una vez contuvo un enorme ventilador y que ahora sólo Dios podía saber qué contenía. Aún agachada, Cat levantó la linterna.

Las sombras en aquel espacio largo y bajo se levantaron y hasta parecieron bailar. La vieja cuna de madera apareció en relieve, con su sombra alargada y misteriosa proyectándose contra la pared.

—¿Cat? —La llamó Dillon desde la habitación.

—Sí. La he encontrado. Está aquí.

Dejó la linterna sobre la superficie llena de polvo de una mesa y cogió la cuna.

—Aquí la tengo —dijo, y como un trofeo, la colocó a los pies de Dillon para volver por su lámpara—. Vamos a ver qué tal está.

Cat se arrodilló y Dillon lo hizo también, pero con algo más de trabajo. Tocó una esquina con la mano, y la cuna se meció suavemente.

—Me la hizo mi padre —dijo Cat—. Antes de que yo naciera.

Dillon cambió la posición de la lámpara para iluminar el pie de la cuna.

—Es evidente.

—¿El qué?

—Pues que te la hizo antes de nacer —le explicó, señalando el pie de la cuna.

Cat miró hacia donde él señalaba. Como ya sabía, su nombre estaba pintado en el pie adornado con una rosa que salía de la e final. Pero con el paso del tiempo, la pintura se había ido desgastando y bajo su nombre, con bastante claridad, se podía leer Mitchell Jr.

—Vaya… —exclamó, rozando con los dedos el nombre aparecido—. Pentimento.

—¿Qué?

—Es un término artístico.

—¿Y qué significa?

—Significa que a veces, un artista cambia de idea y pinta algo sobre lo que inicialmente había pintado, luego, con el paso de los años, la segunda imagen se borra y aparece la primera. Eso se llama pentimento. Creo que es un término latino que significa arrepentimiento, porque el artista se arrepiente de su elección inicial. —Dillon estaba observándola y no le gustaba la expresión de su rostro.

—Así que, desde le principio, tu padre pensó que ibas a ser un chico. Un pequeño Mitchell Jr.

Cat carraspeó y se puso de pie.

—Sí, bueno… pero no lo fui.

—Exactamente. No lo fuiste.

Cat se lo quedó mirando con recelo.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Sólo lo que he dicho —contestó, y se apoyó en la cuna para levantarse—. No importa lo mucho que a tu padre le hubiera

gustado que fueses un chico, porque no lo fuiste.

—Eso es evidente.

—¿Ah, sí?

A Cat le estaba molestando lo seguro de sí mismo que parecía. Hasta ese momento, a pesar de todo, se habían estado llevando muy bien, pero ahora sentía la rabia crecer en su interior.

—Me pone enferma cuando la gente hace preguntas vagas en lugar de decir lo que piensan.

—¿Debería ser más específico?

—Sí. —Parecía amenazante. Estaba demasiado cerca, y Cat retrocedió un paso—. No —dijo, cambiando de opinión—. Olvídalo.

El la sujetó por un brazo y ella se volvió a mirarlo sorprendida.

Entonces recordó lo que había ocurrido aquel día, junto al ventanal de su casa. También la había sujetado por un brazo. Y la verdad es que, mirando hacia atrás, daba la impresión de que, desde aquel día, todo había empezado a irle mal.

—Suéltame —le pidió, igual que aquella vez.

Pero esta vez él no la dejó ir.

—Un momento. Puede que esta tormenta haya sido lo mejor que nos haya ocurrido a los dos.

—Estás chiflado.

—Puede que sí, pero estoy aquí. Y tú vas a estar también aquí, atrapada conmigo, durante un tiempo. Y antes de que la tormenta pase, vas a tener que vértelas conmigo.

—Yo no apostaría por ello.

—¿Me estás desafiando? Siempre me han gustado los desafíos. Pregúntaselo a L.
W. Creedy
si no. El te lo contará.

—Suéltame el brazo.

Él hizo como si no la hubiese oído y siguió hablando.

—¿Alguna vez te has parado a pensar lo parecidos que somos, Cat?

Ella dio un tirón del brazo, pero él no la soltó. Cat era una mujer fuerte, pero él lo era más.

—No nos parecemos en nada.

—Sí que nos parecemos. Nuestros padres nos formaron a los dos, decidieron quién debíamos ser cuando llegásemos a ser adultos. El

tuyo te moldeó a ti para que ocupases el puesto del hijo que nunca tuvo. Y después te dejó que ocupases el suyo.

—Mi padre no me dejó. Murió. Tuvo un infarto. No fue culpa suya.

—Pero tú lo culpas.

—¿Cómo te atreves…?

—Porque es cierto. Lo culpas. Por dejarte con todas esas mujeres de las que ocuparte. Por arrebatarte la oportunidad de ir a la universidad, la oportunidad de vivir tu vida como tú habías soñado que harías.

—No…

Él no la escuchaba.

—Y mi padre… bueno, la verdad es que hace que el tuyo parezca un santo. Lo que mi padre me enseñó a mi fue que mi vida no valía nada. Tuvo que hacerse cargo de mí con dos años cuando mi madre murió y nunca le importé un comino. Más de una vez me dijo que yo le había estropeado su estilo de vida, que desearía que no hubiera nacido. Por su culpa, me dediqué a arriesgar mi vida, para demostrarle que era alguien importante, no sólo el mocoso de Lonnie McKenna.

Las palabras de Dillon eran difíciles de asimilar, y la ira de Cat dejó paso a la simpatía por el niño herido que fue una vez. Por un momento, lo tuvo ante sí cuando era un niño, descalzo y sucio, sentado en las escaleras del supermercado cuando era sólo la tienda de ultramarinos. Se estaba comiendo un trozo de carne en salazón que alguien del pueblo debía haberle comprado, y se la estaba comiendo con ansia, como si fuese lo único que hubiera comido desde hacía días.

—Tú sabes cómo era yo —añadió Dillon con aspereza.

Cat lo miró a los ojos, y vio en ellos el dolor y la vergüenza.

—Dillon, yo…

—No lo digas —la interrumpió, apretándole más el brazo—. Ahórrate la lástima. Ya no la necesito. ¿Dónde estaba? Ah, sí; en que los dos hemos aceptado grandes retos. Tú sacaste adelante a la familia de tu padre en su lugar, y yo arriesgué el cuello en cada ocasión que se me presentó.

—Dillon, por favor…

—Y los dos estamos más allá de los treinta y seguimos solteros.

Ninguno de los dos nos hemos atrevido a enfrentarnos a los desafíos reales de la vida. No nos hemos casado, ni hemos tenido hijos.

—Hay mucha gente que no está casada a nuestra edad. Mira a Bob Tamberlaine, Lizzie Spooner, Adora…

Nada más haberlo hecho, lamentó haber pronunciado el nombre de su hermana. Ella era una de las razones más importantes por las que no quería seguir hablando.

Dillon lo sabía, por supuesto.

—Adora… He ahí una gran parte del problema. No todo, pero una buena parte. Es una forma de empezar.

—No quiero hablar de…

Le soltó el brazo con un movimiento airado.

—¿Por qué será que no me sorprendes? Por supuesto que no quieres hablar de Adora. Ni de Adora ni de nada que pueda acabar con las barreras que hay entre tú y yo. —Cat echó a andar, pero él siguió hablando—. Prefieres convencerte de que un tipo como yo no puede traerte más que problemas. De esa forma puedes justificarte ante ti misma por seguir alejada de mí.

Eso no pudo dejarlo pasar y se volvió.

—Eso no es cierto —replicó, pero ni siquiera pudo convencerse a sí misma.

—Sigue engañándote si quieres. Puede que algún día hasta llegues a creértelo. Incluso es posible que te lo creas ahora. Pero escucha lo que te voy a decir, y escúchalo bien: no hay absolutamente nada entre Adora y yo, excepto puede que amistad.

Cat se echó a reír. ¿Cómo tenía valor para mentir así? —¿Y se lo has dicho a ella?

—Por supuesto.

Eso la sorprendió.

—¿Cuándo?

—Anoche.

Cat se lo quedó mirando atónita. La noche anterior había visto su coche frente a la casa de Adora…

—Yo, eh… ¿a qué hora estuviste hablando con Adora… y dónde?

Dillon la miró sin comprender, pero se encogió de hombros.

—Fui a su casa con ella después de que cerraran el bar y hablamos allí. ¿Por qué?

Había una silla antigua junto a la ventana que daba a la parte frontal de la casa. Cat se sentó allí antes de preguntar:

—¿Y qué le dijiste?

—Pues lo mismo que te dije a ti hace un par de semanas: que lo que habíamos tenido hace años, terminó para mí. Que hace dieciséis años que había terminado.

—¿Y eso es todo? —También le hable de lo que siento por ti. Que me siento atraído y me gustaría estar más cerca de ti, pero que tú no me dejas.

—¿Y cómo reaccionó Adora?

—Me escuchó y después asintió. Pero no sé si de verdad captó el mensaje. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Cat pensó en su hermana, en todas las cosas que habían dejado por decir durante su última conversación telefónica. Ahora tendrían que hablar largo y tendido. Miró por la ventana. Al otro lado del cristal, la tormenta seguía.

—Cat… —La voz de Dillon era suave—. ¿Por qué es tan importante para ti dónde y cuándo he hablado con Adora?

No tenía por qué confesarle lo que había hecho la noche anterior. Ya le había visto hacer el idiota con Spike, y eso ya bastaba. No tenía por qué saber lo demás. Pero entonces se acercó a ella y se arrodilló a su lado. Le vio hacer una mueca de dolor al doblar sus articulaciones y la ternura la llenó por completo, amenazando su frágil equilibrio emocional.

—¿Qué? ¿Qué pasa, Cat?

Su rostro quedaba en la sombra, ya que la lámpara estaba a su espalda, pero su voz parecía llena de preocupación.

Por alguna razón, sólo fue capaz de decirle la verdad.

—Yo… vi anoche tu coche en casa de Adora.

—¿Qué?

—No podía dormir —le explicó, haciendo un gesto de impotencia con las manos—. A media noche, me levanté, me vestí y fui hasta tu casa. Cuando llegué allí, me quedé sentada en mi furgoneta preguntándome qué demonios estaba haciendo allí, y si estarías en casa y… solo. Después de un rato, cuando ya no pude aguantar más allí sentada, bajé de la furgoneta y llamé a tu puerta.

—Cat…

Susurró su nombre con suma suavidad y cogió su mano.

Cat recuperó así el coraje necesario para contarle el resto.

—Si querías saber qué estaba haciendo en casa de Adora, ¿por qué no subiste a averiguarlo? —le preguntó él.

Cat bajó la mirada. Las manos de él estaban mucho más cuidadas que las suyas, con las uñas perfectamente iguales y limpias. Las de ella tenía el aspecto de lo que era: las manos de un carpintero, de una mujer toda trabajo.

—¿Cat?

Supongo que no entré porque no quería saber de verdad qué estaba pasando entre Adora y tú. Como tú has dicho antes, sólo quería tener una buena excusa para mantenerme alejada de ti.

—¿Y sigues queriendo estar alejada?

Las palabras no y sí se formaron simultáneamente en su cabeza, pero no pronunció ninguna de las dos, sino que se quedó mirando su rostro, tan atractivo y ya tan familiar, y pensando lo mucho que lo deseaba… y lo mucho que le asustaban sus propios sentimientos.

Dillon se apoyó en su rodilla para ayudarse a levantarse. Una vez de pie, la hizo levantarse a ella. —Te he hecho una pregunta. ¿Sigues queriendo lo mismo? Estaba demasiado cerca. No podía pensar.

—Dillon, yo no…

Él la abrazó y sus cuerpos se tocaron.

—Me gusta cómo eres —dijo él—. Tan fuerte, y al mismo tiempo con una suavidad que tú te empeñas en ocultar.

—Dillon…

—Desde que volvimos a encontrarnos ha sido todo una confusión. Tan pronto estaba luchando por apartarte de mi cabeza como tan pronto me encontraba soñando.

—¿Soñando con qué?

—Contigo. Con nosotros. Con lo que podría ser.

—¿El qué?

—Tú y yo. Juntos. Haciendo el amor.

Sintió que las mejillas le ardían y que el corazón se le desbocaba. Entonces recordó cómo se había comportado en la tienda aquella mañana.

—Pero hoy has estado tan frío en la tienda.

—Maldita sea, Cat. ¿Qué demonios esperabas? Primero me dices que desaparezca de tu vida, luego ni siquiera me das las gracias por

salvarte de Spike y luego apareces en la tienda, toda preocupada porque pudiera perderme en la tormenta. Ésa fue la gota que colmó el vaso. Estaba hasta arriba ya.

—Lo sé, pero…

—Sh. Ahora sólo bésame. Una vez. Por ahora.

El viento gimió en la tormenta.

—Yo no…

—Sh. No digas no.

La tentación era irresistible.

—¿Sólo un beso?

—Sólo uno —le prometió con solemnidad. Entonces una sonrisa de medio lado le iluminó los ojos y cambió de forma la cicatriz de su labios—. Por ahora.

—No creo que…

Dillon le hizo levantar la cara cogiéndola por la barbilla.

—Sí, eso es. No pienses.

—Dillon…

—Di que sí. Di que puedo besarte.

—Pero…

—Quiero oírtelo decir. Es sólo una palabra: sí.

—Yo…

—Vamos.

—Eh…

—Puedes hacerlo.

—Ya lo sé.

—¿Eso quiere decir…?

—Dillon…

—Sólo tienes que decirlo.

—Está bien. Sí.

Capítulo 8

Sus labios se encontraron.

Compartieron el mismo aire. Era una caricia suave, dulce y al mismo tiempo dolorosa. Un contrapunto a la salvaje tormenta.

Dillon emitió un sonido profundo y gutural cuando sus cuerpos se pegaron el uno al otro, mientras dibujaba el perfil de sus labios con la lengua. Cat gimió y entreabrió los labios. Se sentía tan viva… Igual que la otra vez que se habían besado, sus rodillas parecían haber dejado de sostenerla, pero esta vez, no le importó, sino que rodeó a Dillon con los brazos y se rindió a la maravilla de aquel beso. Todo su cuerpo parecía estar ardiendo, lleno de deseo y tembloroso.

Y entonces lo oyeron los dos: un llanto agudo y desesperado.

Con un suspiro, Dillon soltó su cintura.

—¿Estás oyendo lo que oigo yo?

Cat asintió.

—El bebé está despierto.

Tuvieron que volver a cambiar a la niña.

—A este paso —comentó Cat—, vamos a quedarnos sin pañales mañana a mediodía. Me temo que tendremos que improvisar con trapos. Espero tener algunos imperdibles por aquí.

—Ya se te ocurrirá algo.

Dillon parecía mucho más confiado en su capacidad maternal que ella. En la bolsa, Dillon encontró unas llaves de plástico y las hizo sonar frente a la niña mientras Cat le cambiaba los pañales. La pequeña gorjeó deleitada.

—Y ya no nos queda leche de bebé —continuó Cat—. Tendremos que aguar un poco la leche y quizás hacer puré de frutas cuando vuelva a tener hambre. Va a ser horrible.

—¿Y por qué?

—Pues porque los estómagos de los bebés son muy sensibles, así que no cabe duda de que vamos a tener que enfrentarnos a algunos problemas, te lo aseguro. Y no va a ser divertido.

—Ya lo solucionarás tú.

—Eso espero. Ojalá supiera cuántos meses tiene. Yo creo que tres o cuatro, pero no sé si habrá comido ya alguna vez comida sólida. Hace tanto tiempo que dejé de ocuparme de un bebé.

Dillon hizo una especie de gorjeo al que la niña pareció contestar, y bajó las llaves para que la niña pudiera tocarlas con sus manitas.

—No te preocupes, que lo harás lo mejor que puedas. ¿Qué más puedes hacer?

Cat sabía que tenía razón, e intentó dejar de preocuparse.

Ya que la niña parecía tan contenta, abriendo y cerrando las manos intentando coger las llaves, Cat se tumbó junto a ella sobre la cama para verlos jugar. Fue un momento precioso, con la tormenta bramando fuera y los tres allí, juntos y a salvo.

A la suave luz de la lámpara, la piel de la niña parecía luminosa y perfecta, y Cat no pudo resistir la tentación de acariciarla.

—Podría haber acabado mucho peor —dijo Dillon—, peor que aquí, encerrada con nosotros hasta que termine la tormenta.

Cat se estremeció al pensar en los sitios en los que podría haber acabado un bebé indefenso. Miró a Dillon, que pareció sentir su mirada y se volvió hacia ella.

—Voy a traer la cuna —dijo Cat.

—Buena idea.

Cat subió y volvió a bajar con unas cuantas sábanas de suave algodón, dos mantas pequeñas y la cuna.

En la cocina, fregó la cuna con jabón y la secó bien, y con una de las mantas improvisó un colchón. Después, lo llevó todo a la habitación donde Dillon seguía jugando con la niña.

—Tiene buena pinta —comentó él.

—Ingeniosa es mi segundo nombre.

La niña levantó una mano y quiso coger el labio de Dillon. El le

cogió los deditos entre los labios y pretendió comérselos para deleite de la pequeña.

—Y yo que pensaba que tu segundo nombre era Desiree —dijo después.

Cat hizo una mueca al oír ese nombre. Nunca le había gustado. Su madre lo había oído en una película antigua como el nombre de una amante de Napoleón, y Cat había intentado siempre mantenerlo en secreto.

—Ajá —bromeó él—. Lo llevas en la cara. Ese nombre no te gusta.

—¿Quién te lo dijo?

—Adora. Cuando estábamos en el instituto. Yo le había dicho que tenía miedo de que un día te decidieras de verdad a usar contra mí el arma de tu padre —le explicó, sonriendo—. Y Adora dijo: Cat no se atrevería. Ya le he dicho lo que puede pasarle si se le ocurre hacerte daño.

Su sentido del humor era contagioso, y Cat se dio cuenta de que ella también sonreía.

—Pues no me acuerdo. ¿Y con qué me amenazó?

—Con decirle a todo el mundo que tu segundo nombre es Desiree. Adora me dijo que no soportabas que nadie te llamase así.

—Es verdad. Ahora me acuerdo.

—¿Es ésa la razón de que no llegases a pegarme un tiro? ¿Porque no hubieras podido soportar la vergüenza de que todo el mundo supiera tu nombre completo?

Cat pretendió pensárselo antes de contestar.

—Podría ser —respondió, y cogió a la niña de la cama—. Ven aquí, pequeñaja. Vamos a probar esto —dijo, y la dejó con suavidad sobre la cuna.

—No está mal —comentó Dillon cuando la niña se quedó tan contenta sobre la manta, sonriendo al verse sus propios pies—. Pero dentro de un par de meses, le quedará pequeña.

—Si no hemos salido de aquí en un par de meses, que la cuna sea pequeña será el menor de nuestros problemas.

—Estoy de acuerdo contigo —contestó, y se levantó de la cama para acercarse a Cat y a la cuna. Cogió la otra manta y se arrodilló, como siempre con bastante trabajo, para cubrir bien a la niña con ella.

—Goo… gaa —dijo el bebé.

—Creo que está bastante cómoda —comentó él.

—Sí.

Entonces se miraron el uno al otro y los dos sonrieron.

Y a Cat se le ocurrió pensar que nunca se lo había pasado tan bien durante una tormenta. Es más, hacía bastante tiempo que no se lo pasaba tan bien. Simplemente, su vida no había estado centrada nunca en la diversión.

Y entonces no pudo evitar preguntárselo: Todo aquello, ¿podría ser tan divertido a largo plazo? ¿Tener un hombre y una familia de la que ocuparse? Las cosas que siempre se había dicho a sí misma que no quería. Las cosas que la atarían, que le robarían su libertad tal y como le había ocurrido antes de poseerla de verdad, cuando sólo tenía dieciocho años.

Pero ¿qué era su libertad en realidad? Últimamente, desde la vuelta de Dillon McKenna, su libertad no había vuelto a ser la misma. Había tomado un significado diferente. Había empezado a parecerse a lo que se llama soledad.

—Cat. —El pulso se le aceleró al oír la dulzura con la que pronunciaba su nombre—. ¿Qué pasa? ¿Qué estás pensando?

Ella apartó la mirada primero, pero después se forzó a mirarlo a él y le hizo la pregunta que llevaba semanas deseando hacerle.

—¿Querrías… quieres hablarme de Natalie Evans?

Su sonrisa iluminó la habitación en penumbra.

—Por supuesto. Cualquier cosa que quieras saber.

—Yo…

Pero él le cogió una mano y señaló al bebé con la otra. Cat miró la cuna. Las pestañas oscuras y pobladas de la niña caían como diminutos abanicos sobre sus pómulos regordetes y con la boca hacía movimientos como si estuviera chupando algo.

Entonces volvió a mirar a Dillon, y él hizo un gesto indicando que salieran hacia la otra habitación.

* * *

—Natalie y yo vivimos juntos dos años —le explicó Dillon cuando estuvieron sentados en el sofá—. Hablamos de matrimonio, pero de

alguna forma nunca llegamos a casarnos. Yo quería tener una familia.

—¿Y ella no?

—De ninguna manera. No estaba dispuesta a atarse con niños. A Natalie le gustan los fuegos artificiales y la diversión.

—¿Por eso rompisteis? ¿Porque tú querías niños y ella no?

—En parte supongo que sí, ahora que lo pienso. Pero hubo algo más inmediato que fue la gota que colmó el vaso.

—¿El qué?

—Después del accidente de Mirage, parecía que no iba a volver a andar.

—¿Y?

—Digamos que no fue capaz de digerirlo.

—¿Rompió contigo entonces?

—No. No fue tan sincera.

—No lo comprendo.

—No lo entenderías —contestó, y le acarició la mejilla—. Y decirte esto es hacerte un cumplido.

Su mano era tan cálida…

—Gracias. Continua.

—Natalie buscó consuelo en L. W.

—¿L. W. Creedy? ¿Que empezó a salir con él? Pero si debe tener sesenta años.

Dillon se echó a reír.

—No menosprecies al bueno de L. W. Le encanta divertirse, tiene mucho dinero y él podía andar, a diferencia de cómo estaba yo en aquella época.

—¿Y cómo lo averiguaste?

—Un amigo me lo dijo. Los vio juntos, muy juntos en un club en Century City. La verdad es que no fue una gran sorpresa. Yo ya sabía que lo de Natalie y yo no iba bien. Cuando le dije lo que ese amigo me había contado lo de ella y L. W., se echó a llorar y me dijo que se sentía fatal. No me preguntes cómo ocurrió, pero luego me encontré consolándola yo a ella. Cuando por fin se calmó, estuvimos de acuerdo en que lo nuestro ya había terminado antes.

Cat se encogió con escepticismo.

—Lo aceptaste de maravilla.

—Por aquel entonces, ya no quedaba mucho entre nosotros. Ya

te he dicho que yo me había dado cuenta de que todo había terminado ya. Lo peor para mí ya había pasado.

—¿Cuál fue la peor parte?

—Justo después del accidente, la primera vez que vino a verme al hospital. Había estado en el quirófano durante doce horas y aún estaba semiinconsciente, pero la oí hablar con L. W. antes de que se diera cuenta de que me había despertado. No es una mujer que sepa aceptar la debilidad de un hombre. Entonces supe ya que todo había terminado, así que, cuando me enteré de lo de los dos, ya había estado haciéndome a la idea.

—Entonces, ¿por qué se presentó en tu casa hace dos semanas? ¿Quería que lo volvieseis a intentar?

—En cierto modo, podría decirse que sí —contestó Dillon con ironía.

—¿En cierto modo?

—L. W. le mandó que viniera.

—¿Qué?

—Era una especie de oferta. Se suponía que tenía que engatusarme con sus encantos para después hacer me cambiar de opinión sobre lo del salto de Mount Shasta —le explicó, y se echó a reír—. Tu cara lo dice todo. Te he dejado de piedra.

—Pero si es su novia, ¿cómo iba a mandarle hacer una cosa así? Es decir, ¿se supone que tenía que… —Cat tragó saliva—… que seducirte?

—Ésa era la idea en general.

—Por eso te enfadaste tanto cuando te dije que estaba en la puerta.

—Sí. Inmediatamente supe qué estaba tramando L. W., y no me gustó lo más mínimo. Pero más que L. W., Natalie y sus retorcidos esquemas, me preocupabas tú. Ver a Natalie te asustó de tal manera que saliste corriendo.

—Sí —admitió ella—. La verdad es que me molestó muchísimo. Apareció de pronto, como surgida de la nada, y era tan bonita que yo… bueno, supongo que… —¿Te pusiste celosa?

Cat le apretó la mano y confesó.

—Sí. Y confundida. Pero no me has contado qué ocurrió cuando os encontrasteis.

—No mucho. Le dije simple y llanamente que no iba a caer en la

trampa de L. W.

Cat no se pudo resistir a seguir preguntando.

—¿Cocinaste algo para ella?

Dillon pareció ofendido.

—Claro que no. Me deshice de ella inmediatamente.

—Bien.

—¿Por qué?

—Pues porque no se merecía probar tu cocina.

El bajó los ojos. Era evidente que se sentía complacido.

—En lo único que pensaba en aquel momento era en cómo iba a explicártelo a ti cuando llegases al día siguiente.

Cat se sintió culpable.

—Y yo no te dejé explicar nada.

—Es un fallo que tienes —le contestó, mirándola a los ojos.

—Lo sé. Estoy intentando corregirme.

—Bien. ¿Alguna otra pregunta?

—No. Por ahora, no.

Dillon asintió.

—De acuerdo.

Por un instante se quedaron allí sentados, cogidos de la mano, sin decir nada, y Cat disfrutó mucho de aquel silencio. Por primera vez desde la aparición de Natalie Evans, volvían a sentirse cómodos el uno con el otro. En el exterior, la tormenta continuaba con toda su furia.

Un poco más tarde, Cat le enseñó una de las dos habitaciones del piso superior. Le dijo dónde estaban las sábanas con cierta incomodidad. Todo aquello de dónde iba a dormir la hacía sentirse rara.

Pero él no parecía dispuesto a presionarla, y ella no pensaba echarse en sus brazos, así que después de mostrarle la habitación, le indicó dónde estaba el único baño de la casa, que estaba junto a la cocina, cerca de su propio dormitorio.

—Si quieres darte una ducha, hazlo ahora —le aconsejó—. El calentador es eléctrico, y si seguimos sin luz, nos vamos a quedar sin agua caliente.

—Sí que me apetece darme una ducha. Lo haré deprisa para que te quede agua caliente a ti también.

Mientras Dillon aprovechaba su turno en el cuarto de baño, Cat

se las arregló para bajar la cuna, con niña incluida, a la cocina. Allí estaría más caliente durante la noche, cerca de las brasas de la chimenea.

Cat se dio después una ducha y se metió en la cama, pero no consiguió quedarse mucho rato. Menos de una hora después, echó atrás la ropa y metió los pies en sus mocasines. Había oído que la niña empezaba a quejarse, pero se quedó junto a la cama, escuchando, para ver si volvía a dormirse, pero no tuvo tanta suerte. Las quejas crecieron en intensidad y se combinaron con gritos y gimoteos.

Cat encendió la lámpara de su dormitorio y se apresuró a entrar en la cocina.

—Vale, vale, ya estoy aquí. Tranquilízate.

Tardó otro instante en encender la otra lámpara y en coger a la niña en brazos para llevarla a su dormitorio y cambiarle los pañales. Eso le dio un momento de tranquilidad, pero la niña enseguida empezó a llorar de nuevo. Estaba claro cuál era el problema: hambre.

Se puso a la niña apoyada contra su hombro y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Bueno, ya está. Ya sé lo que quieres. Vamos a ver qué podemos hacer.

Volvió a salir hacia la cocina, y en la puerta del salón se encontró con Dillon, que se había metido sólo los vaqueros y los calcetines y que sonreía medio dormido.

—Estás preciosa con ese pijama —le dijo, pero antes de que ella tuviera tiempo de enrojecer, añadió—: ¿Qué le pasa?

Cat se recordó que debía prestar atención a la niña, y no al pecho y a los brazos de Dillon.

—Creo que tiene hambre.

—¿Y qué vamos a hacer?

Cat acunó a la niña mientras intentaba decidir.

—Vamos a probar con plátano machacado y después le daremos leche rebajada con agua para beber.

—Bien.

Dillon se puso manos a la obra con el plátano y después cogió a la niña para que Cat pudiese darle de comer. Todo parecía ir bastante bien.

Después, pusieron la leche tibia en uno de los biberones. Al principio, la niña hizo una mueca, pero después de unos minutos, empezó a tragar. Mientras Dillon terminaba de darle el biberón, Cat atizó el fuego y puso dos enormes cacerolas con agua encima para poder tener después agua caliente para lo que pudieran necesitar.

Al final, hora y media después de que se hubiera levantado, la niña volvió a dormirse. Dillon se la puso a Cat en los brazos, quien la metió en la cuna y la tapó con la manta.

Cuando la niña estuvo arropada, Cat se incorporó con intención de decirle a Dillon que ahora podrían tener unas horas de tranquilidad, pero las palabras se que quedaron atascadas en la garganta porque Dillon estaba observándola, y la expresión de su rostro la dejó sin respiración.

Capítulo 9

Cat se puso de pie lentamente.

—Dillon, yo…

Él se llevó un dedo a los labios pidiéndole silencio.

—Vas a despertarla —susurró, y sopló la lámpara que los iluminaba desde la mesa de la cocina.

La habitación quedó sumida en la sombra. Los únicos sonidos eran el crepitar del fuego en la chimenea y la respiración rítmica y suave de la niña. Afuera, la tormenta parecía haberse calmado. La turbulencia estaba ahora en aquella pequeña habitación, una turbulencia íntima entre Cat y el hombre que estaba de pie al otro lado de la cuna.

No podía apartar los ojos de él. La luz de la lámpara que había encendido sobre la mesilla a su espalda le iluminaba el rostro. Había en su expresión tanta intensidad, tales promesas y tanta determinación…

Apenas sin darse cuenta, Cat fue retrocediendo, alejándose de la cuna y entrando en su habitación.

Dillon la siguió, imitando cada paso de Cat, y cuando los dos estuvieron dentro del dormitorio, cerró la puerta a su espalda.

Cat sintió que se daba con la cama en las piernas.

—Va a hacer frío aquí dentro si cierras la puerta.

Su voz sonó tan ronca que casi no la reconoció como suya.

Dillon pasó por alto el comentario.

—Ven aquí, Cat.

—Yo… eh…

—Cat.

Volvía a tener esa sensación de debilidad, como si las piernas no pudiesen sostenerla más.

—Cat.

—Está bien —su voz seguía sonándole ronca y extraña y el aire de la habitación pareció hacerse más denso—. Voy.

Él sonrió entonces, y Cat dio un paso hacia él. Después otro. Luego otro más, hasta que estuvieron a punto de tocarse, pero él no lo hizo.

—Iba a esperar —dijo, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo—. No sabía a qué, pero me parecía que era lo que tenía que hacer. Darte más tiempo. Pero hay algo en ti, en la forma de dejar a esa niña en la cuna, de inclinarte con ese pijama de hombre, y no puedo esperar más, Cat.

Ella lo miró, de arriba a abajo, desde sus facciones marcadas, sus ojos oscuros, la cicatriz en el labio y el hoyuelo de la barbilla, pasando por su cuello fuerte como una columna y sus hombros anchos y musculosos. Tenía una cicatriz en el hombro izquierdo que seguía la forma de la articulación y desaparecía bajo el brazo. Se veía muy blanca en contraste con su piel oscura. De hecho, ahora que miraba más de cerca, tenía cicatrices por todas partes. Bajo el vello de su pecho, estaba surcado por ellas.

—Cat, ¿qué me dices?

—Yo… eh…

—Eso ya lo has dicho —contestó él, sonriendo.

Tenía que pensar en algo más pertinente.

—Yo… es que no sé cómo —¿Pero qué había dicho?—. Es un comentario idiota, ¿verdad?

—No, de eso nada. Nunca has hecho el amor, ¿es eso lo que me quieres decir?

Cat asintió incluso antes de que hubiera terminado.

—Sí. No. Nunca lo he hecho.

—No pasa nada —contestó él, pero pareció quedarse parado.

Cat se sentía roja como un tomate. Parecía no saber hacer otra cosa estando con él.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—Nada. Es que… acabo de darme cuenta de que no he venido preparado.

—¿Preparado para qué?

—Para hacer el amor contigo.

—Ah, ya; te refieres a…

—Sí, a alguna clase de protección. No tengo nada.

—Ah.

Dillon se sonrió ante lo absurdo de aquella situación.

¿Qué te parece? Por fin llega el momento con el que he estado soñando, y resulta que no estoy preparado.

—No importa —dijo ella, tras aclararse el nudo de la garganta —. Espera aquí.

—No te preocupes. No pienso ir a ninguna parte. Cat abrió un cajón de la cómoda y sacó la caja que contenía doce preservativos y que había guardado allí hacía unos cuantos meses.

—Ten —dijo, entregándosela.

El se quedó mirando su mano extendida y después a la cara, que parecía un tomate maduro.

—Vaya —murmuró—. Gracias.

—No tienes por qué quedarte tan sorprendido. Sólo porque no haya hecho nunca el amor no quiere decir que no hubiera pensado hacerlo. Bueno, más o menos.

—¿Más o menos? —repitió él, arqueando una ceja. Ella retrocedió lo bastante para sentarse a los pies de la cama.

—Está bien. Adora me los dio hace unos meses para que pudiera estar protegida si ocurría lo imposible.

Ahora sí que se sentía mortificada. No podía ni mirarlo.

Dillon se acercó a ella, pero Cat siguió con la mirada clavada en sus calcetines.

—Cat.

—¿Qué?

Dillon tiró la cajita sobre la cama y se sentó junto a ella.

—Cat.

Su voz era suave como una invitación y una caricia al mismo tiempo.

Cat escondió las manos bajo sus piernas y se encogió ligeramente, pero él la rodeó por los hombros y la acercó. En cuanto sus cuerpos se tocaron, se tranquilizó.

—Así está mejor —dijo él, besándola en la sien y luego, suavemente, la obligó a apoyar la cabeza sobre su hombro.

Su piel era cálida y su pecho, firme, y durante un rato, se limitó a tenerla así, acariciándole el pelo y el hombro, y Cat volvió a recordar lo mucho que le gustaba su olor y la sensación de apoyo y seguridad que experimentaba entre sus brazos.

Pero después la empujó suavemente para tumbarla sobre la cama, apoyando la cabeza sobre la almohada. La caja de preservativos estaba en medio, y Dillon la dejó sobre la mesilla antes de tumbarse junto a ella.

Entonces la besó con un beso largo y embriagador, mientras la acariciaba lentamente, como para calmarla.

Lentamente y con sumo cuidado, fue desabrochándole los botones del pijama, besándole cada espacio de piel que el botón dejaba al descubierto.

Cuando hubo terminado, deslizó las manos por dentro del pijama y Cat contuvo el aire al sentirle acariciarle los pechos.

Con una tremenda delicadeza, le quitó el pijama y Cat cerró los ojos. Entonces sintió su boca en uno de sus pechos, y pensó que iba a volverse loca con las caricias de su lengua. Mientras seguía besándola, no dejaba de acariciarla, y Cat no podía estarse quieta. Se retorcía y gemía, y el abandono y la fuerza de los sonidos que emergían de su garganta la sorprendían a ella misma.

Sintió entonces que sus manos alcanzaban su vientre y aún más allá, hasta que llegó a su clítoris.

—Ah… —gimió él, y mientras la acariciaba lentamente, seguía besándole los pechos, el cuello, la barbilla, hasta que al final, llegó a su boca—. Bésame, Cat.

Ella gimió cuando sus bocas volvieron a encontrarse y abrió los labios mientras sus dedos seguían con aquel increíble juego.

—Lo sabía —susurró Dillon—. Una mujer. Toda una mujer.

Sus caricias siguieron empujándola hacia delante hasta que no le quedó voluntad ni fuerza. No era más que lo que él la había llamado: una mujer; una mujer en el ojo del huracán.

—Vamos —susurró—. Sigue por mí…

Y así fue. El éxtasis comenzó en su clítoris y se extendió por todo su cuerpo como un fuego cegador que llegase hasta la yema de sus dedos, hasta el extremo de sus pies.

Cuando el éxtasis fue remitiendo, Cat se quedó tumbada mirándolo, y él sonrió de una forma íntima, llena de ternura.

Entonces se levantó de la cama el tiempo justo para quitarse los vaqueros y los calcetines. Cat parpadeó varias veces al verlo desnudo ante ella, excitado completamente.

Pero había más, mucho más que la evidencia de su deseo, y al mirarlo, una sola lágrima asomó en el rabillo del ojo, que luego sintió rodar por su mejilla.

Dillon sabía qué la había hecho llorar… las enormes cicatrices de sus muslos, como hendiduras blancas y profundas cortadas en su carne. Una bajaba por la parte delantera de su muslo izquierdo y terminaba en un pequeño amasijo blanco en la rodilla. La otra descendía por la parte externa del muslo izquierdo.

—Desagradable, ¿no?

Cat se mordió un labio, intentando parar las lágrimas, y dijo que no con la cabeza.

—No —le dijo—. No son desagradables —repitió y se incorporó; y para demostrarle que lo que le había dicho lo sentía, lo besó en la pierna izquierda, justo sobre la rodilla, en la parte más profunda de su cicatriz.

—Cat… —gimió, y la cogió por los hombros, hundiendo los dedos en su carne, para mirarla de frente a los ojos.

Y entonces todo ocurrió.

—Quítatelo —le ordenó, tirando de su pijama—. Quítalo de en medio.

Ella asintió, y se puso manos a la obra mientras él sacaba con manos temblorosas uno de los preservativos de la caja.

—Cat… —susurró él, y acudió a los brazos que Cat le extendía —. No puedo… quiero que…

Ella le tapó la boca con la mano.

—Sh… Por favor, ven. Ven a mí.

Dillon gimió y Cat le rodeó con los brazos y gritó cuando él la penetró.

En un solo movimiento, estuvo dentro de ella y se quedó inmóvil un instante.

—Te he hecho daño… —No pasa nada.

—No quería hacerte daño. Quería que esto fuera…

—Shh…

Cat siguió abrazándola, acariciándolo, y lo sintió al borde del precipicio, intentando contenerse.

—Déjate ir —susurró—. Hazlo, por favor.

Dillon gimió y pareció un gemido de agonía hasta que por fin, suspiró. Un suspiro de liberación y de rendición.

Poco después, se separó de ella y se cubrió la cara con una mano. Cat inmediatamente echó de menos sentir el calor de su cuerpo, y se pegó a su costado.

—Menudo desastre, ¿eh? —murmuró.

—Cállate —le contestó ella, dándole en un hombro—. Ya lo haremos mejor. Ha sido nuestra primera vez juntos. Y mi primera vez.

Dillon enredó un rizo alrededor de su dedo.

—Hace mucho tiempo… desde la última vez. Más de un año —dijo, y se echó a reír con sequedad—. Ésa es mi excusa.

—No tienes por qué buscar excusas, Dillon. Conmigo, no.

Se quedó callado un instante.

—Lo sé, y me alegro.

—¿Quieres decir que no has hecho el amor desde antes del accidente de Las Vegas? —le preguntó. Quería estar segura.

—Sí.

Cat volvió a apoyarse sobre su pecho.

—Dillon…

—¿Mm?

—Aunque ha sido corto, creo que podría llegar a gustarme.

Entonces sí que se echó a reír.

—Bien.

—Y no creo que tus cicatrices sean desagradables.

Dillon no contestó, y momentáneamente dejó de acariciarle el pelo.

—Entonces, ¿por qué verlas te ha hecho llorar? Cat se incorporó para mirarlo a los ojos.

—Por varias razones.

—Dime cuáles.

—He llorado porque no me había dado cuenta de lo a punto que has estado de no volver a caminar —dijo después de un instante. Quería elegir las palabras adecuadas.

—Ya.

—Y hay otra.

—¿Ah, si?

—Sí. También he llorado por lo que has tenido que pasar… el dolor, el miedo y el trabajo duro y titánico de volver a ponerte en pie. Has tenido mucho valor.

Simplemente… me sorprendes, eso es todo.

Los puntitos de sus ojos brillaban como si fuesen de oro, y poniéndole una mano sobre la cabeza, le hizo volver a apoyarse sobre su pecho.

—Y yo nunca lloro, Dillon —añadió en un suspiro.

Su risa fue buena y profunda. —De acuerdo, Cat Beaudine.

* * *

Poco después se levantaron y entraron al baño, donde se lavaron el uno al otro con el agua ya fría.

Terminaron otra vez en el dormitorio de Cat, y esta vez, Dillon la colocó sobre él, diciéndole que sabía que iba a gustarle.

Y así fue. Se colocó sobre él con cuidado, pero enseguida comenzó a moverse sobre él, y así continuaron durante un buen rato.

Cat saboreaba cada instante, cada roce, cada olor, cada sonido. Al mismo tiempo que lo disfrutaba con su cuerpo, lo almacenaba en su corazón. La tormenta seguía afuera y en la otra habitación, dormía una niña perdida. Pero allí, en su dormitorio, había un placer sin fin, un arrebato interminable que seguía y seguía…

Al final, Cat sintió que el éxtasis se acercaba, partiendo del centro de sí misma y extendiéndose hacia la noche. En ese momento gritó, aferrándose a él. Dillon gimió en respuesta y siguió moviéndose dentro de ella hasta que su clímax llegó.

Después, Cat cayó sobre su pecho con un suspiro y Dillon la rodeó con sus brazos.

El sueño les sobrevino mientras Dillon le acariciaba lentamente la espalda.

* * *

A la mañana siguiente seguía nevando. La línea telefónica y la electricidad seguían cortadas. La niña estaba inquieta y parecía incómoda, sin duda por la comida que estaba tomando. Por turnos la tuvieron en brazos para calmarla.

A las dos de la tarde, acabaron con el último pañal. A partir de ese momento tuvieron que utilizar las toallas que Cat había reunido y los dos preciosos imperdibles que había encontrado en el costurero.

Dillon estaba compartiendo con ella la tarea de los pañales, lo que Cat le agradecía, sobre todo porque también lavaba su ración de pañales, un trabajo largo y desagradable que tenían que hacer a mano, utilizando el agua que calentaban en la chimenea. Además, los improvisados pañales no se ajustaban demasiado bien, pero Dillon inventó una especie de braga de plástico para colocar encima del pañal, que redujo al máximo los escapes.

En la planta de arriba colgaron una cuerda para tender, que llenaron con pañales, sábanas, toallas e incluso los pantalones de Dillon, que resultaron empapados cuando tenía en brazos a la niña después de haberle quitado un pañal sucio y antes de volver a ponerle el limpio.

Cada vez que la nieve dejaba de caer y que la niña se quedaba dormida, salían con palas para intentar despejar la salida de la casa, pero la tormenta de la primera noche había servido de colchón a la nieve siguiente, lo que había el trabajo lento y penoso. Bajo la nieve fresca, las otras capas estaban heladas. Iban a necesitar un día de trabajo sin nieve para poder despejar la salida.

Pero su aislamiento no era todo duro. Ni mucho menos.

Encontraron tiempo para jugar al Scrabble; Cat era la mejor a la hora de encontrar palabras extrañas y de colocarlas en el mejor sitio, pero Dillon era el mejor haciendo trampas. Después de que Cat le hubiera ganado al Scrabble, eligieron libros de la biblioteca de Cat y se fueron a la cama para leer, tumbados el uno al lado del otro, compartiendo un silencio satisfecho a la luz de la lámpara de queroseno.

Y entre silencio y silencio, le parecía a Cat que hablaban sin fin, sobre todo y sobre nada. El único tema que evitaban, como si existiera un acuerdo tácito de no hablar de ello, era el futuro.

Y a medida que pasaba el tiempo, parecía que la niña iba

aclimatándose, igual que ellos. Al tercer día, sábado, parecía perfectamente acostumbrada a la leche rebajada y al puré de frutas.

El mundo que habían creado para los tres se transformó en un lugar idílico, mágico, sin pasado ni futuro. Cat, durante los días que duró la tormenta, tuvo la sensación de que sólo existía el presente. Cuidar del bebé, cuidar de ellos… y hacer el amor.

Aunque Dillon y ella atendían a la niña, despejaban la salida de la casa, jugaban al Scrabble, leían y charlaban todo el tiempo, Cat tenía la sensación de que lo que más hacían era hacer el amor.

A Dillon le encantaba hacerlo, y a ella había llegado a gustarle tanto como a él.

Descubrió que Dillon podía ser muy imaginativo. Una vez hicieron el amor en la mecedora de su abuela, Dillon sentado en ella y Cat sobre su regazo, y le hizo un comentario que tanto la hizo reír que se despertó la niña.

El sábado, durante una de sus poco efectivas expediciones afuera para intentar despejar la salida, Dillon se acercó a ella por la espalda y le metió un puñado de nieve dentro de los pantalones. Cat lanzó un grito, tiró la pala y cogió un puñado de nieve.

Dillon la miró con los ojos brillándole.

—No te atreverás.

Ella avanzó.

—Tú te has atrevido.

—Eso es distinto.

—De eso nada.

Rápida como un rayo, tiró de la cinturilla de sus pantalones y le metió la nieve dentro, pero desgraciadamente los vaqueros le quedaban ajustados y la mano con el guante se le quedó atascada dentro.

Dillon se echó a reír, y la tiró al suelo.

—Ya te tengo —dijo, con voz de villano de melodrama.

Ella intentó quitárselo de encima.

—Bájate, Dillon.

Entonces fingió sentirse herido.

—Di que no pretendías decir eso.

—Dillon, que hace mucho frío aquí fuera.

—Pues déjame calentarte.

Cat consiguió sacar la mano de sus pantalones, pero el guante se

le quedó dentro.

—Ah, no —le dijo, al mirarlo a los ojos y adivinar lo que estaba pensando—. Aquí en medio, no.

Dillon decidió usar la poesía… y bajarle la cremallera de los pantalones.

—La nieve será nuestro lecho.

—¿Y por qué no puede ser la cama nuestro lecho?

Anda, por favor.

—Me encanta cuando me lo ruegas.

Dillon se quitó el guante de los pantalones y lo tiró a un lado, y con los dientes se quitó el suyo y deslizó la mano por debajo de toda la ropa y del sujetador para acariciarle un pecho.

Cat se estremeció primero… y después suspiró. Dillon se echó a reír y guió la mano de Cat sobre sus pantalones.

Sentirlo así, contra la palma de su mano, excitado por completo bajo la mancha de humedad que había dejado la nieve, le hizo olvidar que estaba helada y que la nieve estaba empezando a caer de nuevo.

—Cat… —gimió él contra sus labios.

Entre los dos, se bajaron lo suficiente la ropa como para poder unirse, y cuando Cat le vio sacar un preservativo del bolsillo, intentó mirarle muy seria.

—Lo habías planeado. Dillon se lo colocó.

—Sí. Soy culpable. Castígame.

Pero lo único que pudo hacer fue gemir y suspirar cuando volvió a penetrarla.

—Dilo otra vez —murmuró él.

Y así lo hizo, varias veces además. Era tan maravilloso tenerlo dentro de ella… Dillon comenzó a moverse, y ella con él, allí, en la cama de nieve, a las puertas de su casa.

Cuando el clímax llegó, Cat abrió los ojos. El cielo era un torbellino blanco, y los copos de nieve le caían en la cara, primero secos, luego fríos y húmedos cuando el calor de su cuerpo los derretía. Entonces gritó, apretándose aún más contra él, y Dillon siguió moviéndose sobre ella, cada vez más fuerte, hasta que su propio éxtasis llegó.

Varios minutos más tarde, se levantaron, dejaron las palas en el porche y entraron en la casa. La niña se había despertado y movía

los brazos hacia el techo, riendo y palmoteando. La luz seguía cortada y cuando Dillon intentó utilizar el teléfono, tal y como venían haciendo cada cierto tiempo, lo encontró sin línea, tal y como llevaba desde el jueves por la tarde.

Prepararon la cena y después le dieron de comer a la niña. Luego vino el tiempo de hacer la colada, y cuando la niña volvió a dormirse, leyeron un rato y volvieron a hacer el amor.

A las tres de la mañana, la niña volvió a despertarse. Los dos se levantaron juntos, la cambiaron y le dieron de comer.

—Escucha —susurró Dillon cuando la niña volvía a quedarse dormida en sus brazos.

—¿Qué?

—No hay ruido fuera —dijo, y dejó a la niña en la cuna.

Se vistieron rápidamente y salieron de nuevo al camino, dónde otros seis centímetros de nueve habían caído desde aquella misma tarde. En lo alto, las estrellas eran como minúsculos puntitos de hielo, lejos en la oscuridad del cielo.

—Ha aclarado —dijo Cat—. Puede que sea éste.

—¿El qué?

Su voz sonó áspera.

—El día que salgamos.

Dillon tiró de ella y la abrazó, y sin decir nada, la besó en los labios con tal dulzura que Cat sintió una tremenda tristeza cuando el beso terminó.

—Dillon… —susurró, rodeándole con los brazos el el cuello.

—¿Qué?

—Hazlo otra vez.

—Encantado.

Y volvió a besarla una vez más, antes de volver a entrar en la casa y hacer de nuevo el amor con un hambre fiera y devastadora que la dejó, al final, marcada por él, suya de una forma que ella ni siquiera había sospechado que existiese.

* * *

Cuando amaneció, la luz del día llegó acompañada del sol. Tenían que salir o que subir al primer piso para verlo, porque la nieve

había tapado las ventanas del piso de abajo. Tan pronto desayunaran y cambiaran a la niña, saldrían para despejar una vez más el camino.

El fluido eléctrico quedó restablecido a las nueve. Cat entró a echarle un vistazo a la niña cuando se encontró con la luz de la cocina. Entonces miró el teléfono, pero seguía sin línea, así que encendió la televisión y conectó con una cadena de Reno antes de llamar a Dillon para decirle que ya tenían luz.

Mientras él venía, calentó un poco de leche, para la niña, y tras cogerla en brazos, entró al salón y se acomodó en el sillón.

La niña se había tomado ya la mitad del biberón cuando pusieron un resumen de noticias.

—La pequeña Alexa Todd sigue desaparecida —dijo el presentador al tiempo que la fotografía de un bebé con un vestido lavanda apareció en la pantalla—. Hace ya setenta y dos horas que desapareció, cuando una mujer mentalmente perturbada la secuestró en un mercado local y la dejó posteriormente en un todoterreno grande y rojo. Las autoridades confían en que, ahora que la tormenta ha remitido, el propietario del vehículo se presente ante ellos para facilitar información que pueda conducir a la recuperación de la pequeña de cuatro meses.

La fotografía de la niña fue reemplazada por unos pinos sepultados bajo la nieve y lo que parecía ser una autopista.

—En otro orden de cosas, la tormenta de tres días parece haber remitido al fin, y gran parte del norte de California sigue intentando salir de entre la nieve, después de lo que ha sido la peor tormenta de las dos últimas décadas…

La voz siguió sonando, pero Cat ya no la oyó. Seguía pensando en la fotografía que había visto de la niña. La que había aparecido en la televisión era más pequeña que la que ella tenía en aquel momento en los brazos, pero habría reconocido aquellos ojos en cualquier parte, así como el hoyuelo de la barbilla.

Su niña perdida tenía un nombre… y seguramente unos padres que debían estar sufriendo una tremenda agonía. Imaginarse lo que debían estar pasando, fue lo que puso en marcha a Cat.

Se levantó y le quitó el biberón a la niña, que la miró con los ojos muy abiertos.

—No te preocupes cariño. No pasa nada. Vamos a buscar a tu

papá y a tu mamá ahora mismo.

Se acercó entonces al teléfono y se puso el auricular en la oreja. Seguía sin haber línea. Dejó rápidamente a la niña en la cuna y se acercó a Dillon para decirle que tenían que ir a la ciudad, y rápido.

Capítulo 10

Tuvieron que estar tres horas más partiéndose la espalda, pero a las doce consiguieron tener lo bastante despejado el camino para poder salir con el Land Cruiser. Entonces volvieron a entrar a probar el teléfono, pero seguía sin funcionar.

Tardaron unos cuantos minutos más en recoger un poco y comer algo rápido.

Después, Cat dio de comer y cambió de pañal a la niña, y la envolvió en su manta rosa y en otra más para que no tuviera frío. Entonces, con la niña en sus brazos, se colgó de un hombro la bolsa de los pañales y siguió a Dillon fuera de la casa.

En el camino, se encontraron a Nestor Brinkman, que trabajaba para el ayuntamiento y que era un par de años mayor que Cat. Nestor conducía una máquina quitanieves, y había decidido pasarse por casa de Cat para echarle una mano, y con la máquina ensanchó el camino que Dillon y ella habían hecho.

Cat le dio las gracias.

—No es nada —contestó Nestor, y saludó también a Dillon, pero con los ojos puestos en el bulto que Cat llevaba en los brazos—. ¿Qué llevas ahí?

—Un bebé.

—¿Un qué? —Nestor sonrió—. Hay que ver lo rápidos que sois.

Cat lo miró con paciencia.

—Muy gracioso, Nestor.

Dillon le explicó brevemente cómo había encontrado al bebé en el coche y que estaban seguros de que era la niña que había

desaparecido en Reno hacía unos días.

Nestor casi no podía creérselo.

—Ah, sí. Yo también he oído hablar de lo de la niña. Ha estado saliendo en todos los telediarios.

Cat asintió.

—El teléfono sigue sin línea, así que no podemos llamar a nadie para decírselo. Tenemos que llegar a la oficina del *sheriff* inmediatamente.

—Buena idea. Encontraréis la carretera despejada hasta la ciudad, y yo voy a llamar por radio a la comisaría para decirles que vais de camino.

* * *

El viaje fue muy lento, porque la carretera estaba despejada pero peligrosamente helada. La niña, mecida por el traqueteo del coche, se durmió inmediatamente.

Dillon no apartaba la vista de la traicionera carretera y Cat tampoco, casi como si con su voluntad pudiese hacer que el coche avanzase más deprisa. Le parecía muy urgente llegar a la ciudad lo antes posible.

Pero iban los tres tan en silencio, que al cabo del rato su mente empezó a divagar, empezó a darle vueltas a cosas que hubiera sido mejor no tocar. Se dio cuenta de que prisa no era lo único que sentía. Debajo estaba la tristeza y una tremenda sensación de pérdida.

Durante tres días mágicos, Dillon y ella habían jugado a ser una familia con aquella niña salida de ninguna parte. Y sin embargo, dentro de un momento, la niña que ahora dormía confiada en sus brazos, volvería con sus verdaderos padres, que era dónde debía estar. Podía no volver a ver jamás aquellos preciosos ojos azules.

Cuidadosamente, le destapó un poco la cara a la niña. Sabía que debía sentirse bien, incluso orgullosa. Dillon y ella habían hecho todo lo posible por la niña, que volvería con sus padres sana y feliz. Lo que hubiera podido ser una tragedia se había convertido en una de esas historias que sus padres le contarían cuando creciera, cómo se perdió en una tormenta y fue cuidada por unos amables extraños

durante tres días.
Amables extraños.
Eso es lo que Dillon y ella serían para la niña. Eso era lo que de verdad eran para ella. No sacaría nada de darle la espalda a la verdad.
El problema es que en algún momento, durante esos tres días mágicos de la tormenta, Cat había traspasado la línea y había empezado a pensar en la niña como suya.
Tal y como había empezado a pensar en Dillon.
—¿Cat?
Levantó la mirada y se encontró con el ceño de preocupación de Dillon.
—Cat, ¿estás bien?
—Sí. Sí, estoy bien.

* * *

Cuando por fin llegaron a la comisaría, se dieron cuenta inmediatamente de que el mensaje de Nestor los había precedido. Wanda Spooner, que era la cuñada de Lizzie y también la representante local de los servicios de Protección de Menores, estaba ya allí.
Dos agentes flanqueaban a Wanda cuando Dillon y Cat atravesaron las puertas de cristal que daban a la zona de recepción. Uno de los oficiales era Don Peebles, uno hombre del pueblo. El otro no le resultaba conocido.
—Vaya —exclamó Don—, qué gusto da veros.
Se hicieron rápidamente las presentaciones y entonces Don y el otro oficial llevaron a una sala a Dillon para tomarle declaración.
Wanda y Cat se quedaron mirándose la una a la otra por encima del rollito de mantas que ahora empezaba a moverse.
—Trae, yo la cogeré —dijo Wanda, extendiendo los brazos.
Cat le entregó a la niña. Durante el cambio, la manta cayó al suelo.
—No pasa nada. Puedes quedarte ya con ella —sugirió Wanda.
Cat se incorporó con la manta en el brazo, y justo en aquel momento, la niña empezó a gimotear y a estirar las manitas, como

si quisiera que Cat volviese a cogerla.

—Vale, vale. No pasa nada —la calmó Wanda.

Cat se aferró a la manta y miró hacia otro lado. Estaba sintiendo un deseo irrefrenable de tirar de la niña y salir corriendo con ella en brazos.

Wanda le colocó bien la manta alrededor del cuerpo.

—Eso es. Así está mejor —dijo, y después miró a Cat—. Ya hemos avisado a los padres. Están de camino.

—Bien. Eso es estupendo —dijo Cat, pero le dolían los brazos del vacío que sentía en ellos.

Wanda siguió susurrándole cosas a la niña, y Cat miró hacia otro lado, deseando estar fuera de allí. Miró más allá del mostrador de recepción hacia donde Dillon había desaparecido con los dos oficiales. Ojalá saliera pronto.

—Supongo que debería quedarme con la bolsa de los pañales —dijo Wanda.

—¿Qué?

—La bolsa de los pañales.

—Ah, sí, claro. —Cat se la quitó del hombro y se la entregó, pero después recordó que estaba vacía—. Nos quedamos sin pañales el viernes, así que me temo que sólo hay toallas ahí dentro. Hemos estado usándolas de pañales. Y bolsas de plástico por encima para evitar los escapes.

Wanda sonrió.

—Eres muy ingeniosa.

«Ingeniosa es mi segundo nombre, le dijo. Y Dillon había contestado: Y yo pensando que tu segundo nombre era Desiree…».

Jamás había disfrutado tanto durante una tormenta.

Jamás se lo había pasado tan bien. Punto. En toda su vida. Dillon y ella y la pequeña niña perdida. Una familia instantánea durante tres días maravillosos.

Y ahora todo había terminado. El mundo real volvía a ocupar su sitio.

A espaldas de Cat se abrieron las puertas de cristal, y una ráfaga de aire frío entró en la habitación antes de que volvieran a cerrarse. El *sheriff* local había llegado, junto con otros dos oficiales.

—¿Catherine Beaudine? —le preguntó directamente el *sheriff*.

—Sí.

Sobre sus cabezas, la luz de los fluorescentes parecían demasiado blancas. Desde alguna parte, les llegaba música de *rock and roll*, y de una radio que había detrás del mostrador, había un ruido constante de voces y crujidos.

El *sheriff* le estrechó la mano con entusiasmo.

—Ha sido una noticia fantástica —dijo, y miró a Wanda Spooner —. ¿Qué tal está? —le preguntó mirando a la niña.

—Parece que bien, *sheriff*.

—Estupendo —pasó una mano por los hombros de Cat y sonrió —. Tan pronto haya terminado con Wanda, quiero un informe completo de todo lo ocurrido.

Cat intentó sonreír. Estaba claro que sus intenciones eran buenas, pero en lo único que podía pensar en aquel momento era en que le quitara la mano del hombro.

—Estaré encantada de contarles todo lo que necesiten saber.

—Muy bien.

El *sheriff* volvió a apretarle el hombro y después la soltó.

—¿Qué ha estado comiendo? —preguntó Wanda.

A Cat el pensamiento le funcionaba con mucha lentitud.

—¿Perdón?

—La niña. ¿Qué le han estado dando de comer?

Cat se lo explicó.

—¿Problemas digestivos?

—Sí, al principio, pero ahora parecer haberse acostumbrado bastante bien.

—Estupendo. ¿Algo más que yo deba saber? —Cat debió mirarla con expresión de estar en blanco, porque Wanda elaboró un poco más la pregunta—. Sobre Alexia. Algún ronchón, alguna reacción extraña… ¿ha tenido fiebre?

—Que yo sepa, no.

Las puertas de cristal volvieron a abrirse y Xavier Mott, uno de los miembros de las dos familias de médicos de Red Dog City, entró.

—Aquí está el médico. —Wanda miró entonces a la niña y le habló con ternura—. Va a mirarte de arriba a abajo —dijo, y se volvió después hacia el *sheriff*—. Ya puede hacerle todas las preguntas que necesite a Cat. Si yo necesito preguntarle algo más, ya lo haré antes de que se vaya.

—De acuerdo —contestó el *sheriff*. Condujo a Cat detrás del

mostrador a través de un corredor del que partían varias habitaciones, de las que eligió una y los dos entraron. Cat se sentó en una silla frente a una mesa, y allí otro oficial y una mujer esperaban frente a la pantalla de un ordenador. El oficial le preguntó su nombre completo, dirección y número de teléfono. Cat le facilitó todos los datos que él registró en el ordenador.

—Muy bien —dijo el *sheriff*, sonriendo—. ¿Quiere contarnos cómo encontró a la niña y todo lo que ha pasado desde entonces?

Cat le contó todo lo que quería saber, y el *sheriff* la escuchó sin decir nada, sólo interrumpiéndola para hacerle algunas preguntas al principio sobre lo que Dillon le había contado de cómo había ido a parar la niña al asiento trasero de su coche. Estaba acabando cuando Dillon apareció con los otros dos oficiales, Don Peebles y el otro al que Cat no conocía.

—¿Qué piensas, Don? —preguntó el *sheriff*.

Don Peebles se encogió de hombros.

—Lo que Dillon me ha contado encaja con lo que me dijo la mujer. Ella dice haber dejado a la niña en un vehículo rojo todoterreno en la misma gasolinera donde Dillon se detuvo a echar gasolina. Dejó el coche para ir a lavabo y ella aprovechó el momento para dejar a la niña en el asiento trasero.

El *sheriff* puso un pie sobre la mesa y movió lentamente la cabeza.

—Una historia triste. La hija de la señora Rankin murió hace unos tres meses de neumonía. Era prácticamente de la misma edad que la hija de los Todd. La señora Rankin ha estado inestable desde entonces, y cuando vio a Alexia en el mercado, aprovechando que su madre estaba de espaldas…

—Robó a la niña —intervino Dillon.

—Eso es —dijo el otro oficial—. Pero después de haberlo hecho, se asustó. Se sentía confundida, no podía pensar con claridad, y cuando la policía de Reno la interrogó, dijo que había dejado a la niña en un enorme todoterreno rojo.

—Pero todo se ha solucionado, gracias a vosotros, amigo —añadió el *sheriff*.

—Nos alegramos de haber podido ayudar.

Cat no veía más que el momento de escapar.

—Entonces, ¿ha terminado ya con nosotros?

Hubieron unas cuantas palabras más de agradecimiento y unos cuantos apretones de manos más y el *sheriff* estuvo de acuerdo en dejarlos marchar, por supuesto.

Dillon asintió.

—Llámenos si hay algo más.

Lo haremos.

Cat se puso de pie. Dillon le tendía una mano y Cat la aceptó, aliviada al sentir la firmeza de su mano. Sin embargo, hubiera podido jurar que Don Peebles, a quien conocía desde el jardín de infancia, contenía el aire por la sorpresa de verla cogida de la mano de Dillon. No era de extrañar. Cat Beaudine dándole la mano a un hombre.

El otro oficial se aclaró la garganta.

—Pasen por aquí, por favor.

Los acompañó hasta la recepción, pero les pidió que esperasen un momento cuando otro de los agentes le hizo una señal. Los dos hablaron brevemente.

—Wanda quiere verlos antes de que se vayan —dijo, y señaló la fila de sillas que esperaban a lo largo de la pared a ambos lados de la puerta—. Siéntense.

Cat y Dillon se quedaron de pie mientras él iba a buscar a Wanda. A cada minuto que pasaba, Cat se sentía más incómoda. Era un lugar tan público que cualquiera que pasase podría ver que Dillon y ella se habían dado la mano. Disimuladamente tiró un poco, confiando en que él la soltase, pero Dillon le guiñó un ojo y le dijo al oído:

—No pienso soltarte.

Cat miró para otro lado, con las mejillas rojas como la grana, y fue entonces cuando vio a aquella mujer.

Era joven y bastante atractiva, vestida con un abrigo rojo y llevaba una cinta a juego en el pelo cobrizo. Estaba sentada junto a la puerta y los miraba atónita. Cat sabía lo que estaba pensando: no podía comprender qué podía ver un hombre como Dillon en una mujer como ella.

Justo en ese momento apareció Wanda.

—Gracias por haberme esperado.

—¿Dónde está la niña? —preguntó Cat. Era en la niña en lo único que podía pensar.

—No se preocupe —la tranquilizó Wanda—. Alexia está bien. El doctor Mott está haciéndole un chequeo.

—Ah. Muy bien —dijo Cat, sintiéndose ridícula, e intentó ser algo más civilizada—. ¿Quería hablar con nosotros?

—Sí. Esperaba que quisieran quedarse hasta que llegasen los Todd. No creo que tarden más de media hora.

Cat se la quedó mirando. Conocer a los padres de la niña era lo último que quería hacer.

Dillon pareció percibir la inquietud de Cat.

—¿Hay alguna razón por la que tengan que encontrarse con nosotros?

—No; simplemente para darles las gracias. Conocer a las personas que se ocuparon tan bien de su hija.

Dillon miró a Cat.

—Bueno, ¿qué te parece?

Cat contestó que no con la cabeza, pero casi sin moverla. Simplemente no podía hacerlo. No en aquel momento. Era demasiado: Dillon cogiéndole la mano y Don Peebles mirándolos boquiabierto; aquella mujer contemplándolos con incredulidad. Se sentía como si se hubiese despertado a una pesadilla después de la tranquilidad y la felicidad de los últimos tres días. Dillon contestó por los dos. —No. Creo que nos vamos a marchar.

—¿Puedo darles su número de teléfono? —preguntó Wanda.

—¿A los padres de la niña? —preguntó Dillon—. Por supuesto. ¿Tiene dónde apuntar?

Wanda les contestó que cogería los números de los informes policiales. Dillon siguió con las cortesías de rigor y al final, salieron de allí.

Atravesaron las puertas de cristal y Cat se sintió aliviada, pero sólo por un momento, porque Rudy Crebs, editor y director del Red Dog City Clarion los esperaba en las escaleras.

—Dillon, Cat… Tenemos que hablar.

—Ahora no, Rudy. Llámame más tarde, ¿quieres? Dillon rodeó al editor con Cat su lado.

—Vamos, hombre. La historia de la niña va a tener dimensión nacional. Dadle una oportunidad al periódico local.

Dillon siguió caminando, pero le habló por encima del hombro.

—Más tarde. Te lo prometemos.

Rudy seguía hablándoles cuando se subieron en el Land Cruiser.
—¿Cuándo? Decidme cuándo.
Dillon hizo un gesto con la mano y puso el motor en marcha.
—¿Cómo se habrá enterado tan pronto? —se preguntó Cat en voz alta cuando cogieron el tramo de autopista que los conduciría a Barlin Creek Road.
Dillon se encogió de hombros.
—Es periodista. Tienen radar, créeme.
—Ha dicho que será una noticia de alcance nacional. —Puede que tenga razón. Es una historia de interés humano, si te paras a pensarlo.
Cat se apoyó contra el respaldo y cerró los ojos.
—Sí, supongo.
Al fin y al cabo, Dillon era una celebridad y la niña, un encanto. Además, la historia había tenido un final feliz.
Cat seguía llevando en la mano la manta. Sus pliegues estaban aún calientes, y sabía que si se lo acercaba a la nariz, olería a la niña. Esa sensación de vacío volvió a apoderarse de ella.
—¿Estás bien, Cat?
Siguió con los ojos cerrados e intentó hablar sin parecer afectada.
—Estoy bien. Bien.
Cuando llegaron a la casa, Dillon paró el coche, y cuando Cat abrió los ojos, se encontró con que él le sonreía.
—Hogar, dulce hogar —dijo él.
Cat se forzó a sonreír, y entonces se dio cuenta de la cantidad de cosas que tenía que hacer. Y seguro que él también.
—¿Sabes? Creo que sería mejor que fueras a tu casa para asegurarte de que todo anda bien por allí… por la tormenta, quiero decir.
Su sonrisa se desvaneció.
—¿Qué está pasando aquí?
—Nada.
Dillon miró primero a través del parabrisas y después a ella.
—Mira, si alguna tubería ha estallado o algo, sólo tengo que llamar a la encargada de mantenimiento. A ti. Es más, incluso podrías venir conmigo ahora.
—No, por favor. Deberías ir a echar un vistazo. Y yo tengo que ir

a ver las casas de las que me ocupo para la agencia.

—Cat, ¿qué te ocurre? ¿Qué pasa?

—Nada. De verdad —volvió a mentir—. Yo solo… me gustaría tener un poco de tiempo para mí misma.

Dillon no dijo nada y después le preguntó:

—¿Cuánto tiempo?

Cat no supo cómo contestar a aquella pregunta. El viaje a la ciudad le había mostrado demasiadas cosas. Echaba de menos a la niña y quería a Dillon, la niña había desaparecido y Dillon estaba… estaba intentando conectar con ella, eso estaba claro. Pero por alguna razón, ella no podía conectar con él.

—¿Cuánto tiempo necesitas, Cat?

Su voz era razonable, casi demasiado razonable. Sonaba incluso peligrosa, y Cat sabía que si no se andaba con cuidado, habría una confrontación, y no creía poder aguantarlo.

—¿Cuánto tiempo, Cat?

—No lo sé…

—Pues más vale que lo hayas averiguado para esta noche, porque voy a llevarte a cenar.

Cat parpadeó varias veces.

—¿Qué vas a qué?

Dillon se echó a reír y ella tuvo la certeza de que el momento peligroso había pasado, al menos aquel momento.

—No tienes por qué sorprenderte tanto. Vamos a salir a cenar y no tienes por qué preocuparte, que no es tan complicado. Uno se sienta a la mesa, el camarero le sirve la comida y tú comes y disfrutas de la compañía, es decir, de mí.

Cat fue a decir que no podía, pero él le sonreía con tanta ternura que…

—Por favor…

—De acuerdo.

—Fantástico —exclamó, y la besó brevemente en los labios—. Te recogeré a las siete y media.

Un momento después, Cat estaba de pie en el porche lateral, con la manta en una mano y despidiendo con la otra a Dillon. En cuanto se alejó, entró en la casa, dejó la manta, cogió las llaves y salió a revisar las casas.

Dos horas más tarde, estaba de nuevo en casa. Lo primero que

percibió al entrar fue lo vacía que parecía su pequeña cabaña. Lo segundo fue la cuna, aún en medio de la cocina, cerca del calor de la chimenea.

Ver aquella imagen le llenó los ojos de lágrimas. No podía soportarlo, así que la cogió junto con la manta y la subió al maletero, que era donde debía estar.

Después, recogió todas las sábanas y toallas que habían tendido dentro de la casa. Uno de los pijamas de la niña se había quedado allí. Con las prisas por salir, se había olvidado de meterlo en la bolsa, y encontrárselo fue la gota que colmó el vaso y a punto estuvo de tirar de él y echarse a llorar hasta que las lágrimas lo calasen, pero consiguió controlarse. Lo dobló cuidadosamente y lo puso sobre las otras cosas que ya había doblado. Más tarde, quizás dentro de unos días, decidiría si estaba dispuesta a hacer el esfuerzo de devolvérselo a sus padres.

Una vez hecho todo eso, volvió a bajar, abrió la nevera y sacó los cacharros llenos de nieve que habían mantenido fresco el frigorífico mientras la tormenta.

Reparó en que había mensajes en el contestador, lo que quería decir que el teléfono volvía a funcionar, pero no fue capaz de obligarse a ver quién había llamado.

Lo que hizo a continuación fue darse una ducha, una larga y tranquila ducha que gastó toda el agua caliente. Apenas había tenido tiempo de vestirse cuando sonó el teléfono.

La verdad es que no le apetecía lo más mínimo, pero no tenía más remedio que hacerlo. No había escuchado los mensajes y la línea llevaba demasiado tiempo cortada, así que se quedó de pie junto al teléfono para ver quién era.

Tal y como había sospechado, era Adora. Cat cogió el teléfono.

—Menos mal —suspiró Adora aliviada—. ¿Qué tal estás?

—Bien. ¿Cómo voy a estar?

—¿Cómo puedes estar tan tranquila?

—¿Qué quieres decir?

—Cat, ya lo sabe todo el mundo lo de esa pobrecita niña y Dillon. Todo el mundo habla de ello.

—¿Quién es todo el mundo?

—Vamos, Cat. Lizzie me ha llamado, y también Tasha Brinkman. Incluso Rudy Crebs me ha preguntado si he hablado con vosotros y

si tenía algo que decirle al periódico. Dice que va a salir en las noticias. Sois héroes, Cat.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto. Habéis salvado a esa preciosa niña.

Cat no quería pensar en esa preciosa niña.

—Hemos hecho lo que habría hecho cualquiera.

Adora se quedó un instante en silencio.

—Cat, ¿qué tal estás? ¿Todo va… bien?

—Todo va bien. —Cat se preguntó cuántas veces había dicho eso mismo durante las últimas horas—. Bien.

—Claro.

—Adora parecía estar intentando convencerse. —¿Quieres que vaya?— le preguntó con preocupación.

Cat no quería que fuera, pero sabía que Adora y ella tenían que hablar.

—Mira, yo…

Adora no la dejó terminar.

—No importa. Ahora que lo pienso, es un mal momento.

—Pero yo…

—No importa, de verdad. Bueno, ahora tengo que dejarte.

Adora colgó el teléfono antes de que Cat pudiese decir una palabra más.

Capítulo 11

Dillon no encontró nada dañado por la tormenta en su casa. Alguien con un quitanieves, seguramente Nestor Brinkman, había despejado el camino de entrada. Dentro tampoco había daños. Todo parecía funcionar. Cuando revisó los mensajes del contestador, se encontró con el que Cat le había dejado el primer día de la tormenta.

Rebobinó el mensaje tres veces, sólo para oírla pedirle que la llamase para saber que estaba bien. Oírselo decir le levantó la moral, calmó la sensación de inquietud que había estado teniendo desde que la había dejado en su casa.

Cat no era una mujer fácil; en ningún sentido. Pero era evidente por su tono de voz de aquel mensaje que le importaba… y eso había sido antes de los tres días que habían pasado juntos.

Las cosas iban a salir bien, se dijo mientras entraba en el cuarto de baño para darse la ducha con la que había estado soñando los dos últimos días. Sólo tenía que darle tiempo.

Una vez se hubo duchado, llamó al Spotted Owl Restaurant y reservó una mesa para las ocho. Y en cuanto colgó, el teléfono empezó a sonar.

Durante las horas que siguieron, fue como si todos los periodistas del oeste del país lo hubiese llamado. La historia del desafiante Dillon, la mujer del bosque y la niña había corrido como la pólvora, y todo el mundo quería conocerla de sus propios labios.

A los primeros que llamaron no les contó nada que no supieran ya, pero luego se dio cuenta de que ya no tenía por qué seguirle el

juego a los medios de comunicación, y conecto el contestador automático.

Para cuando salió de su casa para ir a buscar a Cat aquella noche, cuatro periodistas habían aparecido en su puerta y a los cuatro les había pedido que se marchasen. Cuando cogió Barlin Creek Road, una furgoneta lo siguió.

«Estupendo», se dijo. Estaba intentando pasar una noche íntima y tranquila con la mujer más reservada que había conocido_ nunca y una furgoneta cargada de periodistas estaba siguiéndolo a su casa.

Mientras Dillon conducía hacia su casa, Cat estaba de pie en el baño, vestida solo con la ropa interior. Estaba estudiando su pelo, que parecía haber sido cortado a mordiscos, sus manos ásperas y su cara lavada y falta de refinamiento en el espejo que tenía detrás de la puerta.

La verdad es que no había mucho a lo que mirar, pensó con tristeza. Y desde luego no era ella la persona que pudiese ganar el corazón de uno de los hombres más atractivos y encantadores que había conocido.

En lo que respectaba a Dillon, estaba fuera de perspectiva y tenía que admitirlo.

Él quería invitarla a salir, pero ella no sabía nada de todo eso. Tal y como él se había imaginado desde el primer momento, nunca había salido con chicos. Ni siquiera tenía un vestido que ponerse, razón por la cual seguía en ropa interior diez minutos antes de la hora en que Dillon tenía que llegar a recogerla. Y si hubiera tenido un vestido, se sentiría completamente ridícula con él. No había vuelto a ponerse uno desde el funeral de su padre, y aún entonces sólo lo había hecho porque su madre había insistido.

Con un suspiro, Cat abrió la puerta del baño y entró en la habitación. Tendría que conformarse con… ¿con qué? Pues con unos vaqueros y una camisa, ambas cosas nuevas, pero nada femeninas. En el fondo del armario encontró unas botas de *cow-boy* que se había comprado hacía un par de años en un viaje a Tahoe, y mientras se las ponía, se dijo: «¡Vaya! ¡Esto sí que es ir a la moda!».

Cuando hubo terminado de vestirse, entró de nuevo al baño para volver a mirarse en el espejo. Estaba tan poco favorecida como antes, pero vestida.

En ese momento, alguien llamó a la puerta de la cocina.

¡No! Ése tenía que ser Dillon.

Fue a gritar que entrase, que la puerta estaba abierta, pero se lo pensó mejor. Durante la tarde, varios periodistas habían llamado a su puerta, y ella los había despedido, pero algunos habían insistido.

Volvieron a llamar a la puerta. Cat volvió a remeterse la camisa por tercera vez, se pasó las manos por las caderas para alisar unas arrugas que no existían y por fin, acudió a abrir la puerta.

Sólo con verlo, aun pocas horas después de haberse separado, hizo que su corazón latiese acelerado. Iba vestido de una forma muy parecida a la suya… pero claro, es que él era el hombre de aquella cita, por lo cual a él le quedaba mucho mejor. Y además, era tan atractivo… Cada vez que lo veía, se lo parecía aún más, si es que eso era posible.

—¿Puedo pasar?

Cat se hizo a un lado y Dillon entró y cerró la puerta.

—Me temo que debo advertirte algo.

—¿El qué?

—Pues que no estamos solos del todo.

Ella se lo quedó mirando sin comprender hasta que se dio cuenta de lo que quería decir.

—¿Los periodistas? Dillon asintió.

—Hay una furgoneta aparcada justo donde termina el camino de tu casa. Y hay también un par de tipos en un Chevrolet último modelo al otro lado de la furgoneta, así que va a ser toda una aventura salir de aquí.

—¿Crees que van a seguirnos?

—Sí. Y cada vez que estemos a menos de dos metros de ellos, van a intentar hablar con nosotros. Puede que nuestra cena no resulte tan íntima como yo esperaba. Cat se frotó las sienes y se sentó en una de las sillas de la cocina.

—Vaya… Dillon, no sé si…

—¿No sabes qué? —suspiró él. Cat no podía mirarlo.

—¿Qué? —insistió.

—Es que… No sé si voy a poder con todo esto.

—¿Todo el qué?

—Todo —dijo con un gesto de la mano—. Es demasiado.

—¿Qué es demasiado?

—Todo —volvió a decir—. Los periodistas. El bebé…

—¿Qué pasa con el bebé?

—Pues que no voy a volver a verla.

Dillon se quedó pensativo un instante.

—No creo que tenga por qué ser así.

Cat se sintió de pronto enfadada con él; sabía que era algo irracional, pero no pudo evitarlo.

—¿Qué dices? Se ha ido. Eso es un hecho —espetó.

—Cat, hay otras opciones. Si quieres, puedes ponerte en contacto con los padres y ellos te…

—Ésa es la cuestión: que no quiero hacer precisa mente eso. No podría soportar volver a verla. Le he cogido demasiado cariño. No quería que ocurriera, pero sin saber cómo, así ha sido.

—Pero si vuelves a verla y conoces a sus padres, podrías empezar a…

Pero Cat no quería escucharlo.

—No. No quiero volver a verla —de pronto, las de más cosas que le molestaban empujaron también para salir—. Y eso no es todo, Dillon. Hay muchas cosas más.

—¿Qué más?

—Es que… no puede funcionar. Tú y yo. Tienes que comprenderlo. Yo no quería que pasara esto, y ahora no sé cómo digerirlo.

—Cat… —¿Y qué pasa con Adora? También hay que pensar en ella. Aún no hemos hablado. ¿Cómo voy a salir a cenar contigo cuando he sido tan cobarde que no me he atrevido a contarle lo que hay entre tú y yo? Sería terrible para ella vernos a los dos juntos o enterarse por terceras personas. ¿Es que no te das cuenta? Tienes que comprender que…

Pero él no parecía comprender nada en absoluto.

—¿Eso es todo?

—Sí. Bueno, no. Por favor, Dillon… no puedo salir contigo esta noche. Compréndelo.

Pero él tiró de su mano y la hizo levantarse, y una vez de pie, la abrazó.

Sentir su cuerpo mitigó toda la tensión que había estado sintiendo. Apoyó la cabeza sobre su pecho.

—Por favor, Dillon. De verdad que no puedo.

—Sh… Sh… Claro que puedes. Verás como sí.

—Dillon, yo…

—Sh…

Dillon se inclinó y la besó en los labios. Cat intentó recordar todas las razones por las que lo suyo no podía funcionar, pero sintiendo su cuerpo pegado y sus brazos rodeándola era difícil recordar otra cosa que no fuera lo mucho que deseaba que la abrazase.

—Bésame, Cat —murmuró él—. Todo va a salir bien.

Y con un suspiro, Cat se encontró haciendo lo que él le pedía: besándolo, deslizando las manos por su pecho hasta rodearle el cuello, arqueando su cuerpo como un arco. En aquel momento, todo parecía posible; juntos, podrían conquistarlo todo, incluso todas sus dudas y temores.

Pero en aquel momento, alguien llamó con los nudillos a la puerta de la cocina, y antes de que Cat pudiera registrar el sonido, la puerta se abrió de par en par y hubo un fogonazo de luz. Se oyó el gemido de sorpresa de alguien y Cat abrió los ojos. Después, lentamente, se dio la vuelta en los brazos de Dillon y miró. Adora estaba allí, su rostro la viva imagen de la incredulidad. Detrás de ella, había un hombre con la cámara en alto, y el *flash* volvió a dispararse.

—Gracias, amigos —dijo el fotógrafo.

—¿Qué demonios es esto? —masculló Dillon, y echó a andar hacia el fotógrafo, que dio media vuelta y salió corriendo.

Cat se había olvidado del fotógrafo. En lo único que podía pensar era en Adora.

—Adora, por favor, yo…

—¡No! —gritó ella—. ¡No te acerques a mí!

Y también ella dio media vuelta y salió a todo correr.

—¡Adora! —exclamó Cat, e hizo ademán de salir detrás de ella, pero Dillon le bloqueó el paso.

—Déjala ir.

—Tú no lo comprendes. Tengo que detenerla.

—No, no tienes que hacerlo.

Cat intentó pasar de largo, pero él volvió a bloquearle la salida.

—¡Fuera de mi camino!

Dillon la sujetó por los hombros.

—Se le pasará.

—Suéltame.

—Mírame, Cat —dijo, y esperó hasta que lo hizo—. Déjala sola. Deja que lo asimile.

Pero Cat no podía hacerlo. Se sentía demasiado culpable.

—No. Yo… la he traicionado. Ella siente algo por ti… y yo…

—Ninguno de los dos ha hecho nada malo, Cat. Deja de castigarte. Tú no eres el padre sustituto de Adora.

Ella es ya una mujer adulta, y tú también.

Eso ya fue demasiado.

—¡No me digas quién soy! Sal de mi camino, Dillon. ¡Sal de mi vida!

Dillon quitó las manos de sus hombros y se quedó mirándola fijamente a los ojos, buscando algo que ella simplemente no podía darle. Entonces dio media vuelta, abrió la puerta pero volvió a cerrarla.

—¿Lo dices de verdad, Cat?

El corazón se le estaba rompiendo… lo sentía deshacerse en mil pedazos dentro de su pecho, pero asintió.

—He intentado decírtelo, pero tú no has querido escucharme. Simplemente no… no estoy hecha para esto.

—Sí, sí que lo estás —parecía tan triste que Cat se preguntó qué era lo peor: esa mirada larga, penetrante, o su tristeza de aquel momento—. Tienes miedo; eso es lo que te pasa. Y estás dejando que el miedo te gane la partida. Yo no voy a rogarte, Cat. Te dije el primer día que te besé, que es cosa de dos.

—Pero es que yo no puedo…

Él no la dejó terminar.

—Cierto —su voz era fría ahora, más fría que los carámbanos que colgaban del tejado de su casa—. No puedes. Venga, dilo. Dilo una y otra vez para que puedas creértelo. No puedes ser una mujer. Tu papá quería un hijo, y tú vas a serlo.

—No. Eso no es…

—¿No es verdad? Y una mierda. —Dillon se apoyó en la encimera de la cocina y se aferró al borde, apretando hasta que los nudillos se le pusieron blancos—. No te olvides de que es conmigo con quien estás hablando. Un chico de tu mismo pueblo. Tú sabes bien lo que era yo entonces y yo sé lo que eras tú. Eso para no hablar de lo que era tu padre.

Cat retrocedió un paso.
—Basta ya de…
—Le recuerdo perfectamente. Un hombre grande, corpulento. Muy macho. Y tu preciosa madre, revoloteando a su alrededor, mirándolo como si fuera Dios. Siempre que los vieses, tu madre estaba apoyada en él. Y a él le gustaba, no te engañes. Le gustaba hacer el papel de Dios, y animó a todas sus chicas a ser lo que él creía que debía ser una mujer, ¿verdad?
—No, él…
Dillon se echó a reír con frialdad.
—Sí que lo hizo. A todas sus chicas excepto a una, porque tu madre le había fallado. No había podido darle un hijo, así que él decidió hacerse un hijo, convertirte a ti en él. Dejó que tu madre te llamase Catherine Desiree, pero todo el mundo sabía quién eras en realidad. Tu padre lo escribió en la cuna: Mitchel Jr. Ese eras tú. El hijo que nunca tuvo. Dura, fuerte y dispuesta a hacerse cargo de todo cuando el señor Mitchel desapareciera.
—¡No fue decisión suya desaparecer!
—Estás gritando, Cat. ¿A quién estás intentando convencer? ¿A mí, o a ti misma?
—Mi padre murió. Eso no es algo que pudiera haber evitado. No fue culpa suya.
—Morirse puede que no, pero negarte el derecho a ser tú misma, sí que lo fue.
—Él no…
—Sí que lo hizo, y tú sabes que es verdad. Y le creíste cuando te dijo que una mujer no puede ser fuerte, que no puede hacerse cargo de las cosas ni sobrevivir sin un hombre a su alrededor que le diga lo que hay que hacer. Y después viste que era verdad por la forma en que tu madre se derrumbó después de su muerte.
—Hizo todo lo que pudo por mí.
—De eso nada. Hizo todo lo que pudo por sí mismo. Y aunque lleva muerto diecisiete años, aún sigue dirigiendo tu vida.
—Eso no es cierto.
—Claro que lo es. Dirige tu vida cada día que no te permites ser quien eres de verdad. Cada día que sigues creyendo que hay alguna especie de ley de la naturaleza que dice que una mujer no puede ser fuerte y llevar las riendas de las cosas. Eso es lo que desde el

principio te ha hecho mantenerte alejada de mí. Y estoy cansado de luchas contra él, Cat. Ya no pienso seguir haciéndolo. No sé hacer milagros. Sólo soy un hombre.

Inspiró aire profundamente y se miró primero las botas antes de volver a mirarla.

—Creía que la tormenta y el increíble accidente de esa niña podría hacer que lo nuestro cambiara; que te forzaría a ver lo que podemos tener los dos juntos, pero no ha sido así. Estás demasiado… prisionera de esta historia, y yo he sido un inconsciente al pensar que podrías llegar a superarlo.

—Dillon, yo…

—No, no lo digas. Tienes razón: todo ha terminado. Adiós, Cat Beaudine.

Capítulo 12

Cat se quedó inmóvil durante un rato después de que Dillon se hubiera ido. Todas y cada una de las palabras que le había dicho parecían reverberar en las paredes de la habitación.

Pero no podía seguir allí de pie, en medio de la cocina, indefinidamente, así que con los movimientos un tanto rígidos, caminó hasta la puerta, la cerró con llave y apagó la luz. Todo se quedó a oscuras.

—Así está mejor —susurró.

No sabía qué hacer, así que se fue a su dormitorio y se tumbó sobre la cama vestida.

Mirando a la oscuridad, esperó que le sobreviniera el sueño, pero parecía tener que recorrer un camino muy largo; y mientras lo esperaba, recordaba una y otra vez las palabras de Dillon.

Y verdaderamente se sentía como una sombra, como una persona a medias, porque Dillon tenía razón. Era lo que su padre había hecho de ella. Pero se había equivocado en culparlo a él, porque su padre lo había hecho lo mejor que pudo. Había sido cosa de ella pasar por encima de los prejuicios de su padre. Durante mucho tiempo se había dicho a sí misma que quería intimidad y libertad, pero lo que en realidad había querido era evitar tener que enfrentarse al aterrador desafío de ser ella misma: una mujer con las necesidades y las responsabilidades de una mujer.

El teléfono comenzó a sonar, y a medida que fueron pasando las horas, fue como si una llamada se encadenase con la otra. Pero al final, muy tarde, quienquiera que estuviera llamando, terminó por

rendirse y hubo silencio al fin.

El primer sonido que Cat oyó a la mañana siguiente fue el de una llamada con los nudillos a la puerta de la cocina.

Con un gemido, se volvió en la cama y miró el reloj digital de la mesilla. Las doce. Se había olvidado de ponerlo en hora al volver a tener luz.

Volvieron a llamar, y Cat buscó su reloj de pulsera, hasta que se dio cuenta de que lo llevaba puesto. El reloj y toda la ropa, incluidas las botas.

Eran las diez de la mañana, el fuego se había apagado y la casa era un congelador.

Y quienquiera que llamase a la puerta, que seguramente sería uno de esos periodistas, seguía insistiendo.

Se incorporó, se pasó las manos por el pelo y se levantó de la cama. Después caminó hasta la puerta de la cocina y la abrió de par en par, decidida a decirle un par de cosas al condenado periodista.

Pero se quedó boquiabierta al ver que la periodista era una mujer joven que llevaba en los brazos a la criatura que había pensado no volver a ver jamás.

La mujer tenía un hoyuelo en la barbilla, igual que el de la niña, y sonrió.

—Hola, soy Marian. Marian Todd.

Por un instante, Cat se preguntó qué había sido de su voz.

Marian siguió sonriendo.

—Tú eres Cat, ¿verdad?

—Ah… sí, sí, soy yo.

—¿Podríamos entrar? Hay periodistas frente a la casa y les he dicho que no me siguieran, pero si me quedo aquí mucho tiempo, no creo que puedan resistir la tentación.

Cat se puso en movimiento. Cogió a Marian por un hombro y la hizo entrar.

En cuanto la puerta se cerró, la niña empezó a gorgotear y a extender sus brazos hacia Cat.

—Creo que te recuerda —dijo Marian, y se dio la vuelta para que Cat pudiera coger a la niña.

Cat se dio cuenta de que las manos le habían empezado a sudar de repente, y se las frotó en los vaqueros.

—Hace mucho frío aquí. Voy a encender el fuego y a preparar

un café.

Marian Todd no dijo nada al principio, pero después volvió a acercarse a la niña y le contestó que un café le vendría bien.

—Siéntate —dijo Cat, haciendo un gesto hacia la mesa.

Marian se sentó con la niña en su regazo mientras Cat se movía a su alrededor encendiendo el fuego y poniendo la cafetera. Después se acordó del pijama y fue a cogerlo.

Al final, con el fuego encendido, la cafetera calentándose y el pijama de la niña en la bolsa de sus pañales, no pudo encontrar nada más que hacer, así que se sentó frente a la madre y se dispuso a escuchar lo que tuviera que decir.

—Hemos intentado llamarte por teléfono.

Cat tragó saliva.

—Es posible. Es que no he tenido ganas de contestar.

Como para ilustrar su comentario, el timbre del teléfono empezó a sonar en la otra habitación. Cat se encogió de hombros y no hizo movimiento alguno para ir a cogerlo.

Marian asintió.

—Imagino que todo esto ha tenido que ser muy agobiante para ti.

Cat asintió.

—Agobiante es una buena palabra para definirlo.

—Anoche llamamos a tu amigo Dillon. Y esta mañana hemos ido a verlo. El nos ha dicho que eras una persona bastante reservada y que te estaba costando trabajo digerir la atención de todos los medios de comunicación. Entonces Larry, mi marido, y yo decidimos que quizás sería mejor que viniera yo sola a verte, con Alexa. Yo quería… quería… —A Marian se le estaban llenando los ojos de lágrimas. Tenía a la niña sentada sobre sus piernas y la acunaba suavemente cogiéndole una mano. Se mordió el labio e intentó continuar—. Estos tres días han sido horribles, y sin embargo, hemos sobrevivido. Y Alexa está bien. No puedo… no puedo decirte lo mucho que…

Cat sintió una desesperante necesidad de moverse, de levantarse de aquella silla, y se puso de pie. Al verla, la niña volvió a extender los brazos hacia ella.

—¿Go-ga-ga?

—Quiere… que la cojas —se atrevió a decir Marian en voz baja.

Cat volvió a limpiarse las manos en los vaqueros, pero era imposible rechazar aquellos bracitos regordetes y aquellos ojazos azules. Extendió los brazos y Marian le entregó a la niña.

La pequeña sonrió y con las manitas le tocó la cara a Cat.

Cat tenía la sensación de que el pecho le iba a estallar. Volver a tener a la niña en brazos lo era todo. Era un imposible. Aquella personita parecía ser en aquel momento todo lo que ella se había negado a sí misma: muñecas, vestidos, bailes y primeros besos. Un vestido blanco y un anillo.

Y Dillon, riendo. Dillon mirándola a los ojos. Dillon conociéndola casi mejor que ella misma.

—Se alegra de verte —dijo Marian.

—Hola, pequeñina —susurró Cat—. ¿Qué tal estás… —Y por primera vez, pronunció el nombre que sus padres le habían puesto —… Alexa?

Entonces levantó la mirada y se encontró con los ojos de Marian.

—Gracias —dijo Marian—. Te lo agradezco mucho más de lo que te puedes imaginar o de lo que yo puedo decir…

El café empezó a llenar la cafetera, y Cat bajó el fuego. Después se sentó, y Marian hizo lo mismo.

Marian se quedó cerca de una hora, y en ese corto espacio de tiempo, Cat se sorprendió de lo distinto que era perder a Alexa viéndola con Marian, tenerla en brazos sabiendo que su vida iba a estar llena de amor.

* * *

Cuando estaban ya con la tercera taza de café, Marian comentó que habían convocado una rueda de prensa a las dos de la tarde del día siguiente en Reno.

—Por favor, Cat —le pidió—. Todos queremos volver a nuestra vida de todos los días, y creo que para conseguirlo, tenemos que dejar que los periodistas nos hagan todas las preguntas que quieran y contestarlas de la mejor manera posible. Si nos presentamos todos allí… tú, Dillon, Larry, Alexa y yo, y les damos veinte minutos de nuestro tiempo, creo que podremos volver a salir por la puerta de nuestras casas sin que alguien nos meta el micrófono en la cara.

Cat asintió. Sabía que Marian tenía razón, pero la idea de someterse voluntariamente al bombardeo de un montón de periodistas no le hacía la más mínima gracias.
—¿Eso quiere decir que sí? —preguntó Marian esperanzada.
Cat suspiró.
—Lo pensaré, Marian. Te lo prometo.
Marian sonrió.
—Es todo lo que puedo pedirte.
Cuando Marian se marchó, Cat seguía inquieta. Estaba pensando en Adora.
No podía seguir escondiéndose en su casa, oyendo sonar el teléfono, maldiciendo a los periodistas que la esperaban fuera, así que cogió las llaves y su chaqueta y salió. Haciendo casi omiso de la furgoneta y el Chevrolet marrón que la seguían, condujo con su camioneta hasta Red Dog City.
Lola Pierce, que trabajaba en el salón de belleza de Adora, levantó la mirada del libro de reservas cuando vio entrar a Cat.
—Adora, tienes compañía.
Adora miró e hizo una pequeña mueca. Estaba peinando a Pilar Swenson, que trabajaba en la pastelería de al lado.
—Adora —dijo Cat por encima del ruido del secador—, tenemos que hablar.
A Adora le temblaban los labios, y paró el secador.
—¿Pilar?
Su voz era agitada.
—¿Sí, cariño?
—¿Te importa que te termine Lola?
—No, claro que no. Ve a hablar con Cat.
Se sentaron en el salón de Adora, cada una en un extremo del sofá.
—Adora, yo…
Pero su hermana estalló.
—Cat, no he podido dormir en toda la noche. Tengo la sensación de llevar días sin dormir.
Cat se frotó los ojos.
—Sé muy bien a qué te refieres. —He sido una imbécil.
—No…
—Sí. Una idiota integral, y lo siento. Iba a ir a verte hoy, pero te

me has adelantado.

—¿Ah, sí?

—Sí. Cat, esto es horrible; es muy difícil de decir.

—¿El qué?

—Pues que no lo creí. —¿A Dillon? Adora asintió.

—Él fue muy claro conmigo, Cat. Me dijo que no iba a haber nada entre nosotros dos, que estaba interesado en ti. Y ¿sabes?, en el fondo de mi corazón sabía que lo que tuvimos Dillon y yo había terminado hace dieciséis años. Pero yo… bueno, seguía pensando que tú no ibas a querer, y yo quería encontrar un hombre tan desesperadamente que… Y no sólo eso; después me di cuenta de que había sido yo la que le había ayudado a encontrar la forma de conocerte diciéndole todas las cosas que sabías hacer y sugiriéndole que te contratara. Me sentía ridícula. No me parecía justo, ¿sabes?

Cat asintió.

—Y te conozco —dijo, en tono falsamente acusador—. Sé lo que has hecho. Has intentado… renunciar a él por mí, ¿verdad?

—Adora, yo…

—Espera —la interrumpió, levantando una mano. Las lágrimas se habían desbordado ya y le caían por las mejillas—. Tu cara lo dice todo. Y puedes decir que me perdonas, pero yo sé que me he portado como una imbécil. Anoche, cuando entré en tu casa y os encontré a los dos, fue el momento de la verdad para mí. Me di cuenta de que ya no podía seguir mintiéndome sobre lo que Dillon quería de verdad. Estaba celosa, y lo eché todo a perder. Lo siento muchísimo, Cat.

Cat se acercó a ella, y le apartó de la cara un mechón de su pelo castaño.

—Está perdonado. Y olvidado.

—Me alegro mucho.

Adora se levantó, y cuando volvió, traía una caja de pañuelos de papel en una mano y una botella de coñac en la otra.

—No deberíamos —dijo Cat—. Apenas son las doce.

—Lo sé, pero eso no va a detenernos. No en un día como éste. Espera, voy a por los vasos.

Media hora más tarde, Adora había reunido el valor para preguntar:

—¿Y dónde está él? Y no te atrevas a decir ¿quién?

Cat tomó un sorbo de su *brandy* y agradeció el camino de fuego que dejó por su garganta.

—No sé dónde está Dillon.

—Cat, no lo hagas. —Adora tenía otra vez los ojos llenos de lágrimas—. No desperdicies el amor. Después de lo que he hecho yo para contribuir a este lío, nunca podría perdonarme si Dillon y tú no aclaráis las cosas. Cat se levantó del sofá y se acercó a la ventana que daba a Bridge Street, cubierta de nieve.

—Mañana va a haber una conferencia de prensa en Reno. Marian… la madre de la niña, me ha pedido que asista.

Adora se sonó la nariz.

—¿Y Dillon va a estar también?

—Eso creo.

—Estupendo. —Adora se puso de pie. Irradiaba determinación —. Tenemos un montón de cosas que hacer. Cat la miró suspicaz.

—¿Qué clase de cosas?

—Tienes que estar perfecta mañana, y hay veces en que un buen corte lo es todo. Y te lo digo como experta: ésta es una de esas ocasiones.

* * *

Al día siguiente a la una y media, Cat entró por la puerta trasera de la sala que habían alquilado en Reno para la conferencia de prensa.

—¿Señorita Beaudine? —Una mujer con una carpeta en la mano se acercó a ella—. Ya me ocupo yo de ella —le dijo al guardia que había hecho entrar a Cat—. ¿Es usted la señorita Beaudine?

—Sí.

Cat sonrió intentando parecer tranquila y cómoda, como si llevase trajes de chaqueta todos los días… para no hablar del maquillaje, las medias y los zapatos de tacón bajo.

—Está preciosa —dijo la mujer mientras la ayudaba a quitarse el abrigo.

—Vaya, gracias…

—Ernie, ¿quieres colgarle esto a la señorita Beaudine?

Ernie se llevó el abrigo, y la mujer volvió a hablarle a Cat.

—Nos ocuparemos de que se lo devuelvan después de la conferencia.

—De acuerdo.

La mujer retrocedió un paso y miró a Cat de arriba a abajo.

—Estupendo —dijo—. Está muy bien, de verdad, pero teníamos la impresión de que le gustaba más el aspecto rústico.

—Bueno, yo…

—No, no, no pasa nada. Está muy bien. Venga por aquí, por favor. Vamos a llevarla a algún sitio donde pueda relajarse hasta que estén todos preparados.

Cat hubiera querido preguntarle cómo iba a poder tranquilizarse teniendo que enfrentarse a un montón de periodistas, pero la mujer no le dio opción a hacer preguntas, sino que dio media vuelta y se alejó a paso ligero.

Cat se encogió de hombros y entró a la sala que le había indicado, una sala de conferencias con sofás y sillas a lo largo de las paredes.

Los Todd estaban ya allí. Cat se presentó a Larry Todd, cuya sonrisa era tan cálida y acogedora como la de Marian, y se sentó a esperar con ellos.

Dillon apareció unos minutos después, vestido con unos pantalones grises y un suéter, y su aspecto era tan maravilloso que Cat se dijo una vez más que no era posible que un hombre como él pudiera estar interesado en alguien como ella. Desde la puerta, echó un rápido vistazo a la habitación.

Fue como si su vista quemase cuando la miró de arriba a abajo. Cat supo que se había dado cuenta de todo: de la ropa nueva, el corte de pelo en el que Adora había trabajado durante horas y el maquillaje que llevaba puesto. Se sentía ridícula. Hubiera querido levantarse y salir corriendo de allí, y al mismo tiempo hubiera querido echarse en sus brazos y darle otra oportunidad.

Pero no hizo ninguna de las dos cosas. El momento aquel pasó, y Dillon se acercó a ellos con una sonrisa cordial en los labios.

Larry Todd se puso de pie, y los dos se dieron la mano.

Alexa, en brazos de Marian, hacía ruiditos y levantaba sus manos regordetas. Dillon la cogió en brazos y la levantó en el aire.

—¿Qué tal estás? ¿Qué tal está la niña?

Alexa se echó a reír y Dillon se sentó al otro lado de Larry con

ella en su regazo.

—Goo-ga —dijo Alexa, muy contenta consigo mismo. El lacito que Marian le había puesto en la cabeza estaba algo ladeado, y su madre se lo enderezó.

Durante unos minutos, se quedaron sentados charlando tranquilamente. Cat no intentó mirar a Dillon, aunque desde que había entrado en la habitación, no había podido pensar en otra cosa que no fuese él. El aire parecía vibrar con su energía tan especial y cálida, y cada vez que él hablaba, sus nervios vibraban como respuesta.

Al final, la mujer de la carpeta volvió a aparecer.

—Si quieren pasar por aquí…

Los condujo a una zona de detrás del escenario y después de atravesar una cortina, salieron al escenario donde habían dispuesto dos mesas plegables y varias sillas, con un micrófono delante de cada silla. Ya había un hombre sentado frente a uno de los micrófonos.

—Es el psiquiatra de Sarah Rankin —susurró Marian, en respuesta a la mirada intrigada de Cat.

La mujer le indicó dónde debía sentarse y Cat obedeció. A Dillon le indicaron que se sentase a su derecha y a Marian, con Alexa en brazos, a su izquierda. Al otro lado de Marian estaba Larry, y a la izquierda de Larry, el psiquiatra.

Cat tuvo mucho cuidado en aquellos primeros momentos de no mirar directamente al auditorio. Sabía que todas las filas de sillas estaban llenas y que había cámaras de vídeo y equipos fotográficos por todas partes. Los *flashes* estallaban cada vez que Cat levantaba la mirada.

Un hombre vestido con un traje azul los presentó a todos y pidió a los periodistas que no tomasen fotos durante la entrevista. El psiquiatra, un tal doctor Poole, fue el primero en someterse a las preguntas. Tenía un pequeño discurso preparado.

—La señora Rankin está muy enferma. En este momento está sometida a supervisión psiquiátrica en un lugar donde recibirá toda la atención que necesita tan desesperadamente.

Uno de los periodistas se puso de pie.

—¿Se han presentado cargos contra ella?

Larry intervino.

—Nosotros no lo hemos hecho. Sabemos que la señora Rankin ha sufrido muchísimo y nos contentamos con que pueda recibir el cuidado del que el doctor Poole les ha hablado.

El hombre del traje azul añadió:

—Me temo que los cargos por secuestro de un niño serán presentados por el estado de Nevada, pero será el juez quién decida si la señora Rankin podía ser considerada como dueña de sus actos cuando raptó a la niña.

Una mujer se puso de pie.

—Señor McKenna, nuestras fuentes nos han revelado que este episodio le ha inspirado para realizar un nuevo salto en Mount Shasta.

Dillon se frotó la sien con la mano izquierda.

—¿Y esas fuentes no incluirán al señor L. W. Creedy por casualidad?

—No puedo divulgar esa información.

—Bueno, pues quienquiera que sea quien la ha informado, la ha engañado. Estoy fuera de eso, y ni siquiera una preciosa niña como Alexa ha podido hacerme cambiar de opinión.

Otro periodista se puso de pie.

—Señora Todd, ¿cómo se siente de nuevo con su niña en brazos?

—Es indescriptible. El mejor regalo que me han hecho nunca.

—Señorita Beaudine, ¿le ha cogido cariño a la niña?

Cat carraspeó. La garganta se le había bloqueado en cuanto había oído pronunciar su nombre.

—Mucho —dijo, pero su tensión era tal que la palabra le salió con un gallo en la voz.

Hubo un estallido de risa generalizado en la habitación, pero fue una risa amigable, no burlona. Cat tuvo la certeza de que los periodistas estaban de su lado y respiró con algo más de facilidad. Aquello no era tan difícil como había imaginado.

Después, las preguntas vinieron rápidas y casi furiosas. Durante los dos minutos siguientes, les preguntaron todos los detalles de lo que habían tenido que pasar durante la peor tormenta de los últimos diez años. Había tantas cosas de las que hablar, que Cat hasta confió en que la pregunta de lo que había entre ella y Dillon no surgiese, pero no tuvo tanta suerte.

Una mujer alta con una voz estridente habló:

—Se dice que ha surgido un romance entre usted y la señorita Beaudine, señor McKenna. ¿Quiere decir algo al respecto?

A Dillon se le quedó helada la sonrisa.

—No —contestó, acercándose al micrófono.

Alguien les mostró la primera página de un periódico en la que aparecían las dos fotografías que les había hecho aquel periodista en su cocina.

—Pues diga usted algo de esto —dijo el hombre con una sonrisa satisfecha.

Dillon ni siquiera pretendió sonreír.

—Como he dicho antes, no tengo ningún comentario que hacer. No hay nada entre la señorita Beaudine y YO.

—Pues si eso no es nada, me gustaría ver qué es algo para usted.

Hubo murmullos y alguna que otra risa burlona.

—Muy bien —dijo el hombre del traje azul—. ¿Alguna otra pregunta?

Cat se acercó al micrófono.

—Mm…

La habitación quedó en completo silencio. Era increíble. Lo único que había hecho era carraspear un poco y todo el mundo la escuchaba.

Inspiró aire profundamente y pareció una galerna ampliado por el micrófono.

—Me gustaría decir algo sobre el señor McKenna y yo.

La habitación estaba tan en silencio que hasta podía oírse cómo se derretía la nieve fuera. Cat sentía cientos de ojos observándola, esperando, pero todos ellos no significaban nada. Sólo importaban los ojos de Dillon.

Volvió a inspirar aire profundamente y acercándose al micrófono dijo:

—Estoy enamorada de Dillon McKenna.

Hubo un silencio tan ensordecedor, que Cat creyó haberse quedado sorda hasta que de pronto, Alexa Todd lanzó un gritito.

Fue el pistoletazo de salida para el bombardeo.

—¡Señor McKenna! ¡Señor McKenna! —La voz de un periodista se alzó sobre las demás—. ¿Qué tiene que decir a eso?

Dillon masculló algo entre dientes.

—¿Podría repetirlo? No lo hemos oído bien.

—Éste es un asunto personal —replicó Dillon, y Cat, que todavía no se había atrevido a mirarlo, sintió que le cogía una mano y vio que se levantaba tan deprisa que la mesa y los micrófonos cayeron al suelo. Los altavoces de la sala gritaron frenéticos.

—Vamos —le ordenó bajo aquel estruendo—. Salgamos de aquí.

Cat carraspeó.

—¿Pero no crees que deberíamos…?

—Lo digo en serio, Cat. Vamos —repitió, y tiró de ella.

No supo por qué se sintió obligada a hacerlo, pero antes de salir de la sala, se acercó a uno de los micrófonos que quedaban en pie y añadió:

—Les mantendremos informados… —¡Vamos, Cat!

Y Cat lo siguió, en parte porque él tiraba de ella, y en parte porque lo hubiera seguido a cualquier parte. La mujer de la carpeta intentó detenerlos.

—Esto es muy irregular.

Dillon se limitó a pasar de largo y echar a correr, con Cat de la mano.

Los sonidos de la sala se iban apagando a sus espaldas y salieron corriendo al corredor, más allá de la sala de conferencias donde habían esperado antes de entrar, hasta la puerta por la que Cat había entrado.

—Dillon, mi abrigo. Lo he dejado en…

—Olvídate del maldito abrigo —le contestó por encima del hombro—. Ya te compraremos otros cien abrigos. Vamos a salir de aquí.

Dillon empujó la barra y abrió la puerta.

—Eh… adiós, señor McKenna, señorita Beaudine —dijo el guardia que había fuera.

Cat se las arregló para despedirse con la mano antes de que Dillon siguiera tirando de ella hasta el aparcamiento.

—Entra —ordenó mientras abría la puerta de un deportivo azul metalizado que Cat no había visto antes.

—¿Dónde está tu Land Cruiser?

El se encogió de hombros.

—Estaba deprimido ayer, así que me compré un Maserati.

—Ah, ya. Espero que te ayudase.

—Pues no. Entra.

Cat obedeció porque era exactamente lo que quería hacer. Dillon estaba ya sentado al volante, puso en marcha el motor y el coche rugió justo en el momento en que los periodistas empezaban a salir por la puerta del edificio.

Dillon sacó el coche del aparcamiento y los neumáticos patinaron en la nueve dura. Soltó un poco el volante para que las ruedas encontrasen agarre y después pisó el acelerador a fondo y giró a la izquierda.

—¡Cuidado, Dillon! —gritó Cat, poniéndose el cinturón de seguridad.

El sonrió.

—Tranquila. Yo antes hacía esto para ganarme la vida, ¿recuerdas?

Giró en la esquina sin tocar el freno y Cat se aferró al salpicadero y esperó morir.

* * *

Pero no murió. Una hora más tarde, estaban en la *suite* del piso más alto de uno de los mejores hoteles de Reno. Dillon cerró la puerta con llave y se volvió para mirarla.

Lo que vio en su expresión despertó en ella esa sensación de debilidad que había sentido otras veces, y agradeció volver a sentirse así.

Fue retrocediendo paso a paso por el recibidor, hasta el salón de la *suite*. Dillon dio tantos pasos como ella.

—El conserje se ha sorprendido mucho al verte.

El se encogió de hombros.

—Gajes del oficio.

—Habrá periodistas acampados en la puerta de la *suite* dentro de media hora.

—¿Y qué? ¿No has sido tú precisamente la que dijo que íbamos a mantenerlos informados?

—No estoy segura. Ha ocurrido todo tan deprisa.

Sintió que había chocado con uno de los divanes del salón, y se sentó.

—No te hagas la inocente conmigo. Sé muy bien qué es lo que dijiste.

Cat se cruzó de piernas, sintiendo deslizarse una sobre la otra con las medias.

—No ha sido tan difícil hablar con los periodistas, una vez que conseguí relajarme un poco.

—Yo diría que te relajaste un montón.

—¿Ah, si?

—¿Quién te ha cortado el pelo? —Adora.

—¿Y el trajecito de chaqueta y el maquillaje?

—Todo Adora. Primero solucionamos nuestros problemas y después me dio unos cuantos consejos. Tiene un gusto excelente.

—Estás preciosa.

—Gracias.

—¿Lo has dicho de verdad, Cat? Y cómo me preguntes ¿qué?, te estrangulo.

—De verdad.

—Entonces, dilo otra vez, sólo para mí.

—Te quiero, Dillon.

Dillon se quedó callado y después, la cogió de la mano y le hizo levantarse.

—Me gusta cómo estás con esta ropa —dijo, mientras le desabrochaba la chaqueta—, pero también me gustas en vaqueros y con botas.

—Me alegro.

—Pero como más me gustas, es desnuda.

Le quitó la chaqueta y la echó sobre una silla y después le hizo volverse para bajar lentamente la cremallera del vestido. Acariciándole los hombros, lo hizo caer a sus pies. Cat sacó los pies y se quitó los zapatos. Lo único que le quedaba puesto eran las braguitas y la camisola que Adora le había hecho comprar. No llevaba sujetador.

—Yo también te quiero —susurró Dillon, y Cat sonrió.

Lentamente fue subiéndole el jersey hasta que se lo sacó por los brazos.

—Creo que lo sabía, pero me encanta oírtelo decir. —¿Quieres que te lo diga otra vez? Cat le acarició el pecho.

—Sí. Dímelo otra vez —dijo, y apoyó la cabeza sobre su pecho

—. No dejes de decírmelo nunca.

Dillon la abrazó.

—Lo haré si te casas conmigo.

—Sí, Dillon. Sí.

Entonces él la cogió en brazos y la llevó hasta la enorme cama de la otra habitación.

—Dillon, no he traído nada —dijo Cat de pronto. Lo había olvidado.

El se tumbó junto a ella y perezosamente le bajó un tirante de la camisola para besarla en el hombro.

—No lo hicimos mal con Alexa.

Cat le empujó por el pecho hasta poder mirarlo a los ojos.

—¿Qué estás diciendo?

—Pues estoy diciendo que podríamos tener nosotros un niño. La verdad es que he hecho montones de planes para el futuro.

Cat le apartó un mechón de pelo de la cara.

—Cuéntamelos.

El la besó en la punta de la nariz y deslizó una mano bajo la camisola hasta llegar a uno de sus pechos. Cat suspiró.

—Cuéntamelos —repitió, pero con una voz algo más ahogada que antes.

—De acuerdo. Quiero que vayas a la universidad, tal y como deberías haber hecho hace años. Quiero que estudies ingeniería.

—Dillon…

—Y quiero que tengamos hijos. Quiero educar a nuestros hijos. Y puede que también a otros que no lo sean; niños a los que querremos como si fueran nuestros también.

—Adoptados, ¿quieres decir?

El asintió.

—Tuve una niñez tan mala que me gustaría poder darles a otros niños la oportunidad de evitarlo. ¿Qué te parecería, adoptar un niño o dos?

—No lo sé. Nunca lo había pensado.

—Entre los dos, podríamos hacerlo, igual que pudimos con Alexa.

Cat estaba riendo aunque tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Es una locura.

—¿Qué es una locura?

—Yo antes defendía mi intimidad a capa y espada, y creía que mi libertad era lo más importante en la vida para mí. Pero ahora, desde que tú apareciste, se me ocurre decirle a un montón de periodistas que te quiero, y empiezo a pensar que sería una idea estupenda hacer ingeniería en la universidad y criar a un montón de niños.

Bajo la camisola, su mano seguía moviéndose y Cat suspiró.

—Vamos a conseguirlo, Cat. Vamos a tener una vida maravillosa —susurró él, antes de besarla.

Cat no dijo nada. No necesitaban palabras. Desde que Dillon McKenna había vuelto a Red Dog City, el mundo se había convertido en un lugar en el que podía ocurrir cualquier cosa. Un lugar donde incluso la solitaria y poco femenina Cat Beaudine podía encontrar todo el amor y la felicidad que una vez pasó de largo.

FIN



Christine Rimmer nació en California. Primero deseaba ser actriz, consiguiendo su licenciatura en teatro del Estado de California, Sacramento y luego se fue a Nueva York para estudiar actuación. Más tarde, se mudó al sur de California, donde comenzó su carrera como escritora de relatos cortos, obras de teatro y poemas. Sus poemas y cuentos fueron publicados en una serie de pequeñas revistas literarias. Sus obras fueron producidas por teatros del Grupo en el sur de California y han sido publicadas por dramaturgos de la Costa Oeste. Ha escrito más de setenta y cinco novelas contemporáneas de Silhouette y Harlequin Libros. Las historias de Christine siempre aparecen en las listas de *Best-seller*, incluida la Waldenbooks y las listas de EE. UU.

Vive en Oregon con su familia.